

El catedrático implacable

© Juan Bosco Castilla

Sumario

Capítulo I: El agobio de un estudiante. La primera noche en la facultad. Una foto que deja muchos cabos sueltos. Hallado un cuerpo en el río.

Capítulo II: De los horribles descubrimientos de la segunda noche en la facultad y de las consecuencias que tuvieron.

Capítulo III: En el que se cuenta la aventura de la tercera noche en la facultad, que el catedrático vivió acompañado, y lo insólito de su conclusión.

Capítulo IV: Su alma gemela resulta ser el obispo, con el que pasa una jornada muy provechosa en el palacio episcopal. Una noche con la decana.

Capítulo V: El primer crimen. Las luminosas disquisiciones del obispo. Dos personajes anticuados de paseo por la ciudad.

Capítulo VI: El llanto del obispo. Un funeral con mucha prosopopeya. El segundo crimen o la manera más extraña de encontrar un cadáver. Unas deducciones dignas del mejor detective de novela.

Capítulo VII: Este palacio no se vende. Una visita al convento de los capuchinos. A una cena así hay que acudir cenado. Lo que vieron desde el dormitorio de las gallinas. Unos personajes a la altura de las circunstancias. El descubrimiento del enigma.

Epílogo: En el que se narran algunas reflexiones del catedrático y el obispo sobre la realidad de los personajes de ficción y se desvela la identidad del autor de estas páginas.

Capítulo I

El agobio de un estudiante. La primera noche en la facultad. Una foto que deja muchos cabos sueltos. Hallado un cuerpo en el río.

En cuanto supo la nota de su examen, Javier Díez, con lágrimas de rabia en los ojos, se fue a hablar con don Lisardo Planas Garay, catedrático de la asignatura. Por los estrechos pasillos que conducían hasta su destino recordó las múltiples veces que había vivido la misma situación y se preguntó si serviría de algo pedirle a don Lisardo una aclaración que a ciencia cierta no existía.

Con esa duda, se demoró mirando el patio de la facultad y un tablón de anuncios y, finalmente, se detuvo con un agudo dolor en el costado y el convencimiento de que nada valía la pena. Fue un momento. Luego pensó en todas las horas de estudio como en un montón de objetos sucios que llenaban su habitación y, casi con una voluntad ajena, reanudó la marcha.

Javier encontró a don Lisardo cerrando la puerta de su despacho y resolvió que era preferible posponer su queja, pero el catedrático lo descubrió antes de que se volviera y ya no le cupo otro remedio que explicarse. “Don Lisardo”, dijo totalmente vencido, sin más estrategia que el arrepentimiento sincero, humillado hasta la náusea.

El catedrático dio un vistazo al estudiante que iba hacia él y comentó sin detenerse: “Se puede mejorar, hijo. Se puede mejorar”. Javier Díez, en un acto reflejo, lo agarró del brazo en el que llevaba doblado el abrigo. “Escúcheme, por favor”, suplicó. Don Lisardo no sabía muy bien por qué aquel estudiante lo ponía enfermo. Sin mirarlo, tiró del brazo con un gesto de dignidad y siguió su camino. “Por favor, por favor”, repitió Javier. El catedrático descendió las escaleras asumiendo como un pequeño fastidio el atrevimiento de los alumnos, pero en el rellano echó una ojeada arriba y, después de que el estudiante implorara una vez más su atención, sentenció: “Chico, todavía se puede mejorar”. Javier notó de repente que se quemaba por dentro. Don Lisardo vio en la cara demudada del estudiante una

señal desconocida y terrible que lo espantó y echó a correr escaleras abajo. Detrás de él, Javier gritó de repente que lo mataba, dio un salto adelante y bajó de tres en tres los escalones hasta hacerse un lío con el abrigo que se le había caído al catedrático, lo que produjo un estruendo que este atribuyó al revuelo de la muerte.

Sólo cuando sintió el frío aire de la calle en el rostro, se percató don Lisardo de que se estaba ahogando y se detuvo. Entonces, volvió la cabeza, atosigado por un raudal de jadeos y toses, y, como no vio al estudiante, soltó el maletín y respiró hondo mientras se repetía: “No aprobará en la vida, en la vida”.

Numerosos jóvenes entraban y salían de la facultad ajenos a él, como parte de una normalidad que lo fue poseyendo poco a poco hasta devolverle su papel protagonista en aquel escenario habitual. Incluso se creyó con fuerzas bastantes como para tomar una cerveza en el bar donde acostumbraban a pararse algunos profesores, a cuya puerta, ante la próxima rutina de quitárselo, echó de menos el abrigo. Sin él se sentía medio desnudo e incapaz de ocultar a sus colegas la peripecia vivida, y se hubiera ido si don Jenaro no lo hubiese reclamado con vehemencia desde detrás de los cristales. Irse sin atender aquella llamada y sin abrigo hubiera sido tanto como huir. Después de todo, su compañero –un profesor excéntrico y medio loco– era alguien con quien podía descargar su odio en forma de corrosivas ironías. Don Jenaro, al que la doctrina consideraba una eminencia en su materia, había convertido en una *maría* una asignatura difícil, y eso era un baldón que él no podía perdonar. “Ya aprenderán cuando salgan de aquí”, porfiaba don Jenaro gozosamente a los continuos lamentos de don Lisardo, a quien daba unas palmaditas de pura bondad en el hombro que sin embargo eran recibidas con hostilidad.

El catedrático pidió una cerveza y preguntó a su colega ritualmente por las clases, pero no se molestó en oír la contestación. Lo que él necesitaba no era escuchar, sino hablar, así que en cuanto don Jenaro hizo una pausa en su perorata, comenzó a vomitar sin prisa toda la hiel que lo ahogaba, que era inmensa. Pero don Jenaro era de costumbres fijas y a las dos y media en punto dijo que se iba y se fue, a pesar de la insistencia con que fue invitado.

Don Lisardo se quedó mirando a la calle, por la que de vez en cuando pasaban algunos estudiantes exhibiendo con pereza su alegría. Viéndolos, pensó en

otros tiempos en los que el mundo era más difícil, casi heroico, y se entretuvo evocando algunas penalidades pasadas, en cuyo detalle acabó zambulléndose por completo. Por eso se sorprendió tremendamente cuando vio a Javier Díez al otro lado del cristal, quieto, pálido y con unos ojos sanguíneos fijos en él. El estudiante estuvo unos cuantos segundos sin mediar palabra ni hacer el mínimo gesto y luego, más que irse, desapareció. Fue una sensación tan extraña que don Lisardo se temió que se hubiera metido en el bar y, espantado, lo buscó en balde entre la escasa concurrencia. “Lo que me está sucediendo es mucho más que terrible”, razonó entonces. Y de improviso se sintió muy cansado. “Me hago viejo luchando por una causa tan hermosa como perdida”, se dijo. Y más tarde: “Este país está definitivamente abocado al desastre”.

Cuando se decidió a marcharse, tuvo miedo de que el estudiante lo estuviera esperando en la calle, presto a una emboscada, y se retrasó reconcomiéndose y tomando un par de cañas. Al fin, más por efecto del alcohol que imbuido de un coraje verdadero, se levantó con el sosiego de un mártir pequeño y anónimo, de esos que al acercarse al cadalso guardan un último resentimiento para una humanidad que a la vez que les quita la vida les niega la gloria del recuerdo.

El camino de su casa lo anduvo esperando un asalto detrás de cada esquina, entre figuras que se le antojaban autómatas o cadáveres, aunque a veces se notó invisible y etéreo. Una niña le preguntó la hora y ni le contestó ni se detuvo.

Cuando entró en su casa, el amparo de lo cotidiano le devolvió el odio y apreció que la vida corría de nuevo por sus venas.

– Son todos unos delincuentes –le espetó a su mujer, que estaba llenando de cacharros el lavavajillas.

– ¿Tú te crees que estas son horas? –le respondió ella sin volver la cabeza.

Él le contó detenidamente lo que había pasado, gesticulando y entrando y saliendo de la cocina. Cuando hubo terminado, oyó de labios de su mujer un inesperado resumen de lo ocurrido.

– El caso es que has perdido el abrigo –le dijo.

Don Lisardo se sentó a la mesa. Su mujer le puso un plato, vertió dos cazos de estofado y apostilló:

– Y cualquier abrigo te cuesta un dineral.

Después, los dos estuvieron en silencio, don Lisardo con la mirada agachada y ella contemplándolo de pie y con los brazos cruzados. De pronto, ella rompió el mutismo y aseguró:

– Además, que en estos tiempos no se encuentran abrigos así.

En cuanto don Lisardo hubo concluido, su mujer le quitó el plato sucio, le puso otro con una naranja y siguió vigilándolo con el culo apoyado contra el fregadero. Él levantó un momento la vista y encontró frente a sí a una persona totalmente distinta de la joven con la que se había casado. Ella intuyó lo que su imagen provocaba en su marido y, cuando este se aplicó a pelar la naranja, quiso mortificarlo con algo del abrigo que no llegó a consumir, porque él dio un formidable golpe sobre la mesa y gritó:

– Maldita vieja, ahora te traigo el maldito abrigo.

Acto seguido, se levantó y salió de la casa dando un portazo.

En la calle, el sol apaciguaba los fríos aires de febrero. Él tomó la acera de solana y, como si de un paseo se tratase, anduvo despacio y distraído con sus pensamientos, creyendo valentía lo que en realidad era furia. “Tengo como ganas de pelea”, asumió, de hecho, y deseó que el estudiante le saliera al paso y lo insultase para insultarlo, que le pegase para pegarle y que le sacara una navaja para ahogarlo con las manos. Esa seguridad en sus propias fuerzas lo reconfortó tanto que le dieron ganas de tomarse una copa de anís en una elegante cafetería forrada de espejos que le pilló de camino, un capricho que no se permitía nunca, donde vio ir y venir a la muchacha que cubría la barra como un poeta desdeñado observaría el revolotear de una mariposa. Por tenerla más cerca, pidió otra copa de anís, y la muchacha lo atendió con una sonrisa blanda. Fue un momento sumamente dulce. Bastante más reconfortado, intentó pensar en su juventud y en la de su mujer y no halló más que unos recuerdos desconocidos, como vividos por otro. Para matarlos, pidió otra copa de anís, y luego otra, y otra. Una vez que la muchacha pasó delante de él, la llamó sin querer a fuerza de imaginar que la llamaba y se sorprendió viendo que ella se quedaba mirándolo.

– Mi nombre es Lisardo –balbuceó entonces.

– ¿Qué quería, don Lisardo? –le contestó la muchacha sonriendo.

Él se dio cuenta de que se azoraba.

– Ponme otra –resolvió.

Al servirla, don Lisardo vio los dedos largos y blancos y las uñas pintadas de rojo de la muchacha y no pudo evitar un vértigo de pesar. De repente, todos los años de su vida le parecían perdidos. ¿Qué había hecho hasta entonces, sino estudiar y leer gruesos libros que a la hora de la verdad no le habían valido para ser feliz? La vida estaba detrás de aquel mostrador. La vida era joven, hermosa y sencilla.

Los recuerdos se le revolvían con el anís y le dejaban en las tripas como un légamo de tristeza. Apreciaba, a pesar de ello, una placentera emoción de fatalidad, mitigada un poco por el riesgo de que la camarera se diera cuenta de que estaba completamente borracho. Fue ese peligro el que lo puso sobre la pista de que debía irse. Enseguida, se sacó la cartera, extrajo un billete grande y alargó la mano para ver si sus dedos tropezaban con los de la muchacha, lo que no ocurrió.

Don Lisardo consiguió salir del local sin trastabillar, pero por la calle anduvo orgulloso de su estado, culebreando y murmurando sobre lo que le venía a la mente, y cuando le dieron ganas orinó con fruición detrás de una furgoneta aparcada. Poco antes de arribar a la facultad, sin embargo, recuperó la medida y caminó derecho con la ayuda de la pared y de las rayas que hacían los adoquines.

El bedel de recepción sentía un extraordinario afecto por él. “Deles fuerte, don Lisardo, que son todos cuatro cabrones”, proclamó nada más verlo aparecer por el pasillo, y esperó a que el catedrático estuviera más cerca para ampliar confidencialmente: “Y ellas cuatro putas”. Él sospechó que tan exagerado alarde de adhesión personal tenía que ver con el encontronazo que había tenido a última hora de la mañana con el estudiante y pensó preguntarle cómo se había enterado, pero el anís trocó las puertas de su razón y en su lugar le dijo: “Cállate, imbécil, y dame el abrigo”, a lo que el bedel, que necesitó dar unas cabezadas para recuperarse del estupor, contestó que no lo tenía, y añadió luego:

– La decana ordenó que fuera usted en persona a reclamárselo.

Al oír esto, al catedrático le dieron ganas de dar por perdido el abrigo y largarse, pues sabía la reprimenda que le esperaba, pero se acordó de la promesa que

había hecho en su casa y, tras unos segundos de duda, tomó el camino que le indicaba el bedel.

En su despacho, la decana leía una revista científica. Sus bracitos apoyados casi a la altura del hombro y su carita arrugada emergían de un enorme escritorio como una cucaracha vestida de colorines lo haría de una trinchera. Al ver a don Lisardo, se levantó y le señaló con la mano el abrigo, que reposaba doblado sobre el brazo de un sillón. Don Lisardo, con el abrigo cogido, se aproximó al escritorio y afirmó a manera de saludo:

– Esa gente nos come.

La decana, para librarse del espeso vaho a anís que emitía el recién llegado, salió de detrás del escritorio y dio unos pasos sobre la alfombra hasta colocarse junto a la ventana que daba al enorme patio central de la facultad.

– ¿No sería mejor para todos que lo aprobases? –sugirió.

Don Lisardo veía su cuerpo menudo y flaco y su piel acartonada tragándose casi por completo la luz que se colaba por la ventana, como si fuera una planta vieja y terrible.

– Es una cuestión de conciencia –aseguró–. Si hiciera lo que no debo, no podría dormir tranquilo. Además, yo lo suspendo por su bien, pues, al fin y al cabo, esos muchachos son como los hijos que nunca tuve.

La decana no insistió y don Lisardo salió enseguida del despacho con la clara intención de abandonar el edificio y volver a la cafetería de los espejos para contemplar a la camarera, pero después de doblar varias esquinas, recorrer algunas decenas de metros de lóbregos corredores y subir y bajar diversos tramos de escalera, se sorprendió al descubrirse frente a la puerta de su propio despacho. “Es el destino”, se dijo desconcertado. Y si el destino lo había llevado hasta su despacho sería por alguna razón que no convenía contrariar. Por acatar su voluntad, entró y se sentó frente al galimatías de libros y papeles de su mesa. “Aquí no me pueden”, comentó en voz alta, y miró el espacio de lado a lado, como quien otea sus dominios desde la cumbre de un altozano. “Ahora mismo sería capaz de corregir los más voluminosos montones de exámenes”, añadió, y cogió un bolígrafo rojo y un papel en blanco y fue punteando aquí y allá mientras murmuraba: “No aprenden, no estudian, no piensan

más que en divertirse esos cabrones”. Luego, movió la cabeza como si no tuviera otro remedio y, con letra arisca y rápidamente, escribió: “Suspense”. Entonces, percibió como un desorden de pájaros en la cabeza. Cerró los ojos, se reclinó en el sillón y pensó que le hubiera gustado desconectarse como se apaga un electrodoméstico.

Se durmió poco a poco, dándose cuenta de que se iba, y, dándose cuenta de que venía, se despertó poco a poco, con la sensación de que no había acabado de dormirse, pero con la cabeza más desocupada. Abrió los ojos y, como no vio nada, creyó hallarse en otra dimensión. Fue el frío, espantosamente verdadero, el que lo devolvió al mundo real. “Esta perplejidad deben de sentirla los cadáveres que se despiertan por vez primera”, se dijo, y, todavía aturdido, tanteó en la mesa hasta que dio con el flexo y lo encendió.

Durante un rato permaneció quieto en el sillón, recreándose con la certeza de los objetos que veía e intentando averiguar qué era lo que estaba ocurriéndole. De pronto, sin haber llegado a ningún remate certero, algo que crujió afuera convirtió en ostentoso el silencio. Don Lisardo estremó la atención, porque resultaba inconcebible no escuchar un solo sonido en la facultad, y, como no oyó absolutamente ninguno, golpeó en la mesa con el puño para cerciorarse de que ni estaba sordo ni aquel ruido había sido producto de su imaginación.

Por su mente embarullada pasó –bien es cierto que sin detenerse– la idea de que aquel frío enorme podía haber convertido los ruidos en escarcha y la de que quizá cuando se levantara el aire sería tan tenue que su cuerpo flotaría como un globo. Sólo abandonó el sobresalto cuando miró el reloj y descubrió que eran casi las dos de la madrugada: en efecto, por culpa del anís, se había quedado dormido y se había despertado cuando la facultad estaba cerrada. “¿Dónde se creará que estoy?”, pensó entonces refiriéndose a su mujer, y sonrió imaginándola arropada hasta la coronilla, muerta de miedo y maldiciéndolo. Se levantó y, no sin dificultad, por lo aterido de sus articulaciones, se puso el abrigo y se dio unos golpecitos en las piernas y en los brazos hasta que acabaron entrando en calor.

La conciencia de su realidad lo dotó de una resolución aceptable. Creyéndose suficientemente armado con ella, abrió con decisión la puerta del despacho. Afuera,

todo estaba en tinieblas. La leve luz que se escapaba de la habitación perfilaba un cuadro en la pared de enfrente e iluminaba con dificultad unos cuantos metros del pasillo, en cuyas paredes no vio interruptor alguno. Volvió sobre sus pasos, apagó el flexo de su despacho y salió con la suposición de que en la oscuridad total le resultaría más fácil guiarse por el resplandor de la calle o de la luna o encontrar el anuncio de una luz, pues estaba seguro de que en el edificio debía de haber un vigilante con al menos una lámpara encendida. Al cabo de unos minutos, los contornos de las ventanas del patio empezaron a definirse por una tenue claridad. Don Lisardo dio unos pasos vacilantes mientras tanteaba con la mano derecha, ora en el muro, ora en la puerta de otros despachos, bajó los seis escalones que conectaban los dos niveles del suelo y se situó frente a una de las ventanas. Una tenue sombra se dibujó en la pared. Se miró las manos y las localizó como flotando, difuminadas e inexplicablemente obedientes, pero al buscarse los pies no halló más que un inmenso charco negro. Lo que se adivinaba como el fulgor de la luna, penetraba encajonado por el vano abierto en el muro y se proyectaba en el suelo como un foco mortecino. Dio unos pasos más hacia el frente hasta que sus dedos chocaron con la pared y escudriñó por la ventana: en el firmamento, la luna crecía casi a ras de los tejados, mientras que abajo reverberaba el agua del estanque, movida por los peces de colores que la decana ordenaba echar a principios de curso.

Don Lisardo escrutó una remota luz artificial y, cuando comprendió que su esfuerzo era inútil, dejó que la vista se relajara vagando sin sentido por la confusión de la noche. Fue entonces cuando notó una forma extraña en el patio. Empujado por la curiosidad, se puso de puntillas, avanzó aún más sobre el profundo alféizar que dejaba en el muro el hueco de la ventana e indagó con suma atención: en efecto, una figura vertical se recortaba sobre los numerosos destellos de la lámina de agua. Y podía ser cualquier cosa: una tabla apoyada sobre el brocal, un arbusto o incluso una persona. De pensar en esta última posibilidad, se le contrajo el corazón: ¿quién en su sano juicio podría aguantar en aquella soledad y a oscuras los efectos de la intemperie? Mientras trataba de alejar esa idea, buscó por última vez, ya sin esperanzas, un rastro del vigilante. En eso estaba, cuando creyó percibir que la silueta se movía. Avanzó hasta que su nariz estuvo pegada al cristal, entornó los ojos y

observó con tanta aplicación y tanto rato que le hubiera dolido la cabeza de no borrarle la incomodidad con el revelador descubrimiento que hizo: por sorprendente que pareciese, aquella forma era una persona sentada sobre el pretil del estanque. Para averiguar más sobre ella, bajó el pasador y, tras recular unos cuantos pasos, abrió de par en par la ventana, lo que posibilitó que el afilado aire del patio tomara el sombrero camino de los corredores en busca de esquinas en las que jugar y orificios por los que salir.

Avivado por el sople del aire y sin el obstáculo del cristal sucio, don Lisardo pudo verificar a sus anchas lo que hacía la figura, que en poco tiempo se cruzó de piernas, giró la cabeza, basculó el tronco apoyando un brazo sobre el brocal y se agachó para acariciar uno de los gatos de la decana, movimientos inocentes en los que el catedrático acabó reconociendo los modos de alguien de su entorno al que, sin embargo, no terminaba de identificar.

Se disponía a asomar la cabeza al exterior y gritar, cuando el individuo que estaba abajo encendió un cigarro y la luz del fósforo delató sangre en su rostro. Don Lisardo, despavorido, saltó hacia atrás y, tras producir un ruido de cataclismo, se quedó tendido y quieto junto a la pared frontera a la ventana, conteniendo la respiración y pensando en lo mal que deben sentirse los personajes de las novelas de misterio –con los que de repente se juzgaba hermanado–, que viven atrapados en universos regidos, primero, por la enfermiza voluntad de su autor y, luego, por la embelesada inteligencia de sus lectores.

Aún no había agotado la lástima hacia sí mismo, cuando irrumpió por la ventana un resplandor que iluminó fugazmente el pasillo y dejó en sus retinas imágenes de espacios vacíos y de sombras. ¿Qué podía ser aquello? Estaba buscando una respuesta posible, cuando se produjo otro fogonazo, ahora en algún lejano punto interior del edificio, lo que le hizo ponerse de rodillas y mirar como un perro de muestra hacia la galería por la que había venido la luz y por donde, sólo un poco después, llegó otro. Preso del pánico, se levantó entonces de un salto y se lanzó en dirección contraria, guiado por la memoria que tenía de los corredores. En los instantes que siguieron chocó contra los muros, derribó macetas, rompió cristales y rodó por unas anchas escaleras de peldaños romos, a cuyo pie se quedó tumbado,

rendido y, según creyó, sin fuerzas ni huesos sanos, aunque cuando el fogonazo se repitió en lo alto de la escalera todavía tuvo arrestos para levantarse y continuar huyendo.

Se hallaba en el corredor contiguo a la calle y entraba por los ventanales la escuálida luz del barrio donde se situaba la facultad. Bajo su amparo, pudo correr más deprisa y a lo seguro, e incluso pidió socorro con una voz que apenas le salió del cuerpo, hasta que al límite de sus fuerzas alcanzó las majestuosas puertas de la calle. Iba a golpearlas, cuando oyó a sus espaldas un sonido seco y breve que lo hizo volverse y descubrir que a unos cuantos pasos aquella maldita figura lo observaba con un solitario ojo rojo, quieta y mansamente, como si se regodeara en la extrema debilidad de su presa antes de quitarle la vida. Don Lisardo, con las espaldas apoyadas contra la puerta, se dejó caer hasta que tocó el suelo, como se escurre un emplasto en un muro. Al cabo, hubo un resplandor que lo cegó. Luego, todo permaneció quieto.

Pasaron varias horas, durante las cuales percibió que lo abandonaba el calor dulcemente (como deben notarlos los cadáveres, especuló), por lo que llegó al convencimiento de que estaba muerto y de que los muertos sentían frío y pensaban.

Pero no lo estaba. Cuando el bedel de recepción abrió la puerta de la facultad, lo halló sentado contra la pared, como ido y lleno de suciedad. “Don Lisardo, ¿quiere usted una duchita reparadora?”, le dijo tras intentar en vano hablar con él. Como el catedrático se limitó a mirarlo y no le devolvió palabra ni gesto alguno, el bedel lo cogió por las muñecas y, haciendo uso de cuantas fuerzas poseía, lo arrastró hasta el cuarto en que se guardaban los avíos de las clases, donde lo dejó en un rincón con la espalda apoyada en una pizarra vieja. Don Lisardo estuvo allí, quieto y sin abrir la boca, no menos de un cuarto de hora, que fue el tiempo que tardaron en acudir su descubridor y otro bedel, quienes lo cogieron por las axilas y lo llevaron hasta una de las duchas de los profesores, en la que lo desnudaron y lo metieron debajo de un chorro de agua tibia.

Los bedeles se dieron cuenta de que volvía en sí conforme iba haciendo comentarios sobre los alumnos y de que estaba en todo su conocimiento cuando afirmó: “Lo tiene claro ese insensato: no aprobará en la vida, en la vida”.

Poco después se encontraba con la decana, que había sido puesta al corriente de los hechos y aguardaba nerviosa en la puerta de las duchas una disculpa creíble, que, sin embargo, no llegó a demandar.

– Estas no son formas, Lisardo –le espetó sin más preámbulo ni fórmula de cortesía en cuanto lo vio aparecer.

Al catedrático le hubiera gustado apabullarla con argumentos científicos de diferentes clases, pero se dio cuenta de que en aquel momento no tenía poder de convicción alguno. En lugar de contestarle, se dirigió al bedel de recepción y le dijo:

– Pídame ese taxi, y que venga por una puerta falsa.

El bedel hizo lo que le había reclamado y se fue a la calle a esperar el coche. Bastantes minutos más tarde, retornó con la noticia de que el taxista aguardaba en un rincón de la plaza. Don Lisardo salió sin decir nada, se cruzó con varios estudiantes rezagados y se montó en el taxi como el que lo hace en un tren desconocido, adonde lo llevasen. Sólo después de que el taxista le pidiese por tercera vez la dirección del destino, dio él la de la cafetería de los espejos. “Esa muchacha es la única que me comprende”, se dijo como para justificarse.

No obstante, cuando tras un corto viaje alcanzó el establecimiento demandado y advirtió que en lugar de la joven del día anterior había otra, fea y sin gracia ninguna, el mundo se le hundió bajo los pies. “Todo es un desengaño”, murmuró repetidamente tras repasar diversos aspectos de su vida, como en una letanía, entre tanto se tomaba un café solo sin azúcar.

De vuelta a la calle, anduvo despacio, recordando multitud de acontecimientos decepcionantes y asociando tragedias a las cosas que reclamaban su atención. Así, al pasar junto a un bar de tapas, caviló: “Más de un honrado padre de familia se habrá vuelto alcohólico en ese bar”. Al ver en el escaparate de una tienda de regalos la muestra de una cristalería, se dijo: “Alguien beberá en alguna de esas copas sin saber que el líquido contiene veneno”. Y al distinguir en el mismo sitio una palangana de plata, pensó: “Sobre ese objeto se cortará las venas algún catedrático enamorado”. Lo imaginaba sin acritud, como si hubiera descubierto el mecanismo oculto por el que se mueve el universo y ese conocimiento inverosímil pusiera paz en su espíritu. De hecho, por un momento se dio cuenta de su triste pero serena felicidad

y se sobresaltó con la idea de haber hallado la clave para convertir en venturoso cualquier suceso y en digna de vivirse cualquier vida, por aciaga que a simple vista pareciese. “A ver cómo expongo yo esto”, se dijo entonces, y en el afán de darle forma al sentimiento se le pasó volando el camino de su casa.

– No te veo preocupada. ¿Has llamado a la Policía? –le preguntó a su mujer, a la que pilló desayunando en la cocina.

– No, porque ayer me dormí sin esperarte y esta mañana me ha despertado la decana para decirme que te han encontrado en la facultad, sucio y como ido pero bien.

– Es una historia muy larga.

– Si es tan larga, no me la cuentes. ¿Se ha manchado el abrigo?

– No, quédate tranquila. Lo he dejado en la percha de la entrada.

Sólo entonces lo miró su mujer, quien esbozó una media sonrisa que estaba entre la extrañeza y la burla, aunque no le hizo pregunta alguna.

– Me voy a acostar un rato –dijo él–. No he pegado ojo en toda la noche.

– ¿Has desayunado?

– No tengo hambre.

Aunque estaba hecho polvo, Don Lisardo tardó en dormirse, agobiado por las imágenes de lo que había vivido recientemente, con las que, sin embargo, se complació cuando al cabo de tres o cuatro horas el sueño tuvo a bien abandonarlo completamente repuesto. Es más, se notó con fuerzas suficientes como para ir a dar su clase de la una, a la que nunca había faltado sin una causa justificada. De manera que se levantó, se comió de tres bocados un plátano y, tras despedirse con sequedad de su mujer, que estaba en la cocina preparando el almuerzo, salió de su casa equipado con un abrigo más nuevo y resuelto a comerse el mundo.

– Parece usted otro, don Lisardo –le dijo el bedel de recepción, a quien saludó con una efusividad desproporcionada para demostrar aún más ánimo del que tenía.

– Pues soy el mismo, y este es mi ser natural –contestó él.

– Me alegro. Así podrá darles toda la caña que se merecen a esos delincuentes que tiene por alumnos.

No obstante, con ser mucho, el coraje que hinchaba su alma se le fue de golpe

unos metros más adelante, cuando reparó en una gran fotografía pinchada en la parte alta del tablón general de anuncios, que lo representaba a él sentado en el suelo con las espaldas contra la puerta de la facultad, casi irreconocible de lo descompuesta que tenía la cara. “De modo que los fogonazos de esta noche eran sólo el flas de una máquina de fotos”, pensó. Se abrió paso entre los alumnos, que la inspeccionaban sin saber muy bien a qué atenerse, arrancó de un manotazo la fotografía y caminó por los pasillos con ella en la mano escoltado por una barahúnda de miradas atónitas. “Serían, pero la última decisión es mía”, se dijo. Y también: “Reiros, reiros, que más me voy a reír yo poniendo las notas”.

Entró en la clase dispuesto a explicitar sus amenazas, a fin de regodearse desde el principio con el dolor de quienes tanto sufrimiento le infligían, y, como primer paso, cogió la fotografía, la enseñó como el prestidigitador hace con el objeto de su juego y la hizo un bolo que dejó de un golpe sobre la mesa. “Esta noche, atajo de cabrones”, iba a decir como inició de una soflama que incluía toda clase de maldiciones e insultos, pero las palabras eran muy gordas, iban apelotonadas y corrían mucho y se le atoraron en la angostura de la garganta. “Esta noche, atajo de cabrones”, dijo, en efecto, pero con la lengua como embozada, y, aunque lo intentó varias veces, no pudo continuar.

Tras la sorpresa inicial, el gozo de los estudiantes estalló en una ensordecedora algarada de risas. Don Lisardo se quedó sin respiración y se puso rojo. Cualquiera otro se hubiera muerto allí, ahogado por su propio discurso, pero él no quería darles el placer de que contemplaran su agonía y salió con la boca abierta y tambaleándose, entre salvas de carcajadas, para morir en la soledad del corredor. Cuando estuvo fuera, sin embargo, notó que sus pulmones se hinchaban gradualmente y que recuperaba el resuello y, con él, el habla, como pudo comprobar cuando repitió jadeando: “No aprobarán en la vida, en la vida”.

En la fortaleza que era su despacho, reforzó su autoridad dándose en voz alta mensajes que eran como arengas previas a la batalla y garabateó sobre un papel en blanco las palabras suspenso y deficiente y numerosos ceros. Tras darse ese gustazo compulsivo, se sintió muy mejorado, tanto que se atrevió a poner las cuestiones del próximo examen, que serían sencillas de entender y de fácil respuesta para que los

estudiantes se confiaran y les doliera más la calificación final, en la que no cabría sino el suspenso.

Sólo llevaba dos preguntas, cuando la decana llamó a la puerta y, sin esperar contestación, asomó la cabeza por el entreabierto, pidió permiso, al que no esperó, e irrumpió en el despacho.

– Quizá te hiciera bien contarme lo ocurrido –dijo después de sentarse en una de las sillas que había frente al escritorio.

Don Lisardo sabía que detrás de aquella oferta de ayuda había mucho de curiosidad morbosa, pero era la primera vez que alguien se ofrecía a oírlo y él estaba deseando narrar todos y cada uno de los detalles de lo acontecido desde que se encontró con el alumno hasta que lo descubrieron al día siguiente.

– Te aseguro que esa es la única verdad –dijo cuando terminó.

La decana, que lo había oído sin chistar, lo miró durante unos segundos con gesto de extrañeza.

– Veo que no estás al corriente: el muchacho del que me hablas se ha suicidado –refirió luego–. Su cuerpo ha aparecido a varios cientos de metros río abajo del puente de los peñascales.

Capítulo II

De los horribles descubrimientos de la segunda noche en la facultad y de las consecuencias que tuvieron.

La decana, que se confesaba agnóstica, dedicó a don Lisardo una oración íntima en el duermevela de la madrugada. El catedrático se enteró por su mujer, a quien la decana había telefoneado para interesarse por el ánimo de su marido. Él, lejos de agradecerlo, vio en aquella llamada una siniestra complicidad entre su mujer y la decana y vislumbró en ella un propósito malévolo que afectaba a su destino. No fue, sin embargo, algo que le preocupara demasiado, pues no le faltaban enemigos de más mérito y, para colmo, después de aquella semana sabática que por deseo expreso de la decana se había tomado, le bullía en la imaginación una idea a la que había llegado tras atar infinitos cabos y reflexionar mucho.

Con la intención de recopilar datos y pruebas para confirmarla, el último día de sus vacaciones se levantó con las primeras demandas de la próstata, que fue mucho antes de la alborada.

– ¿Te ha entrado la mística de repente? –le preguntó su mujer al sentirlo tan temprano.

Él, que se estaba vistiendo a oscuras para no tener que dar explicaciones, pensó: “¡Qué sabrá esta lo que significa mística!”, y dijo: “Duérmete: hace un día de perros”.

Como llevaba una pila de años levantándose después del alba, al salir a la calle y ver que era de noche se maldijo, achacó su torpeza al último cambio horario decretado por el Gobierno y se quedó mirando a izquierda y derecha, sin saber si volverse a la cama y darle la razón a su mujer o echar a andar hacia las calles peatonales del centro en busca de un establecimiento donde tomarse un café solo y esperar. El amor propio lo empujó, finalmente, hacia la segunda alternativa, pero no tuvo que ir tan lejos, pues estaba abierta la primera cafetería con que se tropezó, un local destartado y antiguo que no pisaba nunca porque era la sede de una peña de cazadores y a él siempre le habían repugnado las escopetas y quienes las usaban. En

ese momento, había unos cuantos socios que iban a cazar la perdiz, o eso entendió él oyendo sus comentarios, que hacían sin pudor y en voz muy alta. Mientras le ponían un café y dos tostadas, observó la decoración del local, compuesta mayoritariamente por cabezas de venado y jabalí y por docenas de fotografías de hombres con animales abatidos, y siguió los movimientos de los parroquianos, quienes por sus modales y por el hecho de que fueran a cazar en día laborable lo confirmaron en su prejuicio de que la caza era una afición de gente perdida.

Como estaba fuera de ambiente, salió a la calle en cuanto se tomó el café. Las primeras luces del día afloraban con esfuerzo por detrás de los insulsos edificios de su barrio y despertaban a miles de pájaros, que piaban como locos en los tristes y sucios árboles de las aceras. Don Lisardo, casi de día y con el café tomado, se sentía como revivido, y camino de la facultad razonó que le sería bueno convertir en costumbre el desvarío de levantarse temprano, a fin de alargar los días y, de paso, la vida misma. Sin embargo, al llegar al edificio se topó con la puerta cerrada y dedujo que no traía cuenta ir contra el ser natural de los humanos, en el que la pereza gobierna sin verdadera oposición.

Para hacer tiempo, pensó que podía ir a la cafetería de los espejos a tomarse una copita de anís. Fue una idea invasora, a pesar de él, pues durante sus días de descanso se había sentido ridículo al recordar el episodio que vivió con la hermosa muchacha que servía la barra y se había prometido no volver a visitar ese establecimiento. De hecho, se vio andando en dirección a la cafetería sin voluntad, o mejor, contra su voluntad, con un ahogo y una flojedad en las piernas que sólo se le fue cuando al asomarse a la puerta del local vio que la muchacha no se hallaba en él.

– Se habrá quedado retozando con algún gilipollas hasta las tantas de la madrugada –se dijo ahogado por su propia hiel–. Las muchachas guapas se enamoran del más echado para adelante, aunque sea feo y de mal corazón.

Al lado había una plazoleta con cinco o seis bancos manchados de excrementos de paloma. Don Lisardo se sentó con cuidado en uno de ellos con la pretensión de madurar las preguntas del próximo examen, pero la proximidad de la cafetería lo desviaba de su fin con una nostalgia que no era de recuerdos, sino del tiempo perdido.

“Guapo y valiente me hubiese ido de otra manera”, se dijo para ahuyentar sus distracciones. A los detectives de las novelas no los interrumpían frustraciones ni pensamientos amorosos. Ellos, como los héroes antiguos, teniendo siempre el amor de multitud de mujeres, no amaban a ninguna, no fuera a distraerlos el amor de una misión más alta.

En estas cavilaciones andaba, cuando se percató de que una de las muchas palomas que pululaban por los alrededores se había cagado en su abrigo. Mientras se limpiaba la mancha con la punta de un pañuelo, pensó que a los detectives de las novelas siempre les echan una mano los guionistas. “La vida de los mortales de veras está llena de soledad”, se dijo. “Aparecemos de refilón en una descripción grupal y morimos al cabo de unas pocas páginas sin tener relevancia en la historia, hartos de bregar para nada, casi como en esas mismas historias se presentan las palomas”, añadió, mirándolas con un gesto de solidaridad. En cuanto terminó su labor, se levantó y se fue por otro camino, yendo encorvado por el formidable peso de sus reflexiones.

Aunque tardó mucho en llegar, la puerta de la facultad aún estaba cerrada. Y lo que era peor, también estaban cerradas las de las casas del barrio, por cuyas angostas calles no se veía un alma.

Don Lisardo juzgó que aquel desgobierno, mágico e incomprensible en apariencia, escondía un entramado de razones en el que muy probablemente estuviera involucrada la decana. “Quieren disfrazar la realidad para que pierda su significado y me vuelva loco”, se dijo. También en esa plaza se sentó en un banco, en este caso a esperar a que abrieran la puerta, para probar que su paciencia no era inferior a la animadversión de sus enemigos, quienes con toda seguridad se hallaban guarecidos dentro del edificio y lo observaban por las ventanas.

Al poco tiempo, pasó una niña de unos diez años con un periódico en la mano. “Ya empiezan a salir de sus madrigueras”, se dijo entonces. “Mandan a una chiquilla con la prueba más básica de la realidad, como si yo no supiera que muchos periodistas son capaces de inventar lo que sea por vender más ejemplares o por un sueldo a fin de mes”. La creencia de que el periódico era una prueba falsa construida ex profeso para destaparle un mundo imaginario, le quitó las ganas de comprar uno

con el que entretenerse, pero al cabo de un rato los minutos se le hicieron tan recios que pensó que siempre podría leerlo con la prevención de que era mentira, como el que lee un tebeo.

Sabía que no lejos había un quiosco de prensa y a él se fue. El quiosquero apenas podía sacar la cabeza por encima de los montones de periódicos apilados sobre el mostrador.

– Deme uno cualquiera –le pidió don Lisardo–. Total, todos van a decir lo mismo.

– Yo más bien diría lo contrario –le objetó el quiosquero–: que aunque todos hayan ido al mismo sitio, ninguno va a contar lo mismo.

– Bueno, deme el que más hojas traiga –contestó don Lisardo, que no tenía ganas de discutir.

El camino de vuelta lo recorrió leyendo la primera página, que adelantaba noticias sobre más asesinados por los terroristas, más guerras en el extranjero y más rifirrafes de los partidos políticos, como siempre. “La ficción no es tan distinta de la realidad”, se dijo, creyendo que, acostumbrados como estaban a fantasear, los redactores de aquel periódico no habían sido capaces de concebir nada nuevo con lo que sorprenderlo. Es más, él creía que los periódicos sacaban con una frecuencia inusitada crónicas copiadas de ediciones anteriores –quizá ediciones enteras– sin que nadie, excepto algún cerebro sumamente perspicaz, lo notase. Por ejemplo, al leer el encabezamiento, algo en lo que nadie reparaba nunca, acababa de descubrir que o el periódico había copiado la fecha de otro día o al quiosquero le habían dado una pila de ejemplares atrasados. “En el exagerado descaro de mi sagacidad no habían caído mis enemigos”, se dijo sonriendo.

Dos horas largas estuvo sentado en el banco de la plazoleta leyendo el periódico, levantando de vez en cuando la cabeza para ver cómo seguía la puerta principal de la facultad y echarle un vistazo a la gente, a la que suponía repetida y pagada, como extras de una película. Pero al cabo de ese tiempo se reconoció cansado de esperar y supuso que dentro era más fácil pertrecharse contra el aburrimiento. “Les he dado una lección –discurrió entonces-, pero si sigo aquí sentado, el castigo me lo voy a dar a mí mismo. Ahí se pueden pudrir, si quieren”.

A pesar de todo, se fue con la amargura del derrotado, y camino de su casa, para no pensar, se cantó algunas canciones de su juventud, especialmente una que decía “tengo una novia con el corazón grande”, que había bailado con su mujer muchas veces cuando eran novios. Aquel recuerdo lo llevó a cavilar que entre la ilusión juvenil de su mujer y su indolencia actual mediaban años y años de trescientos sesenta y cinco días iguales y sintió lástima de ella. Fue una emoción pasajera, que duró hasta que entró en su casa y la encontró haciendo punto y viendo la misa de la televisión.

– ¿Se puede saber a qué viene levantarse un domingo tan temprano? –le preguntó ella sin mirarlo.

Él tuvo un momento de confusión antes de alcanzar a ver la explicación de tanto desbarajuste.

– Fui a misa de alba –mintió auxiliado por el programa que veía su mujer.

– ¿Y qué, vas a coger la costumbre?

– No creo: era el mismo sermón de hace treinta años.

Al día siguiente, don Lisardo, aunque se despertó pronto, no se levantó sino hasta su hora, que eran las diez largas. Para entonces, su mujer había preparado café y cuatro o cinco tostones y se había sentado a ver una telenovela. “Ya estarán fríos los tostones”, le dijo ella, que era lo que decía siempre, y, cuando él iba a contestar, también como siempre, lo cortó diciendo: “A ver si me vas a interrumpir en lo más interesante”.

El catedrático ni habló entonces ni volvió a abrir la boca, ni siquiera para despedirse, y salió de su casa con el mal humor habitual, aunque en cuanto se vio en la calle y apreció el ir y venir de la gente, le vino un subidón de autoestima y se supo capaz de cualquier cosa, de matar, incluso. Así se lo hizo saber al bedel de recepción:

– Capaz soy de matar, fíjate bien. A un hombre como yo no se le hacen estas atrocidades –le dijo.

Y lo hubiera hecho, ciertamente, a poco que le hubiesen llevado la contraria. El bedel, que conocía al catedrático desde que este era estudiante, sabía que no convenía contradecirlo cuando andaba cabreado. Por eso, y porque a ambos les corría por las venas un veneno parecido, resolvió ayudarlo en lo que fuera.

- Dime, ¿quién vigila este edificio por las noches? –le preguntó don Lisardo.
- Nadie, que yo sepa.
- ¡Cómo! ¿Nadie? Esta jodida decana no hace más que ponerme zancadillas.

No comprende que yo me crezco en estas circunstancias.

Don Lisardo pidió al bedel que tuviera muy abiertos los ojos y los oídos a lo que de insólito pudiera observar desde su privilegiada posición de vulgar empleado del centro y, obtenida del bedel la promesa de que lo haría, se fue directamente en busca de la decana.

– He descubierto al culpable. Y sin una pista –le dijo en cuanto entró en su despacho y la vio detrás de su escritorio–. Tú, que has estudiado Metodología de la Ciencia, vas a entender el clásico método deductivo que he seguido. El problema es que la Policía no ha estudiado Metodología y querrá pruebas.

La decana, que momentos antes leía con fruición la disposición más hermética de un boletín oficial, se tomó a guasa la perorata de don Lisardo y le contestó:

– Evidentemente, señor catedrático. Pero dime, ¿quién es el criminal?

– En una novela de Agatha Christie, al final se destapa que el asesino es en realidad el primero de los asesinados. Y con eso te digo bastante –explicó don Lisardo.

El catedrático sintió durante unos segundos la atónita mirada de la decana, quien finalmente, tras una carcajada nerviosa, recobró la lucidez y dijo:

– Menos Agatha Christie y más Shakespeare, Lisardo.

Ante aquel comentario, don Lisardo comprendió que hablar con la decana no sólo era tiempo perdido, sino enseñar sus cartas a quien en plan de chanza iba a ir relatándole sus pesquisas a cualquiera. Poco después, salía del despacho maldiciéndose por su torpeza y teniéndose lástima por su soledad, a la que culpaba del error de haber confiado en quien era desde siempre su enemiga.

Estaba claro que le faltaba un amigo con el que desahogarse, un compañero de correrías con el que sopesar razones, que lo bajara a la tierra cuando se elevase demasiado y que con su sencillez pusiera el contrapunto a sus inteligentes argumentos, una persona que en vida le diera el aplauso que el mundo niega a los

héroes y a su muerte dejase escritas sus andanzas, alguien tan fiel para con él como lo que fue el doctor Watson para Sherlock Holmes o Adso para Guillermo de Baskerville.

Al pasar junto a la portería, pensó que ese rendido admirador bien podía ser el bedel de recepción, de cuya sencillez no cabía duda.

– Anda, ven y sígueme, que te voy a hacer entrar en la Historia –le dijo al bedel, que estaba ordenando el correo de los profesores.

– ¿Cómo ha dicho usted?

– Que me sigas, que te voy a hacer más famoso que don Quijote hizo a Sancho Panza.

– Ahora no puedo. Si se entera la decana que no he repartido el correo, es capaz de echarme. Ya sabe usted cómo es ella.

Ante la candidez de los motivos para la negativa, don Lisardo comprendió que más que un hombre sencillo, el bedel era de una simpleza rotunda, y más que servir para compañero y amigo, apenas valía para buscarle un taxi y llevarle el maletín, como si se tratase de un escudero de los tiempos modernos. “Mejor”, se dijo. “Este escribiría mi historia con faltas de ortografía”.

Volvió a la calle convencido de que las peripecias que lo aguardaban quedarían en el olvido, confundidas con las sosas vidas del populacho. A no ser, claro está, que fuera él mismo quien las escribiese, como hicieron Henri Charriere, Victoriano Corral y Eleuterio Sánchez, o, mejor aún, que estos no contaban más que penas y fugas, como habían hecho con la elegancia de la tercera persona multitud de espías reconvertidos en novelistas.

Con la certeza de que esta última posibilidad siempre existía, se sintió satisfecho. Basta con decir que fue a la cafetería de los espejos y, aunque no estaba la muchacha guapa que lo había encandilado, pidió un ponche como si tal cosa, quizá robustecido con la seguridad de que su vida había cambiado al ser un personaje histórico, o quizá –más probablemente– creyéndose más de ficción que real, como al amparo de un argumento que había de sacar adelante al protagonista pasara lo que pasase. “Algún día, estos dirán que estuvieron sentados al lado de Lisardo Planas, catedrático y héroe, que revolucionó la ciencia de la investigación policial y la puso

en práctica con grave riesgo de su vida”, pensó. Pero luego se corrigió y se dijo: “O, simplemente, que estuvieron sentados al lado de Lisardo Planas, porque lo demás estará sobreentendido”.

Observando la expresión pueril de quienes lo rodeaban, supo que el mundo no podía esperar más. Y él, que era la otra parte implicada, tampoco, pues sentía la urgencia de la acción como un caldo caliente que le corría por las venas. De hecho, si hubiera podido, habría actuado en un santiamén sin planes ni ciencias, arrollando enemigos.

Pero su plan necesitaba la caída de la noche. Aunque faltaba mucho hasta entonces, en ningún momento se planteó volver a su casa, y anduvo aquí y allá mirando escaparates y viendo volar las palomas hasta que, poco antes de las dos, entró en un restaurante de postín, donde el alcalde, que lo conocía de chico, lo saludó efusivamente y lo invitó a su mesa a comer, con el delegado del Gobierno, la presidenta de la Diputación, varios delegados de las Consejerías y otra gente importante. Don Lisardo sabía que los hombres como él aman la soledad y desprecian el boato, que su única ostentación es la gloria, y no quiso aceptar. Sin embargo, cuando, después de comer, el alcalde insistió en que tomara con ellos un café, pensó que tanta negativa era de mala educación y no se opuso, aun a sabiendas de que se fatigaría en aquella mesa, asumiéndolo como un gabarro de su condición.

– Os presento a don Lisardo Planas, catedrático de una asignatura rara que ahora no recuerdo, el más listo de los amigos de la infancia –dijo el alcalde.

De aquella relación infantil, a don Lisardo sólo le había quedado que el alcalde le copiaba los deberes y le llenaba de mocos las libretas.

– A ver, pónganle a don Lisardo un café –dijo el delegado del Gobierno.

Y más tarde:

– A ver, pónganle a don Lisardo una copita.

Y finalmente:

– Don Lisardo, denos su opinión sobre el sistema educativo que hemos implantado. Y sea sincero, por favor, que a los políticos nos interesa mucho oír la voz de los afectados.

En un principio, el catedrático no pronunció sino algunas torpes evasivas,

pero como el delegado porfió para obtener su opinión, aseveró al fin:

– El sistema educativo es una mierda. Esa ley es buena para los prostíbulos y mala para las escuelas –y añadió acto seguido–: Esa es la pura verdad.

El delegado del Gobierno consideró que aquel exabrupto era la demostración de que se hallaba ante un intelectual de gran talla, de lo que se congratuló mucho. El alcalde, en cambio, que había tenido una educación más cerril y era menos dado a tener contactos con estudiosos y eruditos, se avergonzó por haberlo conducido hasta la mesa y en descargo propio quiso dejarlo en evidencia.

– Por tu extenso vocabulario, se nota que tienes una ingente cultura –dijo.

– No hables de cultura, alcalde: cada vez que oigo a un político mentar a la cultura me echo a temblar –le contestó don Lisardo.

El delegado del Gobierno creyó que aquello era un chiste y rio con todas las ganas que le permitían el lugar y su condición.

– ¡Para que digan que los intelectuales son gente aburrida! –comentó.

Y enseguida, lamentándolo mucho, se levantó con el argumento de que tenía una comisión y tomó el camino de la calle tirando del brazo de don Lisardo, que asistía a la parafernalia de la despedida con un punto de retraimiento.

– Yo lo acompaño a usted donde quiera y de paso conversamos un rato –le dijo en la misma puerta del restaurante. Y luego–: Discúlpelos, por favor: estos políticos de provincias son unos zafios de cuidado.

Don Lisardo, que necesitaba una cámara fotográfica para ejecutar su plan, había pensado dedicar parte de la tarde a comprarla en alguna tienda de las inmediaciones. Cuando se lo hizo saber al delegado del Gobierno, este insistió tanto en llevarlo que a él no le pareció prudente resistirse, a pesar de que en coche iba a tardar mucho más que a pie. Así ocurrió, en efecto: para llegar a apenas unas decenas de metros, debieron darle la vuelta a varias manzanas, trayecto que el delegado del Gobierno aprovechó para mostrarle el paisaje y el paisanaje desde la ventanilla del coche oficial. Mire usted ese qué pinta tiene y esa cómo anda, decía el delegado señalando con el dedo, o esa es la delegación tal y esta la delegación cual. El catedrático asistía al viaje como si fuera forastero, con el asombro del que descubre un lugar con el que ha soñado antes. “Esta debe ser la realidad que se percibe desde

la poltrona”, pensó: “La gente es incomprensible y no tiene nombre mientras que los edificios públicos son accesibles y están perfectamente identificados”. Se lo iba a decir al delegado, pero lo vio tan enardecido indicando con el dedo que temió romper algún encantamiento.

– Los asientos son duros y dentro hace un poco calor –dijo don Lisardo cuando se estaban despidiendo, en la puerta de la tienda de material fotográfico.

– Pues todavía hay quien cree que le tenemos apego al coche oficial, fíjese usted –le contestó el delegado.

Al volver a pisar el suelo, don Lisardo recobró la verdad de su condición. Desde allí, el delegado del Gobierno no era más que un insignificante hombrecillo vestido de gris, y cuando desapareció calle abajo, fue como si no hubiera existido nunca. También recobró su propia inquietud: se había propuesto demostrar que, como en la novela *Diez negritos*, aquel muchacho del suspenso vivía aún y, de paso, quién sabe si destapar algún misterio más gordo. Por eso, en cuanto compró la cámara fotográfica, se fue directamente a la facultad, cuya puerta era guardada por el mismo bedel de por las mañanas, que le hacía el turno a un compañero.

– ¿Has abierto bien los ojos? –lo interrogó el catedrático.

– Sí, don Lisardo.

– Y qué, ¿hay alguna novedad?

– Ninguna, don Lisardo. Por cierto, ¿adónde va usted a estas horas?

El catedrático llevó al bedel hasta el cuarto de los avíos, donde le confesó:

– Me propongo probar que el estudiante que han enterrado está vivo y se oculta en esta facultad amparado por sus compañeros y, quizá, por algún docente, tal vez por la decana.

– ¿Y no será un duende? –le propuso el bedel–. Según tengo entendido, en los edificios antiguos los hay a bandadas.

Don Lisardo no respondió a semejante estupidez. Sólo le ordenó:

– Tú abre bien los ojos a lo que sea.

– Sí, don Lisardo. Y tenga cuidado con los estudiantes, que tienen peor ralea de la que se imagina.

Don Lisardo se fue a su despacho a aguardar la llegada de la noche. Para

hacer la entretenida, leyó varias revistas especializadas en la materia de su asignatura, preparó unas cuantas cuestiones de pega y, para darse ánimos, repasó exámenes con respuestas disparatadas que guardaba celosamente como prueba de la ignorancia general del alumnado. Al cabo de unas cuantas horas, sin embargo, estaba cansado y tenía hambre, un problema en el que no había caído, de modo que se fue a tomar una cerveza y una tapa a la cafetería en la que solían pararse los profesores, donde se topó con don Jenaro, quién, sorprendido de verlo por allí tan a deshora, le preguntó:

– ¿Qué te pasa? ¿Has reñido con tu mujer?

Él, en lugar de contestar a la tramposa cuestión que se le tendía, le dio alas a la emoción de saberse el único poseedor de una sospecha terrible.

– Algo raro pasa en la facultad por las noches y voy a averiguarlo –le dijo mirando de reojo a su interlocutor y hablándole casi al oído.

– Siempre se ha dicho que en ese edificio hay fantasmas de todas clases – aseguró don Jenaro.

Don Lisardo creyó que en la respuesta de su compañero había mucha socarronería, pero cuando don Jenaro continuó diciendo que él mismo había visto repetidas veces al espectro de Sócrates pidiendo a gritos una sentencia justa, no le cupo la menor duda de que se hallaba ante un demente senil y creyó que el hecho de que aquel carcamal siguiese dando clases era el ejemplo más palmario de lo mal que estaba la universidad.

Arrepentido de haber abierto la boca, se tomó con don Jenaro una cerveza y un pincho de tortilla y se fue de la cafetería con un saborcillo de lástima que creyó debilidad y rechazó de plano. “No están los tiempos como para hacerle concesiones a nadie”, discurrió, aunque la emoción nueva que le provocaba su compañero sólo se le fue cuando al llegar a la facultad se encontró la puerta principal cerrada. “Si fuera supersticioso, pensaría que el destino me ha castigado negándome hasta la más nimia licencia”, se dijo. Pero él, que como científico se había afiliado a la corriente del Positivismo, no podía por principios admitir para los efectos otra razón que las causas. Por ese motivo, rastreó de puerta en puerta hasta que halló abierta una próxima a los portones de la capilla.

El bedel de recepción, que estaba sentado en el escalón del umbral, se extrañó mucho al verlo aparecer. “Tiene usted el don de la sorpresa”, le dijo. El catedrático le explicó lo que había pasado y lo que quería y le pidió que lo acompañara hasta su despacho, porque no sabía dónde estaban los interruptores de las luces.

Aquella parte no había sido acondicionada para la docencia porque ese uso demandaba unas reformas arquitectónicas que desnaturalizarían el edificio, declarado monumento nacional. Constaba, entre otras dependencias, de un claustro barroco, la capilla, que también tenía entrada por la calle y se utilizaba para los actos religiosos de la facultad, las celdas de las monjas, ordenadas a ambos lados de dos galerías, y una antesala enorme y altísima de cuyo techo colgaba una lámpara de hierro con no menos de cien velas.

Don Lisardo y el bedel atravesaron casi a la carrera algunos pasillos estrechos y dos lados del claustro y se adentraron por una de las dos galerías hasta la antesala, donde encontraron la lámpara bajada y a un estudiante encendiendo las velas. “La decana dice que si no chorrean cera de vez en cuando pierden la gracia de la vida”, alegó el bedel, quien se apresuró a abrir la puerta que comunicaba con la zona aprovechada del edificio, por la que circularon sin detenerse hasta el despacho del catedrático.

– Así que se va a quedar aquí toda la noche. Bueno, mañana me cuenta lo que ha pasado –le dijo el bedel con el resuello medio perdido poco antes de despedirse.

El catedrático se asomó a la ventana que daba al patio central y siguió los movimientos del bedel por las luces que se encendían y se apagaban. Cuando la oscuridad fue total, se metió en su despacho, donde hubo de armarse de paciencia hasta que dieron las doce, hora en la que salió al corredor con la cámara fotográfica colgada del cuello y una cierta zozobra en el estómago. “¿Y ahora qué?”, se dijo a medio arrepentir, culpándose por el error de no haber caído en llevar una linterna. Como no había ni una mísera brizna de luz a la que acostumbrarse, anduvo con una mano tentando en la pared y con la otra explorando el aire hasta que llegó a la ventana del patio, la única referencia buena con la que contaba. Afuera, la luna estaba tapada por una nube y en un rodal del cielo brillaban tímidamente las marchitas estrellas de la ciudad. Abajo, el suelo era una sima negra en la que hubiese

resultado imposible distinguir los movimientos de un cuerpo de ejército. Se subió al alféizar y esperó con los sentidos alerta el sonido de unos pasos, el brillo de un cigarro, la convocatoria de una luz. Nada de esto hubo durante un rato que le pareció un siglo, por lo que, con la falsa intrepidez que le daban la incomodidad de la postura y la calma de la facultad, se bajó y, otra vez a tientas, caminó por los corredores evitando obstáculos hasta unas escaleras de peldaños romos que conducían a la planta baja, por las que descendió abriendo y cerrando los ojos para darse el gusto de probar la hipótesis de que a falta de luz daba igual lo uno que lo otro. La ausencia de incidentes lo había envalentonado y le permitía realizar experimentos como ese, que él calificaba como circunstanciales y tautológicos. Incluso pudo cavilar sobre otras cuestiones. Así, al bajar el último peldaño, se dijo: “Igual mi mujer ha llamado a la decana para preguntarle por mí”. Y añadió sonriendo: “¡Vaya pareja de búhos que están hechas las dos!”. No dejó de pensar en ellas hasta que alcanzó el primero de los grandes ventanales que daban al patio, frente al que se detuvo para escudriñar la oscuridad del exterior. “Estar ahí quieto en medio de la noche no es sino una actitud de diablos o de locos”, se dijo entornando los ojos y echándole imaginación a la búsqueda. “Pero ese muchacho está loco como para eso y para mucho más”, se contestó él mismo, recordando cómo aquel estudiante lo había perseguido escaleras abajo y, más tarde, cómo lo había hostigado con el flas de la cámara fotográfica en unas circunstancias similares a las que en aquel preciso momento estaba viviendo.

Fue de ese modo como se percató de que tenía una cámara fotográfica y podía utilizarla de una forma idéntica. Sin considerarlo más, la levantó y disparó al corredor, de manera que por un instante aparecieron antes sus ojos doloridos, a un lado, los ventanales del patio, al otro, la puerta y las ventanas de la clase de primero y, aquí y allá, un tablón de anuncios, diversas macetas, unos bancos y otros objetos que después del fogonazo permanecieron durante unas décimas de segundo iluminados en su memoria. Dio unos pasos y pulsó de nuevo el disparador. Y así una vez y otra. Cada varios metros, un fogonazo. Cada fogonazo, una imagen efímera de soledad y vacío. Dobló una esquina y siguió haciendo lo mismo. Ahora tenía el patio a la izquierda y a la derecha la clase de tercero. En el centro de aquel corredor se hallaba la puerta del patio, a la que se acercó enfrascado en el juego de dar luz y

andar a oscuras. Por eso no supo si oyó o imaginó un ruido a sus espaldas. Para salir de dudas, se giró e hizo una foto. “No había nada, pero podía haberlo habido”, se dijo temblando, con el convencimiento de que debía estar alerta contra su propia confianza. Se tocó la frente y la sintió helada y húmeda y, al volverse para recobrar el rumbo, notó que las rodillas le temblaban. “No había nadie”, tornó a decirse para darse ánimos. Pero estaba tan mínimamente seguro de ello que se acercó a la pared y se detuvo. “No eran más que imaginaciones”, se reprochó, consciente de que no podía permanecer allí toda la noche. Apretó el disparador en el sentido de la marcha y, en ese momento, vio que en el fondo del pasillo había un encapuchado vestido con una camisa blanca manchada de sangre y un pantalón negro que caminaba hacia él empuñando un enorme cuchillo de monte. Don Lisardo se quedó más sorprendido que asustado. Sólo tuvo miedo cuando provocó otro fogonazo y comprobó que la figura estaba a unos cuantos pasos y tenía el cuchillo levantado. Entonces sí, entonces dio un grito terrible, se volvió y salió corriendo, ya sin tantear, a golpes puros y duros, cayéndose y levantándose, hasta que por la luz que entraba por las ventanas entendió que se ubicaba en el corredor de la calle, en mitad del cual, prácticamente asfixiado, se detuvo y miró atrás, a tiempo para ver cómo el encapuchado atravesaba los primeros haces de claridad y hería las tinieblas con los finos destellos de su cuchillo.

Don Lisardo dio una última carrera y logró llegar hasta la puerta de la consejería, abrirla y echar el cerrojo tras de sí. Poco después, sonaban golpes fuertes y repetidos con la evidente intención de echarla abajo. Encendió la luz y buscó algo pesado con lo que apuntalarla. No encontró nada, pero recordó que en el contiguo cuarto de los avíos estaban las taquillas de los bedeles. Eran cinco, estaban pegadas y pesaban como si guardaran decenas de ordenanzas muertas, de modo que para trasladarlas tuvo que poner todas sus fuerzas y las que le prestó el miedo, que fueron muchas. Consiguió su objetivo justo en el momento en que saltó el cerrojo. Detrás de las taquillas fueron la mesa de los bedeles, las sillas, unas cajas de cartón que debían de tener revistas o libros, la percha de árbol, una papelera de alambre y cuantos objetos había entre las dos habitaciones, por livianos que fueran.

Durante el tiempo que duró aquella mudanza no sintió ruido alguno

procedente del corredor. “¿Quién me mandará a mí meterme en estos laberintos de novela!”, se dijo sentado en la silla que había colocado sobre el escritorio de los bedeles, como un trasto más. Esa fue la única tregua que le dio el guionista de aquella peripecia, pues enseguida un golpe seco y formidable hizo temblar todos los muebles apilados y a él lo tiró al suelo. Así, al pronto, creyó que habían hecho explotar una bomba, pero al instante sonaron otros golpes que hicieron saltar la puerta y provocaron la retirada de las taquillas y la dispersión de los muebles.

– Ya es nuestro. Traed el caldero de la sangre –gritó alguien.

Una cara hierática y amarilla fue la primera en escrutar la habitación por el espacio abierto. Don Lisardo echó mano a la estilográfica que guardaba en el bolsillo de su chaqueta, la desenvainó y la clavó en uno de los ojos que lo miraban. El rostro se retiró sin mostrar señal alguna de debilidad, como si fuera la de un muñeco, y volvió a asomarse con el plumín clavado y el mismo gesto.

– Está aquí, lo estoy viendo –dijo.

– Pues apártate, que vamos a entrar por él.

La cara se retiró para dejar sitio a unos brazos y unos hombros que empujaban las taquillas y apartaban la mesa.

– Aquí está el caldero –gritó una voz.

Un sonido de hojalata delató el material del recipiente.

– Dejadme que lo degüelle yo, que llevo más convocatorias suspendiendo que nadie –pidió uno.

– No, yo llevo más que tú. Tengo más derecho –demandó otro.

– A mí me suspendió con un 4’99. Dejádmelo a mí –exigió un tercero.

– Matémoslo entre todos, como en las lapidaciones –sentenció un cuarto.

Si morir de miedo era posible, ¿por qué él no se moría ya?, se dijo, si era imposible tener más miedo. ¿Por qué la naturaleza lo había dotado con un corazón de león y el destino le tenía preparada la muerte de un cerdo?

Reculando se fue hasta el cuchitril de los avíos, lo cerró y se sentó de espaldas contra la puerta a esperar la llegada de la muerte. Los ruidos, sin embargo, cesaron pronto. Al cabo, como estaba totalmente a oscuras, no había ruidos y no tenía voluntad, ni peso, ni sentía dolor, creyó que había fallecido y que sólo era

pensamiento. “Si hubiera sabido que morir se tiene tan poca trascendencia, le hubiese hecho frente a esa canalla”, se dijo. Se lo haría ahora que se habían cambiado los papeles y el ser temible era él: se les aparecería bajo formas monstruosas por el gusto de hacerlos sufrir, sin matarlos, es decir, matándolos de miedo.

Probó a materializarse en su despacho y en su casa, pero no pudo. “Está bien. Tiempo tengo para aprender”, razonó, creyéndose que estaba en una suerte de éter o de nada de la que exclusivamente lo sacaría la práctica. Al momento, sin embargo, volvió a oír voces y golpes y creyó que su espíritu aún estaba en el cuarto de los avíos. “Ya estoy aprendiendo”, se dijo satisfecho, y luego: “Voy a salir y les voy a dar el susto de su vida”. Lo deseó con tanta fuerza, que creyó que su alma se elevaba cuando se levantó del suelo y que podía mover los objetos cuando abrió la puerta con la mano.

No se dio cuenta de su verdadera naturaleza sino hasta que se vio en el cuarto adyacente rodeado de un tropel de objetos y junto a dos bedeles jóvenes, quienes enseguida lo agarraron por los brazos y lo arrastraron hasta una ducha, de la que el catedrático salió de súbito preguntando excitado si los habían cogido.

- ¿A quiénes? –le pidió uno de los bedeles.
- A quiénes van a ser, a ellos.
- ¿A ellos quiénes?
- A esos malditos estudiantes asesinos.
- ¿Quiénes son esos malditos estudiantes asesinos?
- ¿Cómo que quiénes son? ¿Quiénes van a ser?
- Eso, ¿quiénes son?

Harto de recibir preguntas como respuesta, don Lisardo se puso a insultar a los bedeles. Uno de ellos, el que tenía menos aguante de los dos, para quitarse de encima el mochuelo, le dijo que todos estaban con la decana.

– ¿Están locos? ¿La han dejado sola con esos matarifes? –le recriminó el catedrático a voces.

- Sí, pero no se preocupe, que ella sabe manejar como nadie a los estudiantes.

Don Lisardo lo cogió por las solapas mientras le gritaba:

- Malditos imbéciles, la degollarán, la degollarán como a una cerda.

La decana, que esperaba pacientemente en el pasillo, acudió al oír los gritos y al ver a don Lisardo desnudo y chorreando creyó que le había dado un ataque de locura furiosa. “Por el amor de Dios, denle una ducha de agua fría a este hombre, a ver si reacciona”, ordenó, lo que los bedeles hicieron conteniéndose a duras penas las risas.

El bedel de recepción, que acababa de llegar, se alegró mucho al verlo aparecer luego con tan buen color, y se interesó por lo que había descubierto durante su noche de vigilia en el edificio.

– Ya hablaremos –le contestó don Lisardo–. Entre tanto, pídamme un taxi.

Cuando poco después se presentaba en su casa, su mujer no dio muestra alguna de extrañeza.

– ¿No te sorprende verme llegar a estas horas? –le preguntó él.

– Como ayer oí en los ecos de sociedad de la radio local que estabas comiendo con las autoridades, supuse que ibas a regresar a las tantas atiborrado de rioja y de marisco y me acosté, y esta mañana me despertó la decana para decirme que otra vez te habías quedado cerrado en la facultad –dijo.

Oído lo cual, a don Lisardo le dio mucho sueño, tanto que en qué se vio de llegar a su cama.

Capítulo III

En el que se cuenta la aventura que tuvo la tercera noche en la facultad, que vivió acompañado, y lo insólito de su conclusión

“Érase una vez un hombre en exceso generoso llamado Lisardo”. Lo encontró tan fácil que se levantó entusiasmado. Escribir novelas casi no tenía mérito, bastaba con colocar unas letras detrás de otras, las palabras justas, eso sí, pero esa exactitud la daba la vida misma. Por ejemplo, como él era un hombre generoso, pondría en el texto “hombre generoso”. Y como era más generoso de lo normal, pondría “un hombre en exceso generoso”. Lo demás era de cajón: se llamaba Lisardo, luego “un hombre en exceso generoso llamado Lisardo”. Estaba comenzando una historia, luego “érase una vez”. Poner “érase una vez un hombre generoso”, sin exceso, hubiera sido dejar la verdad a medias. Poner “érase una vez un hombre ruin”, mentir. Y poner érase una vez cualquier otra cosa, absurdo, como érase una niña muy buena o había un barco que venía de Paramaribo.

Pero cuando se aprestó a continuar no se le ocurrió nada. Únicamente después de muchas pruebas y muchos borrones, escribió: “Érase también un estudiante loco, una decana sabia, un profesor chocho y un bedel adorable”. De su esposa, mejor no hablar: los héroes de las novelas y las películas no tenían mujer o, si la tenían, se acostaban con otras en cada capítulo. De la muchacha de la cafetería de los espejos, tampoco, como no fuera que en la realidad cayese rendida a sus encantos y él, por hacerle un favor, la poseyera sin ganas en alguna pensión cutre del barrio antiguo.

Se levantó y vio las letras desde lejos. La frase le pareció redonda, bien adjetivada y con fuerza: estudiante loco, decana sabia, profesor chocho, bedel adorable. Lo de la decana y lo del bedel no era cierto, pero como se le había ocurrido sin pensar, lo creyó fruto de la inspiración y lo dejó en el texto como una licencia poética.

Volvió a sentarse dispuesto a escribir de un tirón la novela entera y, en ese afán, redactó largos párrafos que finalmente sólo fueron textos de cuestiones, comentarios a pies de página de alguno de sus artículos o notas de exámenes con

apostillas que recomendaban más estudio, más trabajo o más dedicación, y que suprimía en cuanto se percataba de lo errado de su discurso.

En esto andaba, cuando se asomó su mujer para decirle que querían verlo dos inspectores de la Policía.

– A ver, don Lisardo, cuéntenos qué ha sido eso tan grave que le ha ocurrido en la facultad –dijo uno de ellos.

Él contó la historia sin aderezos ni salsa ninguna, lo más simple y crudamente que supo. A su término, los policías le hicieron dos preguntas intrascendentes con cara de darle poca importancia al asunto y se fueron prometiéndole estudiarlo con una convicción que hubiera resultado falsa hasta para el más cándido de los profesores de párvulos, cuanto más para él.

– La Policía, como cabía esperar, era tonta –escribió luego en sus papeles.

Cuando terminó, leyó lo que llevaba escrito y lo juzgó correcto. Ya se veía tan héroe como literato, a la manera de un Garcilaso de nuestro tiempo. Recordó entonces que Garcilaso, como él, estaba casado, como él, infelizmente y, como él, se hallaba enamorado de otra dama. Pero aquella comparación que lo había asaltado a hurtadillas y en la que al principio se complació, acabó resultándole enojosa, pues Garcilaso era poeta y él odiaba a los poetas, por blanditos y porque cantaban amaneceres más bellos que los bellos amaneceres reales e historias de amor más tristes que las tristes historias de cada día. “Habría que ver a Garcilaso asaltando murallas con la espada desenvainada e hiriendo a los defensores con sus églogas”, razonó. Y también: “La vida era más fácil en el Renacimiento. ¡Me gustaría ver a Garcilaso pasando a la gloria en esta época!”. Y, por último: “¡Y quién ha dicho que yo estoy enamorado de otra dama!”

Como hacía siempre que un pensamiento lo molestaba, cantó bajito algunas canciones de su juventud, que eran las únicas que sabía. Pero un poco más tarde tarareaba sin darse cuenta de que continuaba cavilando, ahora sobre lo idílica que era la vida de los demás y sobre todos los errores de su propia vida, que se le antojaban muchísimos. Cuando se percató de ello, pensó adrede en los años épicos que le restaban por disfrutar, pero el futuro le resucitó el pasado y sintió una enorme nostalgia por lo que no había vivido que quiso vencer a fuerza de coraje. Así, se

levantó y se miró en un espejo que tenía en el despacho. Al verse en él las manos, se dijo que había en ellas fuerza suficiente como para ahogar al estudiante más recio. Y al verse los pies, los notó ligeros, capaces de la más veloz persecución. Y viéndose la cabeza, se dijo que dentro de ella había una máquina perfecta, capaz de investigar los crímenes más oscuros. Con aquellas trazas y aquella mente –concluyó–, temer al futuro era hacerle un desaire a la naturaleza.

No obstante, a pesar de considerarse seguro de sí mismo, se sintió solo. Los policías se tenían unos a otros y los héroes de las novelas o de las películas tenían un ayudante o una novia. ¿A quién tenía él? ¿A su mujer? ¿A la decana? ¿Al bedel de recepción? ¿A la muchacha de la cafetería de los espejos? ¿Al delegado del Gobierno?

Tomó de nuevo el papel y escribió: “Don Lisardo tenía el rostro duro a fuerza de no expresar emociones, de tan desamparado como estaba. Era como si no tuviera mujer, ni compañeros, ni admiradores, ni amigos. Porque su mujer no lo comprendía, la decana no creían en sus historias, el bedel de recepción había decidido no seguirlo, la muchacha de la cafetería de los espejos tenía prohibido servirlo llena de gozo y el delegado del Gobierno se había limitado a decirle que cuando necesitara algo, allí estaba él”.

Fue de ese modo como recordó el ofrecimiento del delegado, al que había conceptualizado como un pobre infeliz cuyo único entretenimiento era pasear en su coche oficial señalando con el dedo a la gente y a las cosas. Si lo llamaba y le ofrecía acompañarlo en sus andanzas, quizá no sólo aceptara, sino que muy probablemente lo hiciese de buen grado, pues aquel individuo parecía muy aburrido y había en él cierto aire bondadoso, incluso cándido.

No se paró más a pensárselo y al poco rato estaba delante del edificio de la Delegación, que era un mamotreto de hormigón rodeado de unas cuantas acacias.

– Quiero ver al delegado –preguntó en el primer mostrador.

– ¿Tiene usted audiencia?

– ¿Audiencia? A mí no me hace falta: dígame rápidamente que está aquí el catedrático don Lisardo Planas.

Aguardó de pie la contestación, que no tardó en llegar.

– El señor delegado lo está esperando.

Don Lisardo dio las gracias con desdén y se fue detrás de una señorita vestida de azul que le fue enseñando el camino y abriendo las diversas puertas que se encontraban.

– ¡Hombre, don Lisardo, precisamente estaba pensando en usted! Acaban de invitarme a una partida de mus y me estaba diciendo que con una clarividencia como la suya de pareja no habría jugadores en la ciudad que se nos resistieran –dijo el delegado a manera de saludo.

– Lo acompañaría con mucho gusto, pero tengo una ocupación que absorbe por entero mi tiempo, relacionada en buena parte con usted, pues las autoridades de esta ciudad corren un riesgo gravísimo de muerte.

El delegado, así al pronto, creyó que en la universidad había una célula terrorista y se asustó mucho.

– A ver, don Lisardo, cuénteme.

El catedrático refirió la historia con el máximo detalle posible y, al terminar, dejó sobre el escritorio las fotografías ampliadas que con tanto esfuerzo había hecho durante la noche anterior y dejó que su anfitrión descubriera por sí mismo lo que se colegía de las imágenes que en ellas se mostraban. El delegado, que se había ido tranquilizando conforme avanzaba la narración, las fue repasando con mucha parsimonia hasta que ante una de ellas hizo un gesto de extrañeza y, después de sacar una lupa con la que indagó en la foto, dijo:

– Efectivamente, aquí hay alguien asomado a la puerta. Una mujer desnuda, diría yo.

A don Lisardo, aquella afirmación lo cogió por sorpresa, no así la que el delegado hizo sobre el encapuchado que salía en otras fotos.

– Esta capucha es la de la procesión del Santo Entierro –dijo. Y luego–: Ya tenemos un cabo por donde empezar.

A don Lisardo aquella última frase le dolió profundamente, pues el “tenemos” indicaba una insolente comunidad y el “cabo por donde empezar” un desprecio absoluto por todo su trabajo anterior. Se lo iba a advertir con la mayor cortesía, cuando el delegado recibió una llamada telefónica y salió de su despacho, no sin

antes pedirle por favor que lo esperase.

Mientras aguardaba, don Lisardo sospechó que su anfitrión había aprovechado la llamada para avisar a la Policía, pero a su vuelta le declaró vehementemente que había nombrado al secretario general como delegado accidental para poder dedicarse en exclusiva a desentrañar aquellos crímenes, y que desde aquel momento se ponía por entero a su disposición para lo que él, con su mejor criterio, decidiera, todo lo cual dejó desarmado a don Lisardo, quien le preguntó si había dado cuenta a la Policía.

– ¿A esos patosos? –contestó el delegado–: ni hablar. Esta investigación se centra en un misterio de libro y debe seguirse por gente seria y como mandan los cánones.

Lo que a don Lisardo pareció tan atinado que fue como si lo hubiese dicho él. De hecho, oírlo desde fuera y no desde el meollo de su inteligencia le produjo una suerte de desvarío, como un vahído del que salió tartamudeando.

– En ese caso, recapitulemos –dijo.

Como para don Lisardo lo bueno era lo abundante, más que recapitular, volvió a contar la historia con la crudeza que lo había hecho previamente.

– Hay una idea clara –concluyó a la postre–, y es que el acertijo hay que resolverlo cuanto antes, no nos vaya a pasar a nosotros lo que a esos detectives que dan con el criminal cuando hay varios cadáveres en danza. Como a Guillermo de Baskerville, sin ir más lejos, al que tanta fama se le ha dado, yo creo que sin fundamento.

Al oír aquello, el delegado tuvo un brote de desconfianza.

– La fama de un personaje de ficción quizá no sea un buen referente –aseguró.

– Tenga usted en cuenta que al morir dejaremos de ser personas para ser personajes y que en el recuerdo tanto la realidad como la ficción acaban siendo mito –le contestó el catedrático, lo que el delegado estimó como original y hermoso, digno de sus talentos y merecedor de hechos singulares.

Poco después, salieron del edificio en el coche privado del delegado, de incógnito, en dirección a un restaurante de carretera que don Lisardo calificó de alta

seguridad, donde comieron huevos con chorizo y pescada con patatas camuflados entre una caterva de camioneros y sin miedo a sofisticados procedimientos de escucha. El político se había empeñado en pasar una noche en la facultad, pero al contrario de lo que había hecho don Lisardo la noche anterior, él no quería alardes previos ni sorpresas. A luchar contra el enemigo tenían que ir bien pertrechados, con linternas potentes, esposas, transmisores y, por qué no, con pistolas. En la mente del catedrático, sin embargo, no encajaba tanta parafernalia, y mucho menos las armas de fuego. “Si vamos armados, perderemos mérito”, argumentó, aunque como el delegado no dejaba de insistir, no le cupo más remedio que darse por vencido.

Así fue como desde el restaurante volvieron a la Delegación del Gobierno, donde el delegado sacó de un armario de su despacho y metió en una bolsa de viaje todos los útiles de policía que había referido antes y muchos más.

– Aquí no falta ni gloria –señaló luego sonriendo y esgrimiendo una pistola que portaba en el bolsillo interior de su gabardina. Y acto seguido dijo–: Ya pueden ponerse en fila los más sanguinarios criminales del mundo, que daremos buena cuenta de ellos.

Tan excesiva pareció al catedrático aquella resolución, que llenó su entendimiento de dudas. Esa fue la primera mala impresión de la tarde. La segunda se la llevó no mucho después, cuando a las puertas del museo diocesano, y ante la negativa del portero a abrirles en horas vespertinas, el delegado del Gobierno reveló su identidad.

– Debo consultar al señor obispo –contestó entonces el portero.

– Recuérdeme de mi parte que esta semana se reúne el consejo que ha de pronunciarse sobre la subvención que tiene solicitada para obras en los colegios concertados –le advirtió el delegado.

No sólo les abrieron, sino que a la nada estaba el obispo en la puerta pidiendo disculpas.

– Dios perdone a los malos, señor obispo, y escuche usted el asunto que nos trae, que no es cosa que deba pasarse por alto –dijo el delegado.

Y, a continuación, narró la historia que había oído de labios de don Lisardo, y lo hizo con tanto detalle que el catedrático echó de menos esa memoria para sus

cronistas futuros.

– Ya ve usted, con esto de las capuchas, cualquiera diría que la Iglesia anda metida en el ajo –terminó diciendo el político.

El obispo, que era bien listo, sonreía como los tontos y no decía ni mu, por lo que tuvo que intervenir el catedrático, quien indicó:

– Si fuera usted tan amable de enseñarnos las capuchas del Museo, en particular las de la procesión del Viernes Santo que llaman del Entierro de Cristo o del Santo Entierro, le estaríamos muy agradecidos, especialmente el señor delegado.

Entonces, sí: con una llave que le dio el portero, el obispo abrió la puerta del Museo y los condujo por varias salas hasta donde descansaban como fantasmas aburridos los trajes de las procesiones de Semana Santa que la asociación de cofradías de la capital había donado al Obispado. Don Lisardo sacó las fotografías y comprobó que, efectivamente, la capucha que aparecía en ellas era la misma que usaban los nazarenos en la procesión del Santo Entierro, aunque el maniquí que tenían ante sí poseía capirote. El obispo, que no había visto la fotografía, les preguntó:

– ¿El asesino que dicen ustedes llevaba capirote?

Don Lisardo, que no acababa de ver la utilidad de haber identificado las capuchas, vio en aquellas palabras un cierto sonsonete de burla y contestó:

– El asesino que digo yo era un hijo de su madre y no, no llevaba capirote, señor obispo.

Sin embargo, el obispo estaba acostumbrado a lidiar con las peores bajezas de la condición humana y no descompuso el semblante.

– Siendo así, es mucho más fácil –dijo–, porque los únicos que no gastan capirote son los cofrades de la banda de tambores y cornetas.

Tal declaración provocó un momento de zozobra en el catedrático, que temió que alguien, sin haber pasado por su sufrimiento y sin trabajo ninguno, aclarara enseguida el enredo, pero al instante recobró la lucidez y dijo:

– ¿Y no puede cualquier nazareno quitarse el capirote?

A lo que el obispo contestó:

– Sí, desde luego, aunque es bastante improbable que a un nazareno

cualquiera se le ocurra ponerse la capucha al margen de la procesión, porque siempre le une el capirote. A uno de la banda, en cambio, que tiene por costumbre utilizarla sin capirote, es más factible que se le ocurra usarla como disfraz.

Como aquello tenía sentido, a don Lisardo le dio mucho coraje.

– Conozco al hermano mayor de la cofradía –continuó el obispo–. Si lo juzgan oportuno, lo llamo y le pregunto quién es el jefe de la banda y lo que ustedes quieran.

– No queremos molestarle más: bastará con que nos diga su nombre y su teléfono. Nosotros iremos a hablar con él –le contestó el catedrático.

El obispo asintió con una lenta cabezada y poco después, tras pasar por un patio empedrado en el que sobrevivían a duras penas unos cuantos naranjos famélicos, accedieron al palacio episcopal, por el que anduvieron haciendo resonar sus pasos a lo largo de decenas y decenas de metros de pasillos fríos y oscuros hasta que llegaron a una estancia amplísima y muy bien iluminada en la que un joven intentaba memorizar ayudándose de los dedos un párrafo de un viejo libro que tenía delante. Don Lisardo aprovechó que el obispo fue a departir con el joven para decirle al delegado:

– Mejor sería que nos fuésemos a escape. Este hombre es capaz de descubrir solo al asesino en cinco minutos más.

– No se preocupe, que en esta gente de la Iglesia hay una liturgia muy grande y un fondo muy tasado. Si no le parece mal, nos iremos en cuanto nos diga el nombre del hermano mayor de la cofradía.

El catedrático creyó que contradiciendo al delegado mostraba una debilidad vergonzante y decidió no hacerlo.

– Esta es la sala de estudio de los seminaristas –les dijo el obispo cuando volvió–. Ya ven los que tenemos. Y ahí no se queda el problema: dada la ausencia de vocaciones, he tenido que mandar a los canónigos a hacerse cargo de las parroquias de la sierra.

El delegado, ante tan desolador paisaje, sospechó que el obispo preparaba el terreno para pedir una subvención, pero aquellas quejas no tenían segundas intenciones. El obispo se limitó a conducirlos hasta una salita, a darles el nombre y la

dirección donde podían localizar al jefe de la banda y a ponerles un chocolate caliente y unas tortas de manteca hechas por las monjas de clausura de Santa Clara. Todo hubiera acabado felizmente de no ser porque antes de despedirse, en la misma puerta de la calle, el obispo quiso ayudarles y les dijo:

– Si la capucha tiene un agujero a la altura de la boca, el asesino toca una corneta. Ténganlo en cuenta. Y el jefe de la banda trabaja en el bar Avenida.

A don Lisardo se lo llevaron tanto los demonios que le dieron ganas de estrangular al prelado. No lo hizo, pero al menos se dio el placer de soltar una grosería.

– Tengo una duda, señor obispo –dijo.

– ¿Sobre el misterio?

– No, es de índole moral.

– Pues está usted ante la persona adecuada. Pregunte, pregunte.

– Está bien: ¿es o no es pecado mortal pensar que el obispo de tu diócesis es un poco charlatán?

El obispo, que parecía inmune a los insultos más graves, no necesitó ni un segundo para contestar, y lo hizo sin descomponer el semblante.

– No, venial. En los tiempos que corren, sólo venial –dijo–. Con que rece un padrenuestro es suficiente. Arrepíentase, eso sí.

El catedrático no le dio palabra de arrepentirse, aunque sí de cumplir la penitencia cuando se arrepintiera, y enseguida le estrechó la mano y se despidió de él como si nada hubiera pasado.

En cuanto el coche del delegado dobló la esquina, don Lisardo se apresuró a sacar las fotografías. En efecto, la capucha tenía un agujero a la altura de la boca. Si la entrevista dura unos instantes más, el obispo les revela el nombre y los apellidos del criminal, lo que hubiera sido fatal para las crónicas.

– Hay que ver el afán de protagonismo que tienen estos jodidos obispos de provincias –comentó como para sí, aunque con el fin de que lo oyera su acompañante.

Poco después, llegaban al bar donde trabajaba el jefe de la banda de tambores y cornetas.

– Permítame que hable yo –dijo el catedrático en la puerta.

– Pero si hay acción, déjeme a mí –le pidió el delegado tocándose el costado a la altura de la pistola.

Como debe hacerse en estos casos, antes de entrar en harina pidieron algo en la barra al único camarero que la atendía, a quien preguntaron al cabo de un rato si él era el jefe de la banda de cornetas y tambores de la cofradía del Santo Entierro.

– Sí, lo soy. ¿Por qué quieren saberlo? –les respondió el camarero.

– Porque andamos empleados en un estudio para el que precisamos la lista de sus miembros y que nos contestases a algunas preguntas sobre ellos.

El camarero abrió los brazos con las palmas de las manos apoyadas sobre el mostrador y, con porte desafiante, los interrogó sobre el destino de esa información.

– Estamos haciendo un libro sobre la Semana Santa y recopilamos datos sobre la que es, sin duda, la mejor banda de la ciudad –explicó el catedrático sin alterarse.

En la cara del camarero se dibujó una sonrisa.

– Dios le trae aquí, señor catedrático, en respuesta a mis abundantes rezos – dijo luego. Y como vio que don Lisardo parecía no enterarse, continuó–: ¿No recuerda usted mi cara después de haberla tenido tantos años en su clase? He aprobado todas las asignaturas de la carrera excepto la suya, lo que sólo me da para trabajar de camarero. Ustedes comprenderán que con esos antecedentes me cague en la madre que los parió y no les dé lo que me piden.

Don Lisardo estaba habituado a ese tipo de argumentos y no se inmutó lo más mínimo. Es más, sintió que debía estar a la altura de la provocación y contestó:

– Siempre puedes matricularte el año que viene. Así me darás el gusto de suspenderte de nuevo.

Al oír esto, todos los sufrimientos del camarero (y eran muchos) exigieron una recompensa y salieron a la vez, de golpe, en un estallido de ira que se concretó en una puñalada lanzada a la cara del catedrático con un destornillador, lo primero que el ex estudiante encontró a mano, y que hubiera hecho carne de no haber contado con la oposición de la barra. Don Lisardo, tras el reflejo de apartarse, se quedó aturdido, quieto y expuesto a la sed justiciera de su enemigo, y únicamente reaccionó

cuando vio al camarero abrir la portezuela de la barra con el destornillador agarrado. Entonces, dio un brinco hacia atrás con ánimo de salir huyendo, pero la fortuna quiso que se trabara en el taburete en el que se había sentado y cayera al suelo revuelto con sillas y veladores, lo que hubiera resultado nefasto de no ser porque su perseguidor, cegado por el impulso de matarlo, se enredó con una silla y se estampó contra el muro frontero a la barra, por debajo de una fotografía del equipo de fútbol de la localidad que militó un par de temporadas en primera división, hacía de eso no menos de cincuenta años. Don Lisardo se levantó y salió corriendo. En la puerta, se acordó del delegado y encomendó su amparo a Dios, pero al salir a la calle vio que el delegado corría delante de él con muchos metros de ventaja y le reprochó su cobardía en términos muy graves que debió guardarse para sus adentros, pues el resuello no le dejaba hablar.

– ¿No era la acción lo bastante grave como para sacar la pistola? –le preguntó don Lisardo cuando ambos estuvieron junto al coche.

– Lo era, en efecto, y bien que lo tuve a tiro, pero no quise tener un muerto sobre mi conciencia.

– ¿Y si el muerto hubiera sido yo?

– No lo creo probable, como lo demuestra el hecho de que los dos hayamos salido sin un rasguño del altercado.

El que su compañero echara cuentas de lo que podía haber pasado por lo que pasó finalmente confirmó a don Lisardo en la idea de que el delegado era más ignorante de lo que había supuesto en principio.

De lo ocurrido y de la pequeña charla posterior, el catedrático sacó en conclusión que debía ir por su cuenta en adelante, pero en lugar de planteárselo a su compañero cara a cara, resolvió aburrirlo por el método de mirar hacia otro lado y no dirigirle la palabra. No tardó mucho en darse cuenta de que romper el entusiasmo del delegado iba a resultarle difícil. Así, en vista de que no recibía contestación, el delegado dio por aceptada su sugerencia de dirigirse directamente a la facultad, aunque todavía faltaba una hora para que terminaran las clases. Y por igual motivo, consideró aceptada su propuesta de encerrarse en el despacho del catedrático y aguardar a que llegara la noche sin más provisiones que su voluntad ni más plan que

lo sólido de su improvisación. Don Lisardo, ante lo erróneo de su táctica, trocó su técnica de aburrir sin hablar por la de aburrir hablando y con ella consiguió convencer al delegado de que lo mejor era esperar a que cerraran la facultad en el bar donde solían pararse los profesores, en el que se tomarían un par de cafés y unos dulces y trazarían las líneas maestras de lo que investigarían cuando se hallaran solos en el edificio.

– Pero antes de montar estrategia alguna, debemos hacer inventario de los mimbres con que contamos. En consecuencia, recapitulemos –dijo don Lisardo tras darle un sorbito al café.

Como había hecho por la mañana, más que recapitular, volvió a narrar la historia, a la que añadió lo sucedido durante el día, aunque ahora con el deseo de fastidiar al delegado. Mientras hablaba, empero, se percató de que el asesino era el furibundo jefe de la banda del Santo Entierro, por lo que pasó de puntillas sobre el incidente del bar, a fin de absorber toda la gloria del descubrimiento. No obstante, cuando después de muchos minutos dio por concluido su relato, dijo el delegado:

– Le voy a dar un dato que quizá le ayude a entrar en la gloria, pues yo bastante gloria tengo con la de ser lo que soy: el criminal es el jefe de la banda de tambores y cornetas, el camarero, el estudiante al que usted ha suspendido en varias ocasiones. Y si entramos en la facultad esta noche no es tanto para descubrirlo como para pillarlo en flagrante delito.

Don Lisardo se quedó pasmado, porque era como si le hubiesen robado de mala manera el pensamiento. Para recuperar la iniciativa, no se le ocurrió otra razón que desengañar al delegado.

– Esa idea se me ocurrió enseguida, pero la deseché por demasiado evidente, pues no puede ser tan fácil la resolución de un crimen de semejante envergadura y tan oscuro. El encapuchado, además, era más grande que ese inútil que ha intentado matarme.

La contestación fue tan convincente que no sólo persuadió al delegado, sino al propio don Lisardo, quien miró con mucha prosopopeya su reloj y, como el que deja su vida en manos del destino, dijo:

– Ea, ya son casi las ocho. Vayámonos.

Aunque el delegado hizo ademán de pagar, don Lisardo no se lo consintió haciendo valer ante el camarero su condición de parroquiano.

– No le cobres a él, aunque insista más que yo, que alguna autoridad me dará haberme dejado aquí muchos euros por esa agua tonta que vendéis bajo la denominación de café –dijo.

En la puerta de la facultad, don Lisardo buscó un fundamento similar para eludir la visita de cortesía a la decana que quería hacer el delegado.

– Hágame caso, que llevo muchos años tratándola y conozco bien el percal: la decana no está acostumbrada a visitas de cortesía, por lo que pensará que vamos con otro propósito.

– ¿Lo dice usted por lo avanzado de la hora? ¿Delataremos nuestro plan si nos hacemos presentes?

– Lo digo porque ella es soltera y nosotros vamos a ser protagonistas de una aventura que enamorará. Si fuera joven y guapa, pase, pero esa mujer es lo más parecido a la bruja de un cuento y si se pone pegajosa no sabe el martirio que le habrá caído.

Le iba tan provechosamente con ese argumento, que don Lisardo quiso utilizarlo para dejar claro el papel de cada uno a partir de entonces.

– Llevo en esta facultad la friolera de cuarenta años. Entré en ella de estudiante y después de pasar por todos los niveles que tiene el profesorado, que son muchos, he conseguido lo máximo que se puede. Quiero decirle con ello que de los dos el que conoce mejor a los estudiantes soy yo, el que conoce mejor a los profesores soy yo y el que conoce mejor a los bedeles soy yo. Y uno de ellos ha de ser el asesino –dijo.

– Está claro –le contestó el delegado.

– Bien. Y me queda una apostilla: de los dos, el que conoce mejor el edificio soy yo. Por consiguiente, déjese guiar y no tendremos problemas.

Don Lisardo ignoraba que ese mismo motivo iba a ser esgrimido por el delegado una y otra vez durante las muchas horas de espera que debieron hacer en su despacho.

– Pronto cumpliré treinta años en la política, prácticamente no he hecho otra

cosa en mi vida, así que tengo historietas de todo tipo con los personajes más variopintos del país.

El catedrático creyó que era una exageración, pues entendió que su compañero se limitaría al reducido ámbito de la vida política, pero el delegado sacó a colación a tantos intelectuales y artistas ilustres que él no pudo sino pararlo y preguntarle por el origen de tan gran anecdotario.

– Como le he dicho, son muchos años entregando subvenciones y muchos asistiendo a inauguraciones y presentado libros –respondió el delegado.

Don Lisardo se tragó el cuento durante un buen rato, pero, como a fuerza de corregir exámenes había tomado mucha práctica en ver dónde estaba la sabiduría y dónde el rollo patatero, acabó dándose cuenta de que el delegado contaba episodios análogos renovando los personajes para darse pisto de importante. Tentado estuvo entonces de decirle la verdad de lo que pensaba de él, pero lo dejó que siguiera hablando porque vio que así lo tenía entretenido y que entretenido no daría guerra alguna. Desconectó, no obstante, y se aplicó a pensar adrede en la muchacha de la cafetería de los espejos, a la que imaginó como una suerte de ninfa que vivía consumida por el desamor y la ausencia de él.

Aunque aún era temprano para lo que habían dispuesto, poco antes de las doce, en vista de que había invadido su mente el recuerdo de su mujer y el delegado seguía dando cuenta de sus peripecias con escritores y altos cargos, don Lisardo se levantó y dijo que había llegado el momento. El delegado, a quien el tiempo se le había hecho muy liviano, miró el reloj, y al ver que faltaba mucho para la hora convenida, preguntó por la razones del cambio de planes.

– Porque me lo pide el cuerpo –contestó el catedrático–. La intuición del investigador es como el ojo clínico del médico. Brota sin más explicaciones porque detrás hay un mar de conocimientos ocultos.

Al delegado le pareció hermética aquella disquisición, mas para no delatar su incultura, guardó silencio y se limitó a sacar una linterna y a colgarse la cámara fotográfica. Don Lisardo, que tenía otra linterna, apagó la luz del despacho y salió el primero al pasillo, con su compañero tan pegado a él que casi le pisaba los talones.

Afuera, corría el aire con una velocidad que provocaba chirridos en las

contraventanas y silbidos callados en las bóvedas más distantes. No habrían andado ni una decena de metros, cuando el catedrático pidió sigilo con un siseo breve, pues había oído un ruido extraño. Se quedaron quietos y alerta apenas unos segundos, el lapso que el catedrático tardó en identificar a sus espaldas el castañeteo de los dientes del delegado, que brincaban excitados por el miedo.

– En estos corredores se pasma uno –se excusó el delegado al ser descubierto.

El catedrático no le respondió, porque juzgó lógico el pánico en alguien que no fuese él, y siguió avanzando. Al llegar a la primera ventana, dispuso que apagaran las linternas y se asomó al patio tendido sobre el alféizar. En el exterior, todo estaba tranquilo: en el cielo brillaban sin ganas las estrellas de la ciudad, el tejado frontero estaba libre de gatos de la decana y en el suelo reverberaba débilmente el agua del estanque.

– ¿Se ve algo? –preguntó el delegado.

– No –contestó con un susurro el catedrático poco antes de bajarse.

Apuntaban con las linternas a las paredes o al techo, porque la oscuridad era muy espesa y no podían atravesarla. Cuando se encontraban con una puerta cerrada, el catedrático pegada su oído a ella. “¿Se oye algo?”, musitaba entonces el delegado. El catedrático, en lugar de contestarle, le pedía calma chisteándole, lo mismo que cuando se tropezaban con una puerta abierta y miraba dentro.

Con esa conversación anduvieron un par de corredores y descendieron unas escaleras que los condujeron a la planta baja, por donde siguieron andando sin saber adónde iban ni lo que estaban buscando. “Ahí es donde estaba asomada la muchacha de la fotografía”, masculló don Lisardo al pasar por delante de una puerta. “Ahí es donde me di de bruces con el monstruo que por pocas me mata”, dijo en otra ocasión, cuando llevaban un montón de tiempo caminando por un pasillo que parecía infinito. Y cuando había puertas cerradas, el catedrático seguía pegando la oreja, y cuando estaban abiertas, continuaba escrutando los recovecos que iluminaba con la linterna. Estaba tan ensimismado en su exploración que no se percató de que el delegado había dejado de preguntarle ¿se oye algo, se ve algo? y de responderle a sus comentarios, ni se dio cuenta de que el castañeteo de dientes que sonaba a sus espaldas se había vuelto escandaloso. No salió de sus propias cavilaciones ni siquiera

cuando oyó que el delegado le decía: “Hoy no hay nadie. Sería mejor que nos fuéramos”. Chistó, eso sí, pero siguió adelante.

– Don Lisardo, vámonos –reclamó entonces el político.

– Chis.

Por más que insistió el delegado, el catedrático siguió avanzando sin prestarle atención hasta que notó una presión en las costillas.

– Don Lisardo –dijeron a sus espaldas–, aquí mando yo, que por algo llevo la pistola.

Entonces, sí, entonces el catedrático salió de sí mismo, se volvió y señaló con la linterna al rostro del individuo que lo acompañaba, quien entornó los ojos y le dijo:

– Ande, lléveme a la calle, que ya me he cansado de esta investigación.

Don Lisardo hizo lo que le ordenaban con ánimo de dejar huir al cobarde y seguir rastreando él solo, pero tras descorrer los pestillos de la puerta principal, a la que llegaron no mucho más tarde, el delegado le mandó que se quitara los pantalones.

– Con qué fin –preguntó el catedrático sin saber a qué atenerse.

– No se preocupe, don Lisardo, que no es lo que usted se teme. Es que ha debido sentarme mal lo que he comido y, para qué andarse con eufemismos en estas soledades, se me ha soltado el punto y sin poderlo remediar me he cagado.

– ¡Cielo santo!

– Usted comprenderá, don Lisardo, que un hombre de mi posición y tan bragado no vaya por ahí con esta facha, y mucho menos que se presente delante de su mujer como un bebé.

– ¿Y yo?

– Bueno, usted es un intelectual, a usted le está permitido cierto grado de bohemia. Compréndalo, don Lisardo. Y no se preocupe, que las calles están oscuras y no es para tanto. Además, este favor que me hace no se me olvidará. Pídame alguna subvención. Y si tiene problemas para enchufar a alguien, llámeme.

– ¡Jamás lo hubiera imaginado!

– Nada es como parece. Ande, no le dé más vueltas, póngase mis ropas y vaya con Dios, a ver si otro día tiene más suerte con el criminal.

El delegado se limpió el culo con los papeles del tablón de anuncios y con las bajeras de sus propios pantalones y se puso los de don Lisardo, al que no le cupo otra que vestirse con los que estaban cagados.

Capítulo IV

Su alma gemela resulta ser el obispo, con el que pasa una jornada muy provechosa en el palacio episcopal. Una noche con la decana.

Aquella mañana, don Lisardo telefoneó varias veces al obispado, pero su titular no quiso ponerse con la banal excusa de que estaba confesando a los seminaristas. Así que, aunque no quería, debió personarse en el palacio y, una vez allí, hacerse pasar por mensajero del delegado para los programas de subvenciones, pues el prelado, seguramente dolido por lo del día anterior, seguía dando pretextos estúpidos para no escucharlo.

– Ahora que no le queda más remedio que oírme, le diré que lo de las subvenciones ha sido una estratagema –le dijo don Lisardo en cuanto tuvo ocasión para dejar claro el lugar de cada uno.

Poco antes, el obispo y él habían traspasado la enorme puerta del palacio, habían caminado juntos sin dirigirse la palabra por pórticos luminosos y sombríos corredores llenos de santos, habían cruzado una gran sala oscura donde a la parca luz de una ventana un solo seminarista memorizaba ayudándose de los dedos párrafos concretos de un grueso volumen y habían llegado a una salita en la que había una mesa camilla con unas enaguas floreadas y un brasero de picón, dos sillones de orejas, varias sillas de aneas y un televisor.

El obispo sabía de sobra que lo de don Lisardo era una treta, pero había accedido finalmente a recibirlo porque se le estaban agotando las evasivas y, según tenía aprendido, se podía engañar sin mentir, pero no mintiendo. Nada dijo, por supuesto. Como listo que era, prefirió pasar por tonto y contestó:

– Pues dado que está aquí con tanto esfuerzo, dígame lo que quiere.

El ambiente era cordial. El obispo había sacado unas jícaras de chocolate caliente y unas tortas de manteca y ambos mojaban las tortas en el chocolate y se las llevaban a la boca acercando la cabeza para no manchar el tapete de hilo que le había regalado al Obispado una devota de la Virgen de los Remedios, advocación a la que estaba dedicada una capilla de la Iglesia Catedral.

– El caso es que el jefe de la banda fue alumno mío y me odia a muerte –dijo don Lisardo–. La justicia es amada u odiada según nos convenga, y no digo más porque usted ya me entiende. Cuando me vio, ese hombre no se acordó de su delito, sino de la pena, es decir, de la nota, que no podía ser sino el suspenso, y en lugar de contestar a mis demandas a un pelo estuvo de matarme. Me temo que no sacaría de él información ni aunque lo montaran en el potro.

– No se preocupe. Si lo que quería era saber quiénes forman parte de la banda, puede preguntarle a cualquier miembro de ella, o al secretario de la cofradía, que lleva un libro registro con los nombres de los cofrades.

– ¿Tiene el teléfono del secretario?

– No, pero tengo el del hermano mayor.

Y en diciendo esto, el obispo levantó los faldones de la mesa, sacó de un estrecho cajón que había bajo el tablero un cuaderno de anillas, lo hojeó y, cuando encontró el número que buscaba, lo marcó en el teléfono.

– Me encantaría acompañarlo en las peripecias de sus investigaciones –dijo el obispo mientras esperaba que le contestaran–. Lo cierto es que este palacio es demasiado grande y me aburro solemnemente.

Don Lisardo se quedó de una pieza.

– ¿Y su seminarista? –le preguntó tartamudeando.

– ¿Mi seminarista?

– Sí. Si se viene usted conmigo, su seminarista se verá solo en el palacio. ¿No ha pensado en lo solemnemente que se aburre él?

El obispo no le respondió, pues reclamaba su atención la persona a la que había llamado. No obstante, tras pedirle al hermano mayor de la cofradía del Santo Entierro que procurara en lo posible cuanto don Lisardo le reclamase, volvió a la conversación que había dejado aparcada y dijo:

– El seminarista mata el tiempo aprendiendo, que no es mala forma de matarlo. Yo, en cambio, ya tengo edad de olvidar, y olvidando se hace el tiempo muy largo.

A don Lisardo nunca le había gustado la expresión matar el tiempo, como si el tiempo fuera una bicha que hubiese entrado en la casa de rondón, pero creyó que

contradecir al obispo era tanto como desairarlo, lo que no era acertado a la vista del favor que le estaba haciendo. Con todo, después de la desgraciada experiencia que había tenido con el delegado había resuelto ir solo en adelante, así que de ninguna manera podía consentir que el obispo lo acompañara.

– No se preocupe, lo tendré al corriente. Será como mi confesor. En realidad me va a venir bien contarle a alguien lo que me ocurre. Y de ese modo, si me pasa algo, podrá continuar usted con las pesquisas –le dijo, y se levantó de inmediato para dar por concluida la charla.

Para retenerlo unos instantes más, el obispo le ofreció un licor de granadas que, según comentó, hacían en una cartuja de la diócesis y era magnífico, pero el catedrático lo rechazó amablemente con el argumento de que tenía prisa.

–Hasta ahora no hacía otra cosa que esperar, pero no sabía qué: desde este momento estaré esperando sus noticias –dijo el obispo mientras se estrechaban la mano en la puerta del palacio.

El obispo siguió desde el umbral con la mirada al que ya consideraba su amigo y, cuando lo perdió de vista, aún se demoró un rato distrayéndose con el paso de la gente.

Poco después, Don Lisardo encontraba a su mujer pelando patatas en la cocina.

– La decana quiere verte –le dijo sin mirarlo. Y luego–: Al parecer, desconocía que otra vez has pasado la noche en la facultad.

– Lo que tú has remediado enseguida, claro, y con todos los detalles posibles.

– Es mucho mejor que se entere por alguien cercano. ¿No crees? ¡A saber lo que iban a relatarle por ahí!

Como solía hacer en estos casos, don Lisardo no contestó y se fue directamente al despacho, desde donde llamó a la decana, quien le dijo que quería verlo sin tardanza.

– Para hablar de qué –le preguntó el catedrático.

– Si te lo digo por teléfono, eres capaz de no venir, y esto es urgente y exige el cara a cara.

– Está bien. Soluciono un par de asuntos y me voy para allá.

– No tardes, que te estoy esperando.

Don Lisardo salió sin más dilación a la calle y anduvo ligero hasta la imprenta donde trabajaba el hermano mayor de la cofradía del Santo Entierro. Por el camino, se entretuvo pensando en la enorme disparidad de fuerzas que existía entre la Policía y él. “Ellos son muchos, cuentan con medios enormes y pueden detener, interrogar y poner a disposición judicial. Yo, en cambio, no cuento más que con mi valentía y mi sagacidad”, se dijo. En su opinión, ese desequilibrio lo dignificaba todavía más y dotaba de mayor trascendencia a sus actos. Al hermano mayor de la cofradía, se lo dejó claro desde el principio.

– Mire usted –le dijo–, estoy metido en un embrollo del que debo salir sin defraudar a nadie y que me va a costar Dios y ayuda resolver.

El hermano mayor, que tras la llamada del obispo había intuido un móvil relacionado con las penurias de la santidad, no supo a qué atribuir el interés del catedrático.

– Dígame. Estoy dispuesto a servirlo en todo lo que pueda –le contestó.

No fueron necesarios más prolegómenos ni más explicaciones. Don Lisardo le dijo sin rodeos lo que quería y el hermano mayor, tras rogarle que aguardara un momento en la pequeña recepción del local, abandonó la imprenta en la que trabajaba y se estaba desarrollando la charla con el ánimo de reclamar la lista de cofrades al secretario de la cofradía, que casualmente vivía a menos de un centenar de metros de allí y a esas horas solía hallarse en su casa, pues estaba prejubilado. Sólo al cabo de unos minutos, el hermano mayor volvía sudoroso y acalorado con una carpeta de cartón en cuyas pastas rezaba con grandes letras de molde: “Fotocopia lista cofrades cofradía Santo Entierro. Entregar a don Lisardo Planas Garay, catedrático. Máximo secreto”.

– He tardado más porque el secretario es muy puntilloso en el cumplimiento de su obligación y se ha empeñado en rotular la cubierta –le aclaró.

Don Lisardo agradeció mucho el detalle, pero no pudo reprimirse la observación de que quizá hubiera sido mejor evitar el rótulo o colocar uno equívoco o más discreto, pues el nombre de la cofradía daba demasiadas pistas y la expresión “máximo secreto” azuzaba la curiosidad y era un reclamo para los malos.

– Se lo digo con todo el cariño y sin intención de reprimirlo, por si viene otro pidiéndole un favor parecido –le dijo.

El hermano mayor añadió el color del embarazo al del acaloramiento y los sudores de la vergüenza a los de las prisas y para remediar el error tomó la carpeta y con un rotulador negro de punta gruesa tachó el título y puso el siguiente debajo: “Fotocopia lista cofrades cofradía del Perdón. Entregar a don Lisardo Planas Garay, catedrático. Mínimo secreto”.

– El nombre se lo he dejado por si la pierde –dijo luego muy ufano.

Don Lisardo no hizo sugerencia alguna, porque se temió que, dada la altura intelectual del personaje, el hermano mayor agravara el error queriendo corregirlo, pilló la carpeta contra el costado con el antebrazo izquierdo y, mientras le estrechaba la mano, se acordó de la deducción del obispo y le preguntó:

– ¿Cómo podría saber quiénes son los miembros de la banda?

– Aparecen señalados en el listado con una E de exentos, porque son los únicos que no pagan.

– ¿Y está anotado quiénes tocan el tambor y quiénes la corneta?

– No tiene por qué, porque ninguno de los dos paga.

De allí, don Lisardo se fue a la facultad, que estaba como a diez minutos andando.

– Tiene a la decana nerviosa. Lo menos cinco veces ha preguntado por usted –le dijo el bedel de recepción.

Don Lisardo dejó escapar una sonrisa asimétrica y se recreó viendo los documentos que tenía el tablón de anuncios y repasando el diario local, que traía varias noticias de agencia, tres comunicados de prensa de los partidos y dos ruedas de prensa a las que habían acudido los periodistas tras ser citados por los gabinetes de los partidos.

– Ese es el de ayer –dijo el bedel cuando el catedrático estaba ensimismado con el obituario–. ¿Quiere usted hojear el de hoy?

– Excepto lo que indique en las esquelas, va a decir lo mismo que este, poco más o menos. No, ya he hecho esperar bastante a la fiera.

El bedel cogió el teléfono y avisó a la decana que don Lisardo había llegado e

iba a su encuentro, pero de todos los caminos posibles que había en aquel vetusto y laberíntico edificio, que eran muchos, el catedrático tomó el más largo, y además se detuvo en su despacho a hacerle una fotocopia a la lista que le había dado el hermano mayor de la cofradía y a mirar en un calendario de mesa cuál era el santo del día, por si debía felicitar a algún compañero del claustro.

– Sé que te ha llamado mi mujer y lo que te ha dicho, y no pienso hacer alegato alguno para deshacer la opinión que te hayas formado, porque me importa un bledo –le dijo a la decana desde la puerta.

– El delegado del Gobierno me ha telefoneado antes que ella para impugnar tu declaración. Me ha dicho: “Don Lisardo se ha cagado en los pantalones, y yo no tengo nada que ver, por lo que cuanto declare para involucrarme en su mierda es mentira: yo estaba en mi casa viendo la televisión con mi familia y mi perro de aguas”.

– No parece muy listo.

– No, no lo es –contestó la decana, que añadió luego–: Y hace un rato me ha telefoneado el señor obispo para pedirme que te preste toda clase de ayuda en la investigación. Verás, yo soy agnóstica, pero un obispo es siempre un personaje a tener en cuenta en cualquier historia, aunque sea de una diócesis tan profunda e insignificante como esta.

– Ese hombre sí es inteligente, ¿ves?

– Si el delegado y el obispo en persona están metidos en el ajo, será porque la tarea debe ser relevante, he concluido.

– Lo es, en efecto. Quizá más de lo que nos creemos.

– Y afecta a nuestra facultad.

El catedrático no sabía a dónde quería ir la decana.

– Mucho: quizá tengamos un cáncer metido en los mismos tuétanos de nuestra corporación –concedió don Lisardo.

– Si es así, la primera misión de una decana que se precie es extirparlo, antes de que se extienda por todo el cuerpo académico y acabe condenándolo a muerte.

– Estoy de acuerdo. Y creo que harías bien en comprender el alcance del problema, porque me sería más fácil solucionarlo si tuviera de mi lado a la decana.

– A mí no me gustan los cuidados paliativos, Lisardo, ni estar detrás de un despacho a verlas venir: yo soy una mujer de acción. A mí me va más la cirugía que la medicina, la épica que la lírica, el amanecer que el anochecer y la espada que la ballesta. Yo no puedo comprender el alcance del problema sin aplicarme de inmediato a solventarlo ni sé andar al lado de alguien que necesita ayuda como no sea codo con codo. ¿Me explico?

Don Lisardo lo tenía claro, pero se resistía a creérselo. ¿Cuántos años tendría aquella mujer? ¿Cómo era posible que siguiera en activo? Antes de contestar, la miró con los ojos entornados: la luz que entraba encajonada por la ventana caía directamente sobre el escritorio como desde un foco y ponía a la vista una miríada de motas de polvo que pululaban en el aire justo delante de su rostro y daban a la escena un halo de surrealismo.

Desde detrás del polvo y de las pilas de libros, o quizá desde el otro mundo, la decana continuó hablando, en vista de que el catedrático no reaccionaba.

– Nos vemos a las once en el bar de la esquina –resolvió ella.

Camino de su casa, don Lisardo se repitió esta frase con una frecuencia obsesiva. ¿Por qué no había reaccionado como le pedía su fuero interno? ¿Qué anhelo ajeno al suyo y más fuerte había estipulado que sellara su boca cuando en su garganta las palabras de una negativa aguardaban hiladas y prestas para salir? ¿Había sido el destino? ¿Era una exigencia del guión? ¿Lo había determinado así el Autor de sus andanzas? No conseguir una aclaración lógica le daba al trance mayor altura y dejaba vagando por el escenario el frío aliento de las tragedias.

Esa sensación de fatalismo no lo abandonó cuando entró en su casa y recibió de su mujer el anuncio de que, dados los antecedentes, sólo había dispuesto comida para ella. Al contrario, pensó que la providencia quería alejarlo de su hogar por algún fin que se le escapaba, quizá relacionado con la investigación.

– Si no vengo esta noche, no llames a la Policía –dijo desde la puerta.

– Pero mañana no te presentes cagado, por el amor de Dios –le contestó su mujer.

Mientras bajaba las escaleras, se acordó sin ton ni son del obispo, lo que, como todavía conservaba el hálito mágico del momento, atribuyó a una voluntad

superior cuya comprensión se le escapaba, que le mandaba el mensaje de que fuera a ver al prelado, seguramente para que comiera con él, dado que la evocación había llegado acompañada de un estruendoso ruido de tripas.

El obispo, que se había asomado a la calle para ver pasar a los niños que iban a la escuela, vio al catedrático desde lejos y lo saludó con un gesto que fue entendido por su receptor como de reclamo.

– También usted ha sentido esa remembranza súbita –le dijo don Lisardo enseguida.

Hacía un día de sol impresionante y el obispo, aunque llevaba un buen rato en el umbral de la puerta, estaba aclimatado a las sombras macizas del palacio y se protegía de la luz entornando los ojos. En el silencio que se hizo, pues el prelado se limitaba a estudiar a su interlocutor cuando no lo entendía, aquella mirada a medio esconder provocó en don Lisardo una turbación extraña, de la que salió dando rienda suelta a las conjeturas que se había formado por el camino:

– ¿No tendrá usted habichuelas para comer? –dijo.

El obispo abrió de pronto los ojos excitado por el asombro.

– No lo he sabido: me ha sido inspirado –aclaró el catedrático, creyéndose que aquel soberbio estupor, tan anómalo en un hombre curtido por las declaraciones del confesionario, había sido causado por el buen tino de su observación.

– Ha estado usted a punto de acertar. En cierta manera, yo diría que ha acertado, pues todas las comidas me parecen iguales –respondió, por fin, el obispo.

Y acto seguido, como si fuera una glosa, le explicó que desde hacía veintidós años le preparaba la comida una beata que sólo sabía cocinar habichuelas, garbanzos y lentejas, y que estas tres comidas las elaboraba con el mismo chorizo y de la misma forma, haciendo un sofrito con ajo, cebolla, pimientos verdes y tomate y cocinando luego las legumbres en una olla exprés muy grande, a fin de que el seminarista y él pudieran comer varios días.

– Llevo una semana consumiendo lentejas, pero le aseguro que saben igual que las habichuelas. Y para que compruebe por su propio paladar cuánto hay de verdadero en lo que le digo, lo invito a almorzar, pues por buen diente que tenga hay de sobra para ambos y para mi seminarista.

Al oír hablar de aquel muchacho, don Lisardo se acordó de las penurias de su vida de estudiante y dijo:

– Lo insólito es que con semejantes viandas tenga usted un colegial, porque la juventud de hoy no da un paso si no es a cambio de una compensación.

– Él tiene una tía en la ciudad, viuda y con no sé qué título nobiliario, y se va frecuentemente a comer a su casa.

– ¿Y a usted no lo invita nadie?

– Antes, sí. Antes no sabía a qué invitación atender, pero desde hace unos años no me convida nadie, de modo que, aparte de lo que le he dicho, no como más que lo que me mandan desde los monasterios y lo que puedo aprovechar en las comidas de hermandad de las cofradías, de donde algunas veces me traigo víveres escondidos en los bolsillos.

Don Lisardo lo abrazó y, sintiéndose totalmente hermanado con él, le dijo:

– Este es el mundo que nos ha tocado vivir: los seminaristas y los estudiantes se refocilan con mil placeres distintos, a cual más zafio, en tanto los obispos y los catedráticos pasan fatigas sin cuento.

Y luego:

– No se preocupe, que siempre tendrá en mí a alguien que lo invite a comer los domingos.

Y, finalmente:

– Usted, en una diócesis más promocionada, ya hubiera alcanzado el cardenalato, seguro, y no es improbable que hubiera salido a la luz algún milagro causado por su intercesión con el que hubiese hecho carrera después de muerto, quién sabe si para subir a los altares.

Pero el obispo estaba siempre alerta contra la vanidad y no quería que lo ensalzaran. En verdad, lo único que deseaba era hablar sin la obligación de convencer con alguien de su nivel intelectual, aunque fuera para tratar sobre contenidos menores. Por eso, mientras se comían sin pan ni vino las lentejas, evitó los temas problemáticos o que pudieran dar lugar a confrontación, y así, sacó a relucir los colores de las enaguillas de la mesa estufa cuando don Lisardo se aplicaba a la política local o trajo a colación lo mal que olían los albañales de las calles de su

pueblo antes de que pusieran rejillas sifónicas en el momento en que el catedrático empezaba a detallar algunas de sus relaciones con miembros del claustro de la facultad.

Al terminar, como no había postre, se tomaron un par de copas de licor de granadas y siguieron conversando. Hablaron durante tanto tiempo que hicieron la digestión de las lentejas y les vino el hambre de la media tarde, como dijo el obispo cuando la luz solar que entraba por la ventana de la salita empezaba a dar señales de agotamiento.

– Yo a estas horas siempre me tomo un chocolate y unas tortas de manteca, que de eso sí hay mucho en las despensas de este palacio –dijo el obispo–, y así me ahorro buena parte de la cena, que despacho con un vaso de leche templada y unas cuantas galletas maría.

El catedrático había observado en la visita anterior que las tortas tenían semillas de ajonjolí, lo que no era muy de su agrado, pero estaba eufórico con la compañía del obispo, en el que creía haber encontrado un alma gemela, y accedió de inmediato a seguirlo hasta las alacenas contiguas a la cocina del seminario, donde pudo avistar cajas y cajas de tabletas de chocolate envueltas en papel de estraza y varias cestas de mimbre con tortas de manteca rodeadas por una miríada de trampas para ratones de los más diversos tipos y tamaños que el obispo debió sortear levantándose la sotana y caminando de puntillas.

– ¿No tiene usted gatos? –le preguntó el catedrático desde la puerta.

– Los tenía, pero los gatos, como los hombres, prefieren poner la mano a tener que andar ganándose el sustento y se han ido a donde les dan de comer en un plato –contestó el obispo.

Don Lisardo prestaba suma atención a todos los juicios que oía, pues comprendía que el obispo no daba puntada sin hilo ni decía una frase que no tuviera al menos una segunda intención.

– Usted tenía que haber sido profesor de Filosofía en lugar de obispo, porque tiene el alma más abierta al conocimiento que el conocimiento abierto al alma –dijo el catedrático mientras, ya de vuelta en la salita de la mesa camilla, se estaban tomando una jícara de chocolate y unas cuantas tortas.

Al obispo le pareció impenetrable aquella reflexión, pero asintió con la cabeza y dijo “quizá”, lo que era tanto como afirmar y negar a la vez.

– De cualquier forma, uno no es obispo porque quiere, sino porque llega a ser –añadió luego–. La verdad es que uno llega a ser lo que nunca hubiera imaginado.

– ¿Ve usted cómo le va la Filosofía? Párese a enunciar las cuestiones metafísicas que subyacen en esa última frase, que son, a bote pronto, la *cosidad* de la cosa, el ser que es, el ser del siendo y el llegar a ser, la verdad, la ficción y la predestinación.

El obispo creyó que la charla tomaba derroteros inconvenientes y, aprovechando la referencia que el catedrático había hecho a la ficción, declaró que había mucha gente enganchada a una de las telenovelas de la tarde, lo que a su juicio representaba muy bien cuanto de frívolo hay en el mismo meollo del alma humana.

– Y no lo digo por los personajes, sino por los telespectadores. Precisamente a esta hora reponen el sexagésimo séptimo capítulo de la vigésimo segunda temporada. ¿Quiere que lo veamos, a ver a qué se debe esa ofuscación tan extendida? –dijo.

Don Lisardo era de una corriente científica adepta a la lógica empírica y creía que toda ley del conocimiento debía iniciarse con la observación. Contestó que sí, y añadió que, así como el saber generalizado deriva de la experiencia, así debe derivar también el saber de los sabios.

– Aunque tengo escrito que el saber de los sabios necios es un saber del no saber –dijo igualmente.

Sobre las diferencias entre el saber de los necios y el no saber de los sabios errados y sobre la heurística, los paradigmas, las paradojas, la epistemología y otros conceptos similares también habló, y lo hizo incluso después de que se acabaran los anuncios y concluyera la presentación de la telenovela y a pesar de que el obispo le siseaba pidiéndole silencio porque no se enteraba de lo que decía Mariana María, la bella protagonista, que estaba enamorada de Anselmo Antonio, el novio de Elisa Eufemiana, la hija de Rodolfo Rafael, que era el médico de Mariana María, de la que estaba enamorado a pesar de que estar casado y ser cuarenta años mayor que ella.

– El amor no tiene ni fronteras ni edad. Yo, por ejemplo, estoy a medio enamorar de una muchacha que trabaja en una cafetería y estoy casado y soy mucho

mayor que ella –dijo don Lisardo tras las repetidas protestas del obispo, como si fuera la primera ley del conocimiento a que hubiera llegado tras el examen de la realidad social en la que se desarrollaba la historia.

El obispo dijo que sí para que se callase, pero don Lisardo siguió enunciando leyes del conocimiento basadas en lo que veía hasta que finalizó el capítulo.

– No he entendido muy bien: ¿Mariana María está enamorada de Anselmo Antonio o de Rodolfo Rafael? –dijo entonces don Lisardo.

– De ambos: del novio y del padre de Elisa Eufemiana.

– ¿Y juzga usted posible que una mujer esté enamorada de dos hombres a la vez?

– Yo pienso que no. A decir verdad, pienso que toda la serie es una basura, pero he probado a matar el aburrimiento de mil formas distintas, incluidos los programas de animales y los del tipo gran hermano, y, créame, para ese fin no hay remedio más eficaz.

Dicho esto, el obispo espolvoreó una brizna de incienso sobre las ascuas del brasero y volvió a escanciar un poco licor de granadas sobre las copas, que se bebieron en silencio mientras veían el sexagésimo octavo capítulo de la vigésimo segunda temporada de la telenovela. En cuanto se las terminaron, tornó a llenarlas hasta los bordes, de manera que a don Lisardo le empezaron a pesar los párpados y se dejó ir mientras sonaba de nuevo la melodía de entrada de la telenovela, que reponía el sexagésimo nono capítulo de la mencionada vigésimo segunda temporada.

Cuando don Lisardo abrió los ojos, achacó a los efectos narcóticos del incienso su modorra y preguntó por Mariana María.

– Ahora está enamorada de Elisa Eufemiana –le contestó el obispo.

– ¡Cómo!

– Al parecer, tenía confundidos sus sentimientos: en realidad estaba enamorada de todo lo relacionado con Elisa Eufemiana, incluidos los hombres con los que esta tenía alguna clase de relación.

– ¿Y qué va a ocurrir, entonces?

– Probablemente descubran que son hermanas, porque la primera hija que tuvo Rodolfo Rafael fue secuestrada nada más nacer y nunca más se supo de ella.

Pero sea como fuere, no se preocupe y haga lo que yo: vea la serie como el que observa el paso de la gente desde la terraza de un bar: el mundo real es tan caótico y absurdo como el ficticio, al menos el mundo real de los humanos.

Con esto, dieron por concluida la charla sobre la telenovela y cuanto la telenovela suscitaba en relación con el universo del conocimiento. Para don Lisardo fue como sellar la puerta del presente y abrir otra al inmediato futuro, donde estaba su cita con la decana y su empeño de encerrarse otra vez en la facultad.

– Aquí está la lista de los cofrades –dijo después de extraer del bolsillo interior de su chaqueta la fotocopia del papel que le había dado el hermano mayor de la cofradía del Santo Entierro–. Sabemos que los de la banda son los señalados con la E de exentos, pero no hay forma de adivinar quiénes tocan el tambor y quiénes la corneta.

El obispo rodeó el papel y se quedó pensando.

– Se me ocurre –indicó luego– que, como es natural, quien haya hecho esta lista habrá puesto juntos los tambores y juntas las cornetas. Si supiéramos qué bloque es uno y otro, no habría necesidad de ir preguntando a los miembros de la banda y evitaríamos atraer la atención sobre sus investigaciones.

– Ya he reparado en ello, pero no es posible conseguirlo por la sola vía de la lógica.

– Quizá sí. Fíjese en estos números.

Y el obispo escribió en el reverso de una de las hojas las series de números múltiplos del tres y del dos hasta el treinta y seis (3, 6, 9, 12, 15, 18, 21, 24, 27, 30, 33, 36 y 2, 4, 6, 8, 10, 12, 14, 16, 18, 20, 22, 24, 26, 28, 30, 32, 34, 36).

– La banda suma treinta y siete miembros –dijo a continuación–. Cada grupo de los instrumentos tiene un cabo, es decir, hay un cabo de tambores y otro de cornetas y ambos desfilan por delante del grupo correspondiente, lo que supone que en el total de las filas habrá treinta y cinco componentes. Si como ocurre normalmente la banda desfila formando tres hileras como mucho, el número de tambores y el de cornetas es fácil de deducir.

– No se ha percatado de que treinta y cinco no es múltiplo de tres.

– Y tampoco de dos. Ese detalle es el que nos da la mejor pista, porque para

confeccionarlo debemos sumar dos bloques: uno de múltiplos de dos y otro de múltiplos de tres. Observe estas series: para sumar treinta y cinco podemos coger estos cuatro grupos de números.

El obispo escribió 3-32, 27-8, 15-20 y 21-14 y posteriormente dijo:

– Si desechamos la primera asociación por absurda y la segunda por improbable, aún nos restan dos agrupaciones posibles. Ahora bien, en la 15-20 habría tres hileras de tres miembros y diez hileras de dos, mientras que en la 21-14 la relación sería mucho más proporcional y más vistosa, pues habría siete hileras de tres y siete hileras de dos.

– Vale –concedió don Lisardo–, tenemos una banda con siete hileras de tres miembros y siete hileras de dos. ¿Cuáles de ellas son de tambores y cuáles de cornetas?

– En esta ciudad nunca se ha visto una banda con más tambores que cornetas. Así pues, en circunstancias normales las cornetas serán veintidós, los veintiuno del grupo más el cabo, y veintidós serán las capuchas con agujero a la altura de la boca. Estimado amigo, al menos uno de ellos anda metido en el embrollo.

– ¿Y los miembros antiguos, esos que tienen guardadas las capuchas en el fondo del armario?

– Usted lo ha dicho: tienen guardadas las capuchas muy adentro. Puestos a pensar con urgencia en una máscara, lo primero que se viene a la cabeza es lo más reciente o lo más a mano. Créame, dada la ocurrencia del disfraz, el que utilizó esa capucha debía ser un militante muy activo.

El obispo leyó en alto los nombres con una E de la lista por si encontraba unos apellidos conocidos, pero ninguno le sonaba.

– Tenemos dos opciones para averiguar quiénes son unos y quiénes otros –dijo luego–: o preguntamos directamente o nos enteramos por alguna vía indirecta.

La vía directa le pareció a don Lisardo más burda y menos digna de encomio, como de guión chapucero, pero tras expresar esta opinión se limitó a oír lo que sobre el particular tenía que decir el obispo.

– El jefe de la banda debe ser o cabo de tambores o de cornetas. No sabemos su nombre, pero sí el del bar donde trabaja. Llámelo por teléfono.

– Para decirle qué, si ese hombre me odia –contestó el catedrático.

Y acto seguido, el obispo expuso una sencilla táctica que se concretó inmediatamente en el diálogo que sigue:

Don Lisardo: ¿Es el bar Avenida?

Desde el bar: Sí, dígame.

Don Lisardo: ¿Está el cabo de la banda del Santo Entierro?

Desde el bar: Un momento.

(Inciso. Se oye una voz llamando a Antonio).

Desde el bar: Dígame.

Don Lisardo: Mira, soy de la banda del Perdón. ¿Eres el cabo de cornetas?

Desde el bar: No, el cabo de cornetas es Federico: yo soy el de los tambores.

Don Lisardo: Entonces me he equivocado de número. Disculpe.

Cuando don Lisardo colgó, el obispo se santiguó y dijo:

– Que el Señor nos perdone –a lo que añadió–: Ya sabemos quiénes tocan la corneta y quiénes el tambor. Vea usted: el primero de la lista es un tal Federico y el que hace el número veintitrés un Antonio de los cuatro que hay. Quien hizo la lista puso a los cabos al frente de cada grupo y a las cornetas delante de los tambores, como cuando desfilan.

Dicho lo cual, el obispo se agachó, cogió la paleta y removió un poco el brasero, que estaba casi consumido. Don Lisardo aprovechó el intervalo para pensar que en las crónicas de sus hazañas sacaría bien a los obispos, especialmente a este, y, como lo concibió sintiendo que una llamita le ardía en las entrañas, creyó que se le estaba despertando el alma y dijo:

– Si tuviera algo de qué arrepentirme, me confesaba ahora mismo.

Justo en ese instante, llamó a la puerta de la salita el seminarista, quien asomó luego la cabeza y anunció:

– El segundo toque, señor obispo.

El obispo agradeció el aviso y dijo después que aquella iba a ser la última semana que las campanas convocaran a misa, porque muchos vecinos se habían quejado al alcalde de que el ruido no los dejaba dormir y la Comisión de Medio Ambiente había mandado un requerimiento al Obispado pidiendo que se pusieran las

medidas correctoras.

– ¿Y qué quieren, que acolche usted el badajo, que le ponga una pantalla al campanario, que monte una campana extractora de los ruidos de la campana?

“Una campana extractora de los ruidos de la campana”, se quedó musitando el obispo, que aclaró finalmente:

– En el fondo, lo que quieren es que cerremos y nos vayamos con el ruido a otra parte.

Don Lisardo dibujó un gesto de pesar.

– No se preocupe –declaró posteriormente–. Los que más pierden son ellos.

“¿Ellos? ¿Quiénes?”, pensó el obispo, pero no dijo nada al respecto. Se levantó, anunció que iba a afeitarse y dejó a don Lisardo evocando los sonidos de su infancia: los rosarios de las albas de mayo, las dianas floreadas de los días de fiesta, el ajeteo de los niños que jugaban en la calle mientras él estudiaba, el paso de los últimos mulos, el repique de las campanas de Santa Eulalia... “Escucha las campanas y dime de dónde viene el aire”, recordó que le decía a veces su abuelo. “Ábrego”, abuelito. “No, que con el ábrego suenan más fuerte. Anda, ponte la pelliza y deja el paraguas, que el día se presenta más de frío que de agua”.

– Con tantos bloques de pisos, ya ni siquiera se ven los campanarios desde lejos –dijo don Lisardo cuando el prelado salió del cuarto de baño.

Pero el obispo había pasado la página de los lamentos y se encontraba en la de la misa, cuyo prólogo necesitaba de la liturgia del afeitado, pero también de un recorrido apresurado por decenas y decenas de metros de pasillos umbrosos y de la solemnidad de colocarse en la sacristía el traje talar y los demás avíos del oficiante.

– Aquí nos vestimos una vez veintidós obispos para una misa concelebrada – dijo el obispo.

Don Lisardo lo oía y lo veía hacer cautelosamente, con el respeto que siempre había observado hacia cuanto le reviviera lo antiguo. Y cuando el seminarista, en el oficio de acólito, y el obispo salieron a la iglesia, él se dedicó a mirar los muchos cuadros que colgaban de las descascarilladas paredes de la sacristía, a pasar el dedo por los pliegues de las ropas de las imágenes grandes, a sopesar algunas de las numerosas imágenes chicas, que estaban como escondidas en varias hileras de

mechinales, y a admirar el valiosísimo mobiliario de madera labrada con que contaba el recinto. Luego, se asomó al templo y, al ver moverse al seminarista, recordó la envidia que sentía en su infancia hacia los compañeros de clase que hacían de monaguillos. En las bancas, unas pocas feligresas se levantaban y se sentaban con indiferencia, ateridas, seguramente, por el frío que se había instalado desde hacía siglos en la sosegada inmensidad de aquellas oscuras naves.

Cuando se acabó la misa, volvieron a la salita, donde el obispo, que dijo estar arrecido, vertió una lata de picón en el brasero y ambos guardaron silencio mientras entraban en calor, lo que ocurrió durante un buen rato.

– ¿No le parece a usted que vivimos en otro planeta, que estamos como al margen de la sociedad? –dijo, al cabo, el obispo.

Don Lisardo se quedó dándole vueltas a esa idea y no contestó, quizá porque el obispo, más que preguntar, había pronunciado una aseveración que únicamente podía hacerse en la confidencia y disfrazada con interrogantes.

– Yo de niño nunca quise ser sacerdote, yo quería ser torero –dijo después el prelado.

Y dijo que, un día lejano, el párroco de su pueblo juntó a todos los niños en la iglesia y, en tanto una tormenta hacía trizas el aliento de la tarde, un predicador barbudo les reveló que el mundo se ahogaba en el pecado y hacían falta hombres valientes para salvarlo.

– De los cuarenta que fuimos congregados, siete ingresamos en el seminario en el plazo de una semana –explicó.

El catedrático oía hablar a su amigo sintiéndose un poco culpable de su aflicción.

– En la vida secular, usted podría haber sido un buen investigador privado, porque se ve que tiene condiciones –lo consoló.

– A mí lo que me hubiera gustado ser es lo que deseaba cuando me ordené sacerdote, no lo que he terminado siendo.

Platicaron destilando amargura de esos y otros menesteres hasta que a don Lisardo le sonaron las tripas.

– Sólo le puedo ofrecer lentejas, chocolate y tortas de manteca –confesó el

obispo un punto avergonzado.

Don Lisardo rechazó amablemente el ofrecimiento, confesó que aquel había sido uno de los días más provechosos de su vida y se quitó de encima las enaguillas, dando por concluida su estancia en el palacio.

– Mañana me cuenta su aventura con la decana –le dijo después el obispo en la puerta de la calle–. Y tenga cuidado con los bedeles, que me dan muy mala espina.

Desde allí, el catedrático se fue a un pequeño restaurante que le cogía de paso, donde encontró al delegado del Gobierno, al alcalde y a otros altos cargos en plena mariscada de trabajo. El alcalde, al verlo entrar, le hizo una señal para que se les uniera, pero don Lisardo negó con la cabeza, se sentó de espaldas a ellos en otra mesa y hundió su mirada en el periódico que un cliente había abandonado en una silla próxima. Cenó sin prestar cuidado a la comida, leyendo artículos de opinión, maldiciendo las risas obscenas de los políticos y el chasquido de los bogavantes ante el empuje de los cascanueces y, sobre todo, bajo la impresión que le había causado el espíritu del obispo, a cuya salud se bebió un par de chupitos de licor de granadas.

Cuando salió del local, era muy tarde y la calle estaba completamente desierta. En el trayecto que lo llevó hasta el bar próximo a su facultad, no halló más indicios de vida que a una pareja morreándose y el sonido atolondrado de algunos televisores.

– No se ve un alma en ningún sitio –dijo el catedrático en cuanto se sentó a la mesa que ocupaba la decana.

– Pues no son más que la once. Anda, tómate un café bien cargado, que la noche va a ser larga.

Don Lisardo pidió un licor de granadas sin saber por qué y el tiempo empezó su desalentado caminar hasta las doce. También el bar estaba desierto, si se les exceptuaba a ellos y a un camarero que veía la televisión apoyado con los codos en la barra, y no había otra distracción que hablar y escuchar. La que tomó la palabra fue la decana y el que escuchó fue él. La decana empezó por referir que desde su mocedad no salía sola tan tarde y que su madre, que era muy viejecita y vivía en su casa, se había quedado intranquila porque le había confesado que se había citado con un hombre, a lo que su madre le había contestado alarmada que tuviera mucho

cuidado, porque aquellas horas estaban muy próximas a la de acostarse y los hombres, que siempre están pensando en lo mismo, se aprovechan de esa contigüidad para llevarse a las mujeres a la cama. Conforme la decana hablaba, don Lisardo iba dándole pequeños sorbos a la copa, de manera que aunque los sorbos fueron espaciados, acabó por encontrarse con la copa vacía y, entonces, tras consultar el reloj, llamó al camarero y pidió otra. En tanto el camarero venía y se iba, la decana se calló, como si estuviera disertando sobre algo indecoroso que debía guardarse para la intimidad, pero cuando se quedaron solos tornó a perorar sobre el tema que traía, si bien no desde el punto de vista de su madre, sino desde el suyo, y en este pasaje explicó al menos de quince modos distintos que ella no veía a los hombres como enemigos, por más que casi todos los asesinos sistemáticos fueran hombres, sino como compañeros, y razonando así era imposible temerle al final de la cita, incluso aunque los hombres únicamente tuvieran una intención y la cita terminase en la cama.

Don Lisardo retiraba de vez en cuando la manga y miraba de soslayo el reloj, que, a semejanza de sus congéneres de los sueños, parecía haber hallado el secreto para burlar a la naturaleza del tiempo.

– El momento es este. Vámonos –dijo tras apurar la segunda copa.

La decana inspeccionó su reloj, que avanzaba a un ritmo distinto al de don Lisardo, y descubrió que aún faltaba media hora para las doce.

– Tómate otra copa, que todavía es pronto.

Sólo para que la decana se callase mientras el camarero iba y venía, pidió el catedrático otra copa, pero cuando terminó de prestarse ese escueto servicio, ella volvió a lo del pensamiento exclusivo de los hombres y él, que notó una rebelión de la sangre en el cuello y en las muñecas, se bebió de dos sorbos el licor, se levantó y dijo:

– Sería una irresponsabilidad esperar más. Cuanto antes vayamos, antes podremos detener a los asesinos.

Don Lisardo pagó y salió a la calle, por donde anduvo con paso firme seguido de la decana, que tenía las piernas más cortas, hasta una de las puertas laterales de la facultad, donde sintió unas repentinas y urgentes ganas de orinar que apagó en el seto

de un jardincito que había un poco más abajo.

– ¡Qué ventajas tenéis los hombres! –dijo la decana cuando regresó don Lisardo, aún sofocada por las carreras a que la había sometido su colega.

El catedrático obvió aquel comentario y le preguntó si había traído una linterna.

– No he caído –contestó la decana.

– Pues no podemos encender las luces, salvo que queramos delatar nuestra presencia y estropear el pastel.

– ¿Valdrían velas?

– Valdrían, valdrían –respondió en tono socarrón don Lisardo.

– Porque adentro hay lámparas con velas de verdad.

– En la zona del antiguo convento –recordó en voz alta el catedrático.

– Y en el zaguán de la biblioteca –añadió la decana.

Como la biblioteca estaba muy cerca, se hicieron el propósito de entrar, aguardar adentro a que sus ojos se hicieran a la oscuridad y guiarse luego con la exigua luz de la calle y de la que se colara por las ventanas del patio hasta situarse bajo la vertical de la lámpara que buscaban, a la que don Lisardo le robaría un par de velas con la ayuda de una mesa que servía de expositor. Abrieron, en efecto, y, como tenían previsto, dieron unos cuantos pasos hacia las sombras y se quedaron quietos, pero en el silencio le entraron ganas de hablar a la decana, quien retomó el tema de la idea que se fija como una obsesión en el cerebro de los hombres, sobre el que su madre le había advertido cuando se enteró de que iba a salir con uno de ellos. “Si mi madre te viera en esta situación, a oscuras y con una mujer, supondría que ya estás maquinando la forma de llevarme a la cama”, musitó a modo de resumen. Parecía que se iba a callar, y de hecho lo hizo durante unos segundos, pero la decana no podía dejar la lengua quieta y tornó a sacar el tema que tanto le preocupaba, aunque ella dijo que no le preocupaba en absoluto, que a la que le preocupaba era a su madre, a su madre y a los hombres, que siempre están pensando en lo único. Don Lisardo le siseó para que se callase, se lo pidió por favor y se lo ordenó con aspereza, pero fue en vano, de manera que echaron a andar antes de tiempo a instancias del catedrático, que no podía aguantar aquella matraca ni un instante más.

- No veo nada –susurró la decana.
- Ni yo tampoco –le contestó el catedrático.
- Me voy a caer.
- Pues agárrate a mí.

La decana se aferró al brazo de don Lisardo y, mientras caminaba, no paraba de parlotear de la gran cerrazón que nubla el entendimiento de los hombres, por muy maduros que sean, que está más enraizada en su ser que el instinto de supervivencia. Don Lisardo tuvo que demandarle por dos veces que lo soltase cuando llegaron a la altura de la lámpara, porque a la primera no lo oyó, de tan absorta en su discurso como iba, y debió hacerla callar para que lo escuchase pedirle que sujetara la silla que había puesto sobre la mesa y se hallaba en tengueregue. Luego, aunque la decana seguía hablando, don Lisardo fue a lo suyo: se subió en la mesa, escaló la silla, levantó los brazos y registró en el aire con las manos hasta que atinó con la lámpara.

– Ya la tengo. Sujeta, que voy a hacer fuerza para sacar las velas –pidió entonces.

La decana soltó las patas de la silla y le cogió las piernas.

- ¿Qué haces?
- Buscaba el respaldo.
- Asegura bien.
- Descuida.

Don Lisardo había levantado los brazos y se encontraba en plena labor cuando sintió que la estructura se desestabilizaba e, inmediatamente después, que le agarraban sus partes.

- ¿Eso eres tú? –oyó antes de que pudiera reaccionar.
- ¿Cómo?
- ¿Dónde está el respaldo?
- ¿Qué?
- Si te suelto sin coger el respaldo, te caerás, seguro.
- Suéltame, aunque me caiga.

La decana hizo finalmente lo que le pedían y retiró la mano y don Lisardo,

algo arrugado por lo expuesto que seguía estando a los errores de quien lo ayudaba, arrancó con abundante trabajo dos velas tan lisas que parecían de plástico, se bajó, sacó un mechero de propaganda de un banco que por casualidad llevaba en el bolsillo, pues no fumaba, y prendió ambos pábilos sin percatarse de que la decana, cuyo repentino mutismo él había agradecido expresamente, tenía la respiración un punto acelerada y lo miraba de un modo bastante raro.

– Ve detrás de mí y ten cuidado, no vayas a pisarme –prescribió don Lisardo tras entregar la vela a su acompañante.

Y sin más demora, iniciaron su marcha de la forma acordada. Aunque iban haciéndole pantalla a la llama con una mano, al pasar junto a la puerta de la calle, que aún se encontraba abierta, el vientecillo que se colaba les apagó las velas y don Lisardo debió sacar nuevamente el encendedor. Entonces, mientras prendía fuego a las mechas, notó una fijación extraña en los ojos de su colega, en cuyas pupilas bailaba diabólicamente el rojo azulado de las flamas.

– ¿Tienes miedo? –le dijo.

– Yo no. ¿Y tú?

Don Lisardo no tuvo tino para reconocer en aquella sencilla pregunta una segunda intención y aclaró:

– Lo digo porque voy a cerrar la puerta de la calle y nos vamos a quedar solos en esta inmensidad negra.

– Y yo.

– ¿Y yo qué?

– Que yo te pregunto si tienes miedo por lo mismo –enfaticó la decana.

A juicio del catedrático, aquella ostentación superflua era una artimaña poco sutil para disimular la turbación que a su colega le producía el miedo, pero nada comentó para desenmascararla, pues había dejado de hablar y esa era la mejor noticia que en aquel momento podían darle. En todo caso, tomó la cabeza con la intención de dirigirse hacia la zona donde vio al encapuchado y explorar sus alrededores y dio por bueno que su acompañante lo cogiera del hombro, pues pensaba que con ello la ayudaba a guiarse en la oscuridad y le ofrecía amparo frente al terror que la embargaba. De esa guisa u otra parecida, anduvieron varios corredores. El

catedrático protegía la llama con una mano y rastreada con la vista o con el oído y la decana, que llevaba la vela apagada de no hacerle pantalla, se sujetaba al hombro de don Lisardo, o a su brazo, o incluso a su cintura, y a veces, pero sólo a veces, volvía al tema que, según su madre y ella, tanto obsesiona a los hombres.

– Lo cierto es que yo puedo comprenderlos, porque he estudiado psicología, estoy en contacto con la juventud y me considero una mujer moderna –dijo en una de esas ocasiones.

Se hallaban en uno de los pasillos más tétricos y angostos y don Lisardo seguía viendo natural que su colega lo agarrara, aunque lo hiciera bastante por debajo de la cintura.

– Yo puedo comprender que busquen lo que buscan y que sueñen lo que sueñan, porque en el fondo ellos y nosotras tenemos sueños análogos.

– ¡Guarda silencio o nos delataremos!

– No veo a nadie. Estamos totalmente solos. ¿Sabes lo que eso significa? Que nadie se enteraría.

– ¿De qué?

– De qué va a ser: de lo que hiciéramos.

– ¿De lo que hiciéramos?

La decana apagó de un soplo la vela de don Lisardo y se abalanzó sobre él.

– ¿Qué haces?

– Lo que no debo, hago lo que no debo.

Cuando don Lisardo se dio cuenta de lo que estaba pasando, ya era demasiado tarde para salir de la situación sin ir a contracorriente. En esa tesitura, huir era la única salida, pero había dos formas de hacerlo: hacia atrás y hacia adelante. Atrás estaba la monotonía de su matrimonio, el hastío de esforzarse en vano para enseñar a los estudiantes y la sensación de tiempo perdido. Huir hacia adelante era dejar de luchar, abandonarse a las circunstancias. Además, sin luz, el tacto de la decana era como cualquier otro tacto y su voz entrecortada por el deseo convocaba al deseo ajeno. Sin luz, tomaba cuerpo la imagen de la muchacha de la cafetería de los espejos y de las demás mujeres de sus sueños. Y sin luz, el abismo más profundo parecía un terreno transitable. Así que huyó, qué remedio, hacia adelante.

Luego, cuando se consumó el arrebató, la situación volvió a su verdadero ser y no vio otra alternativa que escabullirse. Entonces, se subió los pantalones y se fue lo más rápidamente que pudo, haciendo oídos sordos a las voces de la decana.

Capítulo V

El primer crimen. Las luminosas disquisiciones del obispo. Dos personajes anticuados de paseo por la ciudad.

Soñó que era pájaro y que vivía en una jaula de oro que colgaba en un rincón de la cafetería de los espejos. Cuando se despertó, se demoró en la cama recreándose con los pensamientos que le venían y recordó que, de pequeño, los niños del barrio envidiaban sus notas y no lo dejaban jugar con ellos, que nunca hizo novillos, ni fue a hacer chozos al bosquecillo de olmos de la ribera, ni corrió tras las muchachas en el paseo de Los Quintos, que los domingos se llenaba de soldados de ingenieros. Ulteriormente, pensó que las infancias difíciles generan pesadillas, pero hombres rectos, infelicidad, pero orden, y frustraciones, pero sabiduría. ¿Y qué debe ser el sujeto consciente de sí, sino rectitud, orden y sabiduría?

Camino de la facultad, comprobó esa superioridad ética cotejando su alma con la de los otros, en las que creía poder adentrarse interpretando las señales que la actividad del espíritu suele dejar en el rostro.

Al bedel de recepción lo saludó con una de las conclusiones que había extraído del paseo.

– Tengo comprobado que cinco de cada cien personas están locas y una, si pudiera, te mataba –le dijo.

– Es verdad –le contestó el bedel–, porque yo mismo, si supiera que no me cogían, quitaba del medio a más de uno.

En el reino de seguridad y certezas que era su despacho, meditó sobre la idea de un mundo sin maldad y le pareció de lo más aburrido.

– Por cada asesino hay no menos de treinta policías, un novelista, un guionista, diez actores, un reportero de sucesos y quince guardaespaldas –se dijo en voz alta. Y luego–: Algunas veces, especialmente en ciertas sociedades avanzadas, el crimen tenía que estar subvencionado.

Del despacho se fue a la secretaría, donde pidió que le dieran toda la información que fuera factible sobre los componentes de la lista de cornetas. Estaba

aguardando a que la impresora vomitase los papeles, cuando llegó don Jenaro con el cuerpo encogido y la cara apenada. Como hacía siempre, don Lisardo quiso reírse de él encubriendo su mofa tras una broma amable y le dijo:

– Jenaro, ¿a qué viene esa estampa? ¿Ha suspendido alguien en tu aprobado general?

– Acabo de enterarme. ¿No lo sabes?

– ¿Qué?

– Han encontrado el cadáver de la decana en un basurero. Estaba semidesnuda y tenía una puñalada enorme a la altura del corazón.

Al pronto, don Lisardo se imaginó el cuerpo cubierto de escarcha, tieso y con los ojos abiertos.

– Ayer estaba muy contenta porque iba a salir con un hombre, aunque no me quiso decir con quién –añadió don Jenaro.

Pero don Lisardo estaba chocado por la noticia y digirió el comentario de su colega sin asimilarlo.

– Es terrible, terrible –musitó.

Dado que el estudiante y la decana estaban unidos por su relación con la facultad, quizá los sucesos protagonizados por ambos estuvieran relacionadas, caviló a la sazón poco después mientras andaba por los pasillos, y dado que también él estaba vinculado con el mismo centro de enseñanza, quizá el asesino fuera el sujeto que intentó matarlo a él con un cuchillo imponente. “El encapuchado”, pensó de pronto, tan fuerte que oteó a su alrededor para comprobar los efectos que producía en los demás aquel hallazgo sublime. Ser poseedor de semejante certeza le infundió la confianza de los elegidos. Como buen investigador, creyó que no debía compartir con nadie el descubrimiento, a fin de obtener en solitario la gloria de la solución final. Se encerró en su despacho y, tras desdoblar con manos ansiosas y torpes los papeles que le habían dado en la secretaría, se puso a mirarlos sin ninguna intención específica, pero tan seducido por su talento que creyó por comido extraer de ellos el nombre del asesino. Como del primer vistazo no sacó nada en claro, sin embargo, le dio un segundo más despacio, y luego un tercero, y después se puso a estudiar al destalle cada dato, y, finalmente, se dejó llevar por el oficio y revisó la claridad

expositiva, el estilo de la redacción, la sintaxis, la ortografía y si estaban correctamente colocados los puntos y las comas.

Tras dos horas de intensa exploración, estaba agotado y, al margen de la idea de que hubiera suspendido al redactor de aquellos documentos, ninguna otra había logrado extraer de ellos. “Se me ocurrirá cuando menos me lo espere”, se dijo al cabo, como si tuviera el nombre del asesino en la punta de la lengua. Se guardó los papeles en el bolsillo de la chaqueta, salió del despacho y se unió a un grupo de profesores que intercambiaban opiniones sobre lo ocurrido mientras se dirigían al salón de actos. Todos mostraban temor a ser las próximas víctimas y algunos se atrevían a hacer conjeturas sobre las causas e incluso sobre el colectivo a que podían pertenecer los criminales. Uno de ellos dijo que era obra de algún degenerado, a lo que otro respondió que parecía más bien la venganza de un estudiante suspendido, pues no se entendía que nadie, por pervertido que fuese, quisiera ver desnuda a la decana.

– Ya no se conforman con rayarnos los coches o llamarnos por teléfono de madrugada –aseguró una catedrática–. Ahora nos matan y nos dejan en pelotas revueltos con la basura.

– Y los primeros en caer serán los cargos –pronosticó don Lisardo.

– O los profesores más duros –se defendió una que tenía un cargo.

– Caeremos todos –concluyó otro.

En el salón de actos, los miembros del claustro acordaron que la capilla ardiente se instalase en el aula magna y que la facultad pagara el funeral, que incluiría el segundo ataúd más caro y diez coronas con inscripciones distintas. Al secretario le encargaron la redacción de la nota necrológica y la inserción en los dos periódicos locales de varias esquelas aparentemente promovidas por diversos colectivos y estamentos. Don Lisardo dijo que la misa de cuerpo presente podía oficiarla el obispo, que era amigo suyo, a lo que se opuso la vicedecana con el argumento de que la difunta era agnóstica.

– Sólo se es agnóstico mientras se está vivo –alegó don Lisardo–. Cuando alguien se muere, ya no sabemos lo que es, porque si existe la vida eterna está gozando de ella, aunque no fuera creyente, y si no existe no es nada, aunque lo fuese.

– De esa forma, sólo se es creyente mientras se está vivo –le contestó la vicedecana.

– Exacto.

– ¿Entonces?

– ¿Entonces qué?

– La decana era agnóstica. ¿Se hace un funeral religioso o no?

– Depende.

– ¿Depende? ¿Depende de qué?

– ¿Vamos a cantar el *gaudeamus igitur*?

– ¡Naturalmente!

– En ese caso, lo mejor es que venga el obispo, porque tengo entendido que canta muy bien.

Dicho lo cual, se dispersaron. Don Lisardo dejó con la palabra en la boca a don Jenaro y no se paró a recibir las confidencias que, relacionadas con un asunto de su máximo interés relacionado con el crimen, quiso hacerle el bedel de recepción. “Mi tiempo es oro y debo aprovecharlo”, se dijo en ambas ocasiones. Por eso mismo, no se detuvo en el bar donde solían pararse los profesores y simuló una prisa que no tenía para despedir con urgencias a uno de sus cuñados, a quien se encontró en la puerta de una farmacia con un bote de crecepele en la mano. Por eso mismo entró en su casa casi sin avisar y dijo como sin darle importancia “han matado a la decana con un cuchillo enorme”, y como sin darle importancia oyó de su mujer, que estaba sacando las macetas a la terraza, “a ver si no eres pánfilo y te postulas para decano, ahora que por fin se ha ido al otro mundo esa mosquita muerta”. Y por eso mismo, en lugar de pedirle al obispo el favor de la misa por teléfono, salió en el acto en dirección al palacio episcopal, donde esperaba deleitarse con una conversación de altura entre las dos únicas personas medianamente cuerdas que quedaban en la ciudad.

– Ya sé la noticia –le dijo el obispo, que se había asomado a la puerta para ver pasar a la gente–. Y estaba deseando oír de su boca cuanto ocurrió anoche.

Como aquel no era el sitio más idóneo para tratar una empresa de tanto sigilo, recorrieron los umbríos pasillos entre estatuas de santos, cruzaron la sala donde el

seminarista memorizaba la lección del día y arribaron a la salita de la mesa camilla, donde el obispo le dio un buen meneo al brasero, sacó de una vieja lata de *colacao* cinco o seis perrunas que, según dijo, le habían regalado hacía un rato y vertió en unas copas un poco licor de granadas.

– ¿Me sentará bien todo esto? –preguntó con cautela don Lisardo.

– ¿Lo dice por las perrunas? ¿Prefiere las tortas de manteca?

– Lo digo porque esta mañana he amanecido con la lengua como terrosa.

– Eso es que está empachado. Aguarde aquí, que le traigo enseguida el remedio –dijo el obispo, que salió al momento sin considerar los ruegos del catedrático.

Mientras esperaba, don Lisardo se entretuvo echando cuentas sobre la antigüedad de las cosas que veía y llegó a la conclusión de que la mayoría eran de otra época (de otro paradigma científico, pensó de hecho) y ninguna de ellas tenía menos de treinta años.

El remedio del obispo resultó ser una taza de manzanilla.

– Es de flores de verdad, de las que crecen en el corral de la casa donde nací, que ahora es de una de mis hermanas. Tómesela, que es mano de santo.

Al abundar en la historia de la infusión, el prelado sacó a relucir a su madre, que era quien se la ponía cuando de chico le descubría la lengua blanca, a sus hermanas, a algunos de sus diecinueve sobrinos y sus treinta y tres sobrinos nietos, a lo poco que su familia venía a visitarlo y a lo plúmbea que se volvía la soledad entre los muros centenarios de aquel complejo de edificios que formaban el palacio episcopal, el seminario diocesano y la iglesia catedral.

– Una vez vinieron dos jóvenes del periódico local a hacerme una entrevista y al irse se perdieron por los corredores. Más de dos horas estuvieron dando voces sin que nadie los sintiera. “Si hubiera caído la noche, nos habríamos muerto de miedo”, me confesó la fotógrafa. Al final, el periódico sacó unas cuantas fotografías de los patios porticados y lo más anecdótico de mis palabras –dijo.

Sólo cuando don Lisardo se acabó la manzanilla, creyó el obispo que había llegado el momento de hablar del misterio de la facultad. “Cuénteme pelos y señales, que cualquier minucia aparente puede ser trascendental para la resolución del caso”,

advirtió entonces. Era una exhortación innecesaria, dado el natural copioso que había en las exposiciones del catedrático, quien seguidamente contó la peripecia de la noche con tanta minuciosidad que el obispo debió pedirle por dos veces que prosiguiera y, mientras narraba el escabroso pasaje de su acto de amor con la decana, que hiciera el favor de pasar por alto los detalles.

– Me temo que está usted metido en un buen lío –observó el obispo cuando tuvo conciencia de que su amigo había concluido.

– ¿Por qué, si yo soy uno de los dolientes, y bien podría estar tan muerto como ella?

– Porque usted era el hombre con el que estaba ilusionada y con el que tuvo una relación carnal.

Don Lisardo vio un punto de luz al final de un túnel.

– Yo la dejé viva en un corredor de la facultad –argumentó.

– En el que un sujeto extraño tiene la fea costumbre de pasearse encapuchado con un cuchillo de monte.

– Pero la han encontrado a varios kilómetros de allí.

– Adonde la han llevado muerta. La asesinaron en la facultad, estoy seguro, y a tan escasos minutos de marcharse usted que a la pobre no le dio tiempo de vestirse. Aquellos quejidos de placer, o la luz eléctrica, pues la decana no tenía con qué encender la vela, o la puerta que usted dejó abierta alertaron al criminal –explicó el obispo, quien añadió después de unos instantes en que estuvo concentrado en sí mismo–: Lo que no entiendo es por qué la mataron.

– Porque va a ser, por instinto. Usted puede opinar lo contrario, ya que cuando la naturaleza humana se acerca a la omnipotencia de Dios lo hace humillándose, pero yo estoy acostumbrado a tratar con catedráticos y con gente joven, y si los primeros tienen la soberbia de creerse superiores, pues en el ámbito de su oficio no hay más voluntad que la suya, los segundos se sienten superiores porque se saben más vigorosos y, por ver la muerte muy lejos, se juzgan casi eternos.

– No piense que todo el que se acerca a Dios lo hace humillándose. Más bien suele hacerlo con soberbia. En cualquier caso, déjeme razonar utilizando exclusivamente los hechos. Pensemos, por ejemplo, que el supuesto asesino pudo

matarlo a usted por dos veces y ninguna de ellas lo hizo. ¿No será porque se conformaba con asustarlo? Y aún más: según me dijo, la primera noche lo descubrió usted sentado sobre el pretil del estanque. ¿Qué hacía en un sitio tan insólito? Si ni siquiera usted sabía que se iba a quedar encerrado en la facultad, malamente podemos suponer que le iban a tender una trampa.

– Luego no pretendían asustarme.

– A usted, no, sino al infeliz que se adentrara de noche en el inmueble.

– Asustar por asustar, cuando las noches de ese viejo edificio son tan ásperas, no me parece perversión que le cuadre bien a los humanos.

– Si el encapuchado hubiera querido asustar por gusto, se hubiese ido a un lugar más concurrido. No, estaba allí para ahuyentar a los visitantes intempestivos. En cierto modo, sólo era un centinela armado con el miedo que le tendrían los otros.

– ¿Ahuyentar de qué? ¿Qué hay que ocultar? Yo he estado varias noches en la facultad y no he visto más que soledad y frío. Si había algo que ocultar, ¿por qué no me mataron?

– Porque usted no halló nada importante.

– Al encapuchado. ¿Considera poco importante saber que alguien se mueve de noche con esa pinta por un edificio cerrado?

– Poco pareció, en efecto, a quienes escucharon su narración, pues supusieron que lo ocurrido no era más que la gamberrada de unos estudiantes. El encapuchado y sus compinches, porque en su segunda noche resultó probado que había más de uno metido en el embrollo, hicieron todo lo posible para desviar la atención del núcleo del misterio y poner el foco sobre sus desventuras. La fotografía que pusieron en el tablón de anuncios va en esa dirección: da el carácter de bufonada a los hechos, los trivializa y, con ello, le otorga el beneficio de la normalidad. Su fama de profesor duro y el reducido aprecio que le tienen algunos de sus compañeros hicieron el resto.

– Si es así, ¿por qué mataron a la decana? ¿Por qué no se limitaron a asustarla?

– Porque reconoció al encapuchado. No pudo ser de otra forma.

Don Lisardo guardó silencio y asintió con un ligero movimiento de la cabeza. El obispo prosiguió:

– Ese tipo que se pasea de noche por el edificio no pretendía matarla, pero al ser desenmascarado perdía su capacidad de infundir pánico al tiempo que lo implicaba en el enredo.

– Y destapaba –continuó el catedrático– la existencia del enredo mismo.

– Correcto. Imagínese la situación: la decana, semidesnuda, es descubierta por el encapuchado, quien, paralizado por la formidable sorpresa, no reacciona ante la defensa aterrada de la mujer y se deja quitar el disfraz que cubre su rostro. La decana reconoce en aquel hombre a alguien relacionado con la facultad y, en consecuencia, del que era su superior, y le pide explicaciones a gritos y entre amenazas. El encapuchado ha pasado de ser generador de pánico a estar aterrorizado. Por un pormenor extraño, el tinglado se le ha venido abajo, y con él se ha ido por la borda todo su futuro. Pero de pronto siente en las manos el cuchillo que le sirve para intimidar y ve en él la solución. Los chillidos de la decana le sirvieron de acicate, de llamada.

El obispo levantó las enaguillas y removió el brasero con la paleta. Cuando se irguió de nuevo, don Lisardo seguía con la boca abierta.

– Y ahora me pregunto qué se ocultará entre aquellas sombrías bóvedas –dijo el obispo.

– ¿No supondrá que el demonio? –le respondió el catedrático.

– O algo peor.

Don Lisardo quedó fascinado por las disquisiciones del obispo.

– ¿Cómo puede alcanzar esas conclusiones sin haber salido de este edificio? – dijo.

– Usted me contó lo esencial y yo paso muchas horas sin otra preocupación que darle vueltas a la cabeza.

– Yo, en cambio, tengo la mente siempre ocupada. Y, además, estoy acostumbrado a las novelas, donde el criminal ha de ser a la fuerza uno de los personajes. En las novelas, la lógica sólo actúa al final, con la exposición del narrador. En el transcurso de la historia es mejor dejarse guiar por la intuición, pues, a fin de promover un desenlace asombroso, la razón del escritor nos lleva hacia un sospechoso equivocado.

El obispo deseaba que el catedrático no se sintiera culpable de su fracaso y dijo:

– Hay circunstancias que son más propias de la ficción que de la realidad, escenarios vitales montados al margen del tiempo y personas que se parecen más a Don Quijote que a Cervantes.

– ¿Como nosotros?

– Quizá sí. ¿No se ha observado alguna vez y ha sentido mientras lo hacía que también lo miraban otros ojos? Ayer noté esa impresión extraña. Usted había llamado varias veces al palacio episcopal preguntando por mí y alguien le dijo que no podía ponerme porque estaba confesando a los seminaristas. Pues bien, era yo, que no tenía ganas de charla, y al cabo de un rato advertí como que alguien me veía. Será Dios, pensé, que lo ve todo y me recrimina haber mentido para salvarme. Pero también pensé que Dios no podía andar metido en un problema tan baladí habiendo otros de mayor enjundia que resolver y, entonces, me sentí como el participante de uno de esos cochambrosos concursos de televisión en los que se vive vigilado permanentemente por las cámaras.

– Yo supe al momento que me estaba engañando –contestó don Lisardo muy ufano–, pero no aprecié nada de lo que me cuenta y me limité a razonar que era usted un cínico, que el Señor me perdone.

“Eso, que el Señor nos perdone a todos”, concluyó el obispo, quien acto seguido se levantó para beber agua de un botijo que había sobre una mesa pequeña que hacía de rinconera.

– ¿Quiere un trago? –dijo luego–. Dicen que es milagrosa. Me la traen en garrafas del manantial que hay junto a la ermita más famosa de la diócesis.

Pero don Lisardo conocía la romería que anualmente se organizaba a aquel santuario y sabía que se había convertido en una feria, desechos incluidos, por lo que no se fiaba mucho de su potabilidad.

– Nunca bebo agua en invierno –mintió.

Y sin más preámbulos, sacó de un bolsillo de la chaqueta los papeles que le habían dado en la secretaría y los dejó sobre la mesa.

– Vea: cinco cornetas están matriculados en la facultad –dijo después.

– No deja de ser curioso que los cinco sean de tercero –respondió el obispo tras echarles un vistazo.

Don Lisardo creyó que su compañero iba a seguir hablando, porque no dejaba de mirar con suma concentración los papeles, y se abstuvo de hacer comentarios, pero tras varios minutos de espera no pudo aguantar la curiosidad y le preguntó:

– ¿Está usted rezando?

– La Policía no descubrirá por sí sola que usted es el hombre con el que se había citado la decana, pero el camarero del bar cantará, estoy seguro –le contestó el obispo saliendo de su abstracción, y añadió luego, tras levantarse con un movimiento súbito–: Vamos, tiene usted que contarle a la Policía lo que pasó antes de que sea demasiado tarde.

Don Lisardo se levantó también, pero cuando el obispo, que fue a la cocina a coger más tortas de manteca por si les daba hambre por el camino, volvió a la salita, el catedrático se había sentado de nuevo y estaba arropado hasta el cuello con las enaguillas.

“Venga, vamos”, insistió el obispo, con tanta determinación que a su amigo no le cupo otro remedio que hacer lo que le sugerían. Al llegar a la calle, no obstante, don Lisardo sintió que se le revolvían en el estómago las razones de su resistencia y dijo:

– No puedo ir. Prefiero mil veces la cárcel a que la gente sepa que me he tirado a la decana.

Afuera estaba lloviendo a mares. El obispo había escrito diversas pastorales en los últimos tiempos pidiendo que se rezara con fe, a fin de que el Creador acabase con la sequía que había secado los pozos y vaciado los pantanos, y miraba complacido a los viandantes, que se guarecían de la respuesta a sus súplicas bajo los amplios balcones del palacio.

– Cuéntelo todo menos eso –contestó tras girarse–. Al fin y al cabo, sólo usted y yo lo sabemos. Y yo, aunque le parezca raro, he oído en el confesionario aberraciones mucho más gordas.

Tampoco ahora dio pie el obispo a otra alternativa. Entró en el edificio y regresó enseguida con dos paraguas de propaganda de un banco que, según

manifestó, le había regalado el director de una sucursal a la que había ido pidiendo ayuda para las misiones en el Tercer Mundo.

– ¿Y qué fue de la limosna? –le preguntó don Lisardo.

– Me contestó que tenía que consultarlo con su jefe de zona. Pero mientras tanto me hizo el favor de abrirme una cartilla y me puso un precio especial para todas las comisiones.

Don Lisardo pensó al oírlo que en la selva de la civilización actual la bondad del prelado era un gabarro muy grande, y más si a la bondad se le unía la ignorancia de los modos y los valores de los tiempos. Por la calle, el obispo parecía un perrillo al que su dueño ha tenido encerrado durante muchos días. Juzgaba digna de asombro cualquier cosa, por nimia que fuera. De precios no tenía ni idea y, como los comparaba con los de su más tierna infancia, todos le parecían imposibles o escandalosos. El número de vehículos, la apariencia de los jóvenes, las sonrisas que generaba a su paso la unión del alzacuellos y el paraguas de colores, los escaparates de las joyerías, los rostros contritos de los pasajeros de los autobuses y las prisas de los viandantes fueron algunos de los temas sobre los que hizo comentarios rápidos tras poner en ellos sus cinco sentidos.

– Seguramente estamos en vísperas de un acontecimiento terrible –dijo en una ocasión–, porque no puede un hombre instruido como yo quedarse tan anticuado en tan pocos años.

El catedrático intuyó que en la marginalidad del obispo había un trasfondo similar al suyo y se sintió aún más cercano a él. Ambos eran, maduró, como dos idealistas en un orbe de seres que tienen por corazón la cartera. Y razonó que, dada la camaradería que se estaba gestando entre ellos, bien podría ser el obispo el que escribiera su historia. Si eso ocurría finalmente, la suerte había venido en su ayuda, pues nadie hay mejor que un sacerdote para entender el alma de los personajes ni nadie mejor que un perito en latín para construir con sabiduría la narración.

Ganas le dieron de exteriorizar estas delicadas reflexiones, pero su amigo andaba tan a solas con su estupor que no quiso distraerlo y esperó a que el obispo volviera de su *excursus* mental.

– ¿No ha pensado nunca en tomar los elementos más significativos de la

realidad para construir con ellos, como si fueran materiales de obra, una historia ficticia que refleje con más limpieza la realidad misma? –le preguntó entonces.

El obispo no sólo le contestó que sí, sino que creía que toda su trayectoria como escritor de ensayos había sido un amplio prefacio de lo que sería su carrera como autor de obras de ficción.

– ¿Cómo de amplio ha sido ese prefacio? –le preguntó el catedrático comido por la curiosidad, pues no entendía qué tipos de ensayos podían estudiar unos temas tan ajenos a lo empírico como los del alma, la existencia de Dios y la otra vida.

Y el obispo le habló de múltiples comentarios sobre encíclicas recientes, de las hagiografías de los tres santos menos conocidos de la diócesis, de los glosarios sobre varios concordatos y de otras muchas obras que denotaban su enorme habilidad para la glorificación, pero nada decían sobre su capacidad para el análisis científico. Él no le respondió, sin embargo, tanto para no contrariarlo, pues ya lo consideraba su amigo, como porque estaba persuadido de que los debates entre la razón y la fe eran verdaderos diálogos de besugos.

– Una de mis mayores ilusiones habría sido escribir una novela muy larga con forma de cruz latina –continuó el obispo–, que bien hubiera podido ser la historia de dos familias, una más grande que otra, a las que en el pasado unió un hecho común, como un crimen o un matrimonio, y que en el presente vuelven a separarse.

– Esas novelas tienen ahora muy pocas posibilidades de triunfo –le contestó don Lisardo–. Es más, creo que por hache o por be jamás se pondrá manos a la obra. En cambio, si se limita a recoger nuestras andanzas, se dará cuenta de que con el tiempo habrá escrito un señor libro, no menos grueso que el que Cervantes dedicó a don Quijote.

– ¿Lo cree usted de veras?

– Por supuesto que sí. ¿O no es la historia de nuestras vidas la de dos héroes de la modernidad?

Aunque lo de “modernidad”, más que lo de “héroes”, le sonó mal al obispo, tampoco él quiso contradecir frontalmente al catedrático, y le dijo.

– Más que héroes, yo nos llamaría románticos.

– Es lo mismo: dos seres que luchan contra las circunstancias a sabiendas de

que saldrán derrotados son los mejores personajes literarios para cualquier escritor con ojo.

– ¿Aunque desenmascaremos al asesino?

– La trama es el soporte necesario para contar cómo somos. La historia de lo que vivimos tiene que acabar con el esclarecimiento de los hechos, descubrimiento del asesino incluido, pero lo esencial es nuestro carácter y lo que hacemos cuando no estamos en el núcleo de la refriega.

– ¿Y lo del fracaso? ¿No le convendría al narrador salvarnos, es decir, subrayar que el éxito de nuestra investigación nos devuelve a la sociedad en que nos refugiamos?

– ¿Para ser como los otros, para concluir como la Cenicienta, casándose con el príncipe y comiendo perdices? ¡Quite! Las verdaderas historias de amor son las de desamor y los mayores héroes los que mueren en la batalla. No quiero que la odisea de mi existencia finalice con mi socialización, sino con el fiasco de no haber podido adaptar mi carácter a la sociedad. ¿Qué clase de románticos seríamos, de lo contrario?

Al verse como un personaje que se desnuda ante sus lectores, el obispo recordó varios hechos de su vida que no conocía nadie, como las declaraciones de amor que le habían hecho algunas beatas, y sintió pudor.

– Si alguien que no soy yo está escribiendo este libro –dijo entonces–, sería bueno que supiera que me encuentro a gusto dentro de mi personaje, a fin de que le diera el tono justo a mis frustraciones y a mis miserias.

– Por eso es preferible que la narre usted. La mayoría cuenta su biografía con el ánimo de disculparse o de ajustar cuentas con sus enemigos, pero estoy seguro de que a usted no se le escapará que la auténtica gracia de su epopeya y de la mía está precisamente en ajustar cuentas con nosotros mismos.

Siguieron hablando en ese tono y de ese asunto hasta que llegaron a la comisaría de Policía, que estaba situada en un edificio pardo y horrible del barrio administrativo, a cuya puerta se paró don Lisardo agarrotado por la incertidumbre.

– Piense que lo están viendo y se animará a hacer lo que debe –lo animó el obispo.

El catedrático, que ya se veía observado por un montón de lectores, hizo de tripas corazón y entró en el edificio con una entereza demasiado ostentosa como para no resultar simulada, a pesar de lo cual los dos policías que recibieron su declaración, que fueron los que lo habían visitado en su casa, se mostraron tan corteses con él que a punto estuvo de contarles lo que tanto le avergonzaba.

– No se preocupe –dijo uno de los policías finalmente–: aunque usted fuera el hombre con el que estaba citada, está claro que no cuadra en el perfil del sospechoso: no sabe conducir, así que no pudo trasladarla al basurero, y el forense ha manifestado que el violador debía ser un individuo joven y vigoroso.

– Probablemente ni siquiera la mataron en la facultad –añadió el otro–, pues un crimen tan escandaloso deja muchos rastros y nosotros no hemos visto señal alguna, por más que la hemos buscado.

Cuando estuvieron de vuelta en la calle, don Lisardo, que había pasado el trance con más holgura de la prevista, no supo muy bien a qué atenerse:

– Estos tipos son tontos de remate –dijo–. Con semejantes investigadores, ¿quiénes deben sentirse más seguros, los criminales o los ciudadanos honrados?

– Aunque no hilen muy fino, en algo han acertado: usted no es el culpable –le contestó el obispo.

– Sólo por ahora.

– En todo caso, debemos guardar silencio sobre nuestra visita a la Policía, pues mucho me temo que si llega a oídos de los asesinos, estos podrían pensar que usted ha ido a darles pistas relacionadas con el crimen.

– Y si se sienten inseguros por mi causa, haciéndome desaparecer habrán eliminado el principio que los perturba –añadió don Lisardo.

– Porque todo indica que los asesinos se hallan en el círculo de la facultad –remató el obispo.

El que los razonamientos los hicieran a medias llenaba de gozo al catedrático, que se sentía acompañado y completado. La conversación entre ambos siguió por unos derroteros similares hasta que entraron en la facultad, donde se separaron a causa de la aglomeración que se había formado con la multitud que iba y venía de la capilla ardiente. Cuando se dio cuenta de que estaba hablando solo, el obispo miró

atrás y vio al catedrático apartando de sí, con un ligero gesto de la mano, al bedel de recepción.

– ¿Qué ocurre? –le preguntó en cuanto estuvo junto a él.

– Ese hombre era el bedel del que tanto le he referido, un ser extremadamente grosero que al parecer quiere protagonismo en esta aventura, aunque no pasa de ser un personaje muy secundario.

– ¿Por qué lo dice?

– Porque ya es la segunda vez que ha empleado un tono apocalíptico para intentar charlar conmigo de los sucesos.

El obispo se dio la vuelta, batió con la mirada la estancia en busca del sujeto sobre el que estaban dialogando y, como no lo encontró, dijo:

– Debe usted escucharlo. Los bedeles andan libremente y a todas horas por el edificio, por lo que a la fuerza deben saber más de lo que dicen.

Tan inquieto vio don Lisardo a su amigo, que se ofreció para solventar al punto el origen de su desasosiego, una labor que el catedrático creía muy fácil, pues el bedel tenía el maravilloso don de aparecer a la vuelta de cualquier esquina, pero que enseguida se reveló sumamente complicada. Además de en recepción, lo rastrearon por gran parte de la zona utilizada del edificio, incluida el aula magna, que había sido habilitada como capilla ardiente, y aunque algunos dijeron haberlo visto, en ningún sitio hallaron a quien pudiera darles noticias fidedignas de él.

– Podría decirse que se esconde –comentó el obispo.

– Pues lo que cuadra con su carácter es lo contrario: estar donde no se le llama, hacer lo que nadie le pide y dar mucho la nota.

En el recorrido que hicieron buscando al bedel, el prelado pudo comprobar lo vasto e intrincado del edificio.

– Esto es más sombrío y laberíntico que el palacio episcopal –declaró cuando abandonaron la búsqueda–. No me extraña que aquí se oculte una historia terrible, porque los lugares así están tan llenos de escondites como los bosques o la noche.

Y a renglón seguido, dijo que no debían desperdiciar la ocasión para investigar las huellas que de los hechos podían haber quedado en los sitios donde ocurrieron, lo que pareció muy atinado al catedrático, que añadió a manera de

corolario:

– Hoy no hay estudiantes por los pasillos y aún no han pasado las limpiadoras: quizá atinemos con algo digno de fuste.

Bajo su guía, recorrieron luego corredores de todas las formas y longitudes y se adentraron o se asomaron a toda clase de recintos. Mientras duró ese ejercicio, don Lisardo alternó el afán de cicerone con la explicación y la ubicación de sus propias desventuras. “Aquí impartía sus lecciones el mundialmente célebre Antonio de Torremilano”, señaló, por ejemplo. “Desde esta ventana vi al encapuchado sentado en el pretil del estanque”. “En esta clase quiso agredirme un estudiante despechado”. “En aquel tablón es donde unos gamberros pusieron la falsa lista de aprobados del primer parcial de Procesal”. “Allí es donde se cagó de miedo el delegado del Gobierno”. “En este mismo lugar, aquí, justo aquí, es donde dejé anoche a la decana”.

Estaban en uno de los corredores más angostos y oscuros. Don Lisardo encendió la luz y el obispo dobló un poco el espinazo, registró con mucha atención el suelo y dijo:

– Pues aquí, justo aquí, es donde la mataron.

Se agachó, tocó la pared y el pavimento y, tras pedirle a su amigo que se agachara con él, añadió:

– Fíjese, la línea donde se juntan el rodapié y el pavimento tiene en este tramo un color más oscuro. Toque ahora estas viejas baldosas de arcilla. ¿No las nota más lisas que las demás? Y mire los bajos de este muro: son los únicos en los que se ha ido levemente la capa exterior de pintura.

Don Lisardo hizo un gesto que demandaba aclaraciones y el obispo prosiguió:

– Esto obedece al trabajo de borrar los rastros de la sangre: las baldosas han sido raspadas con un cepillo muy duro y la pared, que tiene pintura plástica, se ha lavado.

– ¿Y la junta entre el rodapié y las baldosas?

– Está disimulada por todo el corredor con una argamasa del color de la arcilla, pero en este trecho ha sido retocada y pintada hace sólo unas cuantas horas.

– Porque estaba manchada y al fregarla se ha desprendido –completó el

catedrático.

– Muy probablemente, así fue.

Cuando se levantaron, estuvieron durante un rato observando el lugar y sus alrededores mientras hacían cábalas sobre las posibles formas en que el crimen se había perpetrado. Al cabo, don Lisardo propuso al que ya sentía como su compañero más estrecho la reconstrucción del itinerario que siguió la primera noche que se quedó encerrado en el edificio, lo que el obispo estimó muy acertado, pues tras haber subido y bajado y bajado y subido e ido de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, no sabía muy bien dónde se hallaban, y era imprescindible tener localizados a todos los personajes de la acción si querían hacer una recreación cabal de lo sucedido.

Llegar hasta la puerta del despacho de don Lisardo les llevó no menos de cinco minutos, y eso que, de los muchos caminos que había, siguieron el más corto y no se entretuvieron en hablar con nadie.

– Cuando me desperté, como el silencio y la oscuridad eran absolutas, creí que había renacido a la muerte –comentó en su despacho el catedrático, que aprovechaba cualquier oportunidad para darle un tinte entre metafísico y épico a los reveses que le proporcionaba el destino.

Ante semejante entusiasmo novelero, el obispo temió por el valor probatorio de la reconstrucción de los hechos, por lo que antes de iniciar la marcha templó a su amigo de la siguiente forma:

– Nárreme lo acaecido como un forense ante un cadáver abierto o, mejor aún, como uno de esos escritores hiperrealistas que parecen forenses ante un cadáver abierto.

Don Lisardo asumió la enmienda como una exhortación y un halago. Desde ese momento, se limitó a hacer lo que hizo y a decir lo que dijo las noches en que se había quedado en el edificio, de modo que se asomó a la ventana y se tendió sobre el alféizar y, en esa posición, describió lo que había visto con tal abundancia de detalles, que cuando el obispo ocupó su sitio y miró abajo pudo ver como en una pantalla de cine lo que había ocurrido. “Aquí sentí el primer fogonazo”, dijo don Lisardo un poco más adelante. “Aquí advertí el segundo”. “Aquí aprecié el tercero”.

Con tal menudencia en la narración, no había particularidad que el catedrático dejase fuera o que no colocara en el espacio y en el tiempo. “Ahí estaba asomada la joven que aparece en la fotografía”. “Aquí se cagó de miedo el delegado del gobierno”. “Por este corredor avanzó el encapuchado con el puñal en ristre”.

En ese punto, el obispo sugirió un alto. Estaban era una galería que giraba en ángulo recto hacia la izquierda dándole la vuelta a un patio secundario, pero justo enfrente de ellos había una puerta pequeña que estaba cerrada. “¿Adónde da?”, preguntó, a lo que el catedrático contestó que a la zona no utilizada del edificio, que en otra época fue residencia de las monjas.

– Por aquí entramos el bedel de recepción y yo la segunda noche –añadió luego.

– Debemos abrirla enseguida, porque detrás está lo que tanto ahínco quieren ocultarnos.

Don Lisardo sintió que a su conciencia llamaba la decepción y dijo:

– Todo lo que hay detrás es bien conocido. Por un lado están la capilla y la sacristía y por otro las celdas de las monjas, un claustro, una gran sala y algunas piezas más. La capilla y la sacristía se aprovechan para los actos religiosos de la facultad, como la misa de celebración del patrón o la de inicio de curso, y en el resto de esas dependencias los estudiantes del penúltimo curso organizan fiestas para recaudar fondos con los que costearse el viaje del último año.

El obispo no se arredró.

– Los cinco de la lista que tocan la corneta son del penúltimo curso. ¿No le parece una coincidencia significativa? –alegó.

Lo era, en efecto. La confianza de don Lisardo en su amigo cobró nuevas fuerzas.

– ¿Qué día se organizan las fiestas? –le preguntó el obispo.

– Los viernes –el catedrático echó cuentas con los dedos y añadió–: Y ninguno de los días en que yo anduve de noche por estos lares era viernes, seguro.

“El encapuchado salió por esta puerta simplemente porque no pudo hacerlo por otro sitio”, concluyó el obispo. No era una solución muy científica, pero era la mejor de las posibles, y, en todo caso, permitía seguir adelante con las pesquisas.

– Algunas veces, la clave más certera no se apoya en la deducción, sino en la voluntad –dijo don Lisardo cuando intentó expresar las razones de su amigo a los dos policías que, poco después, los sorprendieron mirando por el ojo de la cerradura de aquella pequeña puerta.

Eran los mismos que le habían tomado declaración en la comisaria y estaban sobre aviso de que andaba metido a investigador aficionado. Cuando oyeron aquella apostilla, ni la comprendieron ni hicieron por comprenderla.

– Nosotros no entendemos de barcos –dijo uno de ellos–, pero hemos hecho cursos en Madrid y algo habremos aprendido en los más de veinte años que llevamos metidos en este fregado. Si me permiten un consejo, les diré que no fien demasiado de la metafísica aplicada y tengan cuidado en el trato con los delincuentes, porque no son de leer mucho y desconfían de lo que no pillan a la primera.

Con todo, no hubo asperezas ni roces ningunos. Tras la conversación, uno de los policías sacó una llave enorme con la que abrió la puerta y se adentró con su compañero por el estrecho pasillo que había detrás. El obispo retuvo al catedrático un momento cogiéndolo del antebrazo y, cuando vio que los inspectores se perdían en un recodo, le hizo una señal para que lo siguiera. Juntos, guiados por don Lisardo y jugando al ratón y al gato con los policías, recorrieron la gran sala, la galería del claustro, dos salas reducidas, los corredores que daban a las celdas de las monjas, la sacristía y la capilla, y en tan dilatado trayecto no encontraron más mobiliario fuera de lo común que cuatro mostradores portátiles, una pila de cajas de cervezas vacías y una estantería de chapa con bebidas espirituosas.

Don Lisardo creyó que el resultado de aquella excursión era el primer fracaso del obispo, pero no puso en duda las capacidades de quien hasta entonces había atinado tanto, sino más bien lo contrario, pues vio en semejante revés la confirmación de que se hallaba ante un ser excepcional a quien el destino, para que no se malease, daba lecciones de humildad de tarde en tarde.

– Esto nos conviene, porque si hubiera sido más fácil, la narración de nuestras peripecias habría sido demasiado corta. Venga, lo invito a comer en un restaurante de postín –dijo don Lisardo cuando estuvieron de nuevo en la calle.

El obispo, que sólo comía convenientemente si pagaba otro, se emocionó

sobremanera e hizo abundantes y muy floridos elogios de la amistad. Camino del restaurante, hablaron de casi todo, y el obispo no pudo reprimirse varias arcadas de franqueza. Reconoció, por ejemplo, que aunque era un hombre progresista y de mentalidad muy abierta, echaba de menos los tiempos en que los prelados, por insignificante que fuera su diócesis, tenían lustre en la cara de comer mucho y muy variado. Reconoció, también, que había decidido no ir a los banquetes de bodas y a otros actos sociales porque en unas cuantas ocasiones no había podido resistir la tentación y se había traído en los bolsillos croquetas, canapés e incluso dulces y tarrinas de helados. Y reconoció, por último, que le tenía envidia al seminarista por las veces que comía en la casa de su tía viuda y que quizá por ello fuese más exigente con él a la hora de imponerle obligaciones.

Don Lisardo todo lo oía embriagado por el afecto, como el abuelo que escucha las travesuras de un nieto al que ve muy raramente.

– ¿Puedo pedir lo que quiera? –preguntó el obispo en el restaurante.

Un camarero les había traído la carta y se le estaba haciendo la boca agua de leer los rumbosos nombres de los platos, que describían casi punto por punto su composición.

– Por supuesto, pero hágalo poco a poco, que la memoria del hambre es muy engañosa –le contestó don Lisardo.

En uno de los rincones mejor iluminados del restaurante tenían una comida de trabajo el alcalde, el delegado del Gobierno, la presidenta de la Diputación, los líderes provinciales de tres partidos políticos y numerosos ex altos cargos públicos que hacían de asesores en diversas instituciones. En cuanto se percató de la presencia del obispo y el catedrático, el alcalde se acercó a ellos y, tras saludarlos muy efusivamente y contar un chascarrillo sobre el concordato, los invitó a su mesa, que era redonda y admitía con holgura varios comensales más, según indicó. El obispo siempre se acordaba de la moneda del César en estos casos, pero al momento le venían a la mente las subvenciones y las normas civiles que transponían el Derecho Canónico y acababa aceptando la invitación. Don Lisardo, en cambio, se acordaba de las trifulcas que quienes ahora comían codo con codo tenían a diario frente a la prensa y sentía que entre todos ellos le estaban robando la cartera y, tras soltar una

carcajada, dijo:

– ¿Invitarnos? Creía que el que los estaba invitando era yo.

El alcalde, aunque interpretó correctamente la ocurrencia, tenía un callo por escrúpulos y se limitó a reírse con ella antes de estrecharles la mano y despedirse con la misma campechanía que los había saludado.

Aquella fue una comida larga, con buen vino, tres platos, dos postres, un café y dos copas, aunque no tanto como la que tenían los dirigentes políticos, que seguían comiendo y riendo cuando ellos se levantaron y se fueron. En la puerta de la calle, la lluvia les recordó que se habían dejado los paraguas, así que don Lisardo se volvió enseguida a recogerlos. Como se los habían entregado a un miembro del servicio, a un miembro del servicio se los pidió. La acción de la devolución se desarrolló frente a la puerta de acceso al comedor y a la vista de los políticos, que estallaron en una carcajada al ver la clase de paraguas que gastaban el obispo y el catedrático. Don Lisardo, que se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, entró en la sala, se dirigió a la mesa de los políticos, donde arreció el jolgorio empujado por los chascarrillos del ex alcalde de un pueblo que hacía de asesor de la Presidenta de la Diputación, y al llegar a ella, y sin mediar palabra, dejó los paraguas en una silla, cogió el mantel por un faldón y tiró de él con todas sus fuerzas, y con tan mala fortuna que resbaló sobre un cubito de hielo que aún no había recogido el camarero y, tras dar con los codos en la mesa, se cayó al suelo revuelto con las tazas de café y los vasos largos de los combinados.

Al bullicio de la fiesta, acudió el obispo, que encontró a su amigo liado en el mantel e intentando incorporarse a trompicones. Los políticos se habían levantado y formaban con los camareros un círculo de risotadas que dejaba dentro al catedrático. El obispo se acercó, deslió al catedrático y lo ayudó a ponerse en pie entre las exclamaciones de decepción de quienes veían que se terminaba el espectáculo.

– Tenía que haberme dejado allí –dijo don Lisardo en la calle–. Tarde o temprano me hubiera levantado y, ya de pie, nadie me hubiese detenido.

– ¿Para hacer qué?

– Para darles la paliza que se merecen.

– En ese caso, mejor que lo haya sacado.

– ¿No me cree capaz?

– Por supuesto que sí, pero no hubiese estado bien.

Don Lisardo se quedó tan conforme con lo que pudo haber pasado como con lo que no pasó y enseguida le dio carpetazo al incidente y retomó el tema de sus investigaciones. En el transcurso de la plática, el obispo miró el reloj y el catedrático temió que lo dejase solo a cambio de otros menesteres. Para retenerlo un poco más, dijo de tomar una infusión en una cafetería cercana, toda forrada de espejos.

– ¿Qué hora es? –le pidió entonces el obispo.

Don Lisardo se la dijo y a continuación le preguntó si tenía algún problema con su reloj.

– No, ninguno, sólo que siempre está en las tres y cinco. Se paró hace un montón de años y ahí sigue –le contestó el obispo.

Había mucho de absurdo en la situación como para que interrogar no pareciera ofensivo, pero era muy difícil eludir una curiosidad tan provocadora.

– ¿Cómo, si lo he visto escrutarlo hace un momento? –observó don Lisardo.

– Es la costumbre.

– ¿Se ha acostumbrado a un reloj que no anda?

– Eso es. Es el mío de siempre. Me lo regalaron cuando me ordené y no me lo he quitado nunca.

– Pero lo esencial de esos aparatos es medir el tiempo. Si no lo hacen, ¿para qué sirven?

– Esa función no es tan esencial como pueda estimarse. De hecho, yo sé la hora sin que me la haya dado el reloj.

– Porque se la he dicho yo.

– ¿Ve? Mi reloj tiene dos funciones: una, medir el tiempo, que es totalmente prescindible, y, otra, proporcionarme seguridad. Si me pusiera uno nuevo, sabría la hora sin preguntársela a nadie, pero me sentiría inseguro.

Con estos y otros temas de conversación llegaron a la plazoleta de la cafetería de los espejos. Al rodear la última esquina y darse de bruces con ella, a don Lisardo le entró tembleque en las muñecas y en las rodillas y tentado estuvo de buscar alguna excusa para irse a otro establecimiento. Únicamente se recobró tras percatarse de que

no estaba la joven que le atraía.

– Trabaja aquí una muchacha guapa de verdad –dijo mientras aguardaban a ser servidos junto a una de las mesas próxima a la luna–. A su lado, estas que nos sirven se mueven entre los clientes como una manada de vacas.

Y dijo luego que cuando al acostarse cerraba los ojos, tejía ficciones con esa muchacha para borrar los pensamientos amargos.

– Lo que no sé es con qué ficciones borran sus amarguras los obispos –añadió después de un breve silencio.

– Con las mismas que usted, poco más o menos –le respondió el obispo.

– ¿Pensando en las muchachas?

– Pensando en lo que no se puede alcanzar más que con la imaginación.

Hablaron posteriormente de la imaginación y de si era un don divino o una inspiración del diablo. Don Lisardo dijo que era una forma de recorrer los caminos que no se toman y el obispo se extendió sobre lo que supone de mecanismo para mantenernos cuerdos, siempre que la imaginación no condujera al deseo.

Sobre el deseo charlaron a continuación. Primero, de una manera genérica, y, luego, mencionando cada uno algunas de sus aspiraciones insatisfechas.

– Dicen que los deseos son como el fuego y que debemos apagarlos antes de que nos quemen las entrañas, pero yo creo que sólo mueren cuando se consuman. Si no es así, aunque creamos haber acabado con ellos, nos hemos limitado a quitarlos de la vista. Eso es lo que solemos hacer la mayoría de los humanos. En realidad, casi todos tenemos en el alma un cementerio enorme de deseos enterrados vivos –dijo el catedrático.

Al obispo, hablar del deseo le daba reparo. Don Lisardo se dio cuenta de que por la boca de su amigo salía más lo correcto que lo sentido y le dijo:

–Ya sé que no debemos sacar a pasear a esos deseos que respiran bajo la tierra de nuestro jardín, ni siquiera en un libro de memorias, pero tampoco debemos vivir como si no supiéramos que existen. Conviene sincerarse siempre con uno mismo. Y conviene tener a alguien a quien abrirse si no queremos estar abocados a la locura. Usted, que oye en confesión a mucha gente que se cree pecadora sin serlo, sabe mejor que nadie a lo que me refiero. Hay quien le paga a un sicólogo porque no

tiene a quien le escuche, pero usted me tiene a mí. Aprovechese de ello.

Entonces, el obispo suspiró levemente, enmudeció durante unos segundos y dijo:

– ¿Desear? Yo lo he deseado todo: la libertad de los cínicos, la inteligencia de los sabios, la potestad de los políticos, la influencia de los ricos...

– Así no vale –lo cortó don Lisardo–. Esos deseos son demasiados voluminosos como para haberlos podido enterrar. Dígame, ¿no se ha enamorado nunca?

El obispo se quedó mirando al catedrático con los ojos entornados.

– No lo sé –dijo al cabo–. Tal vez sí. Quizá muchas veces. O puede que ninguna.

– Esa respuesta requiere una aclaración.

– He estado tan habituado a matar los sentimientos sospechosos desde su origen que no sé si lo que nacía era amor o era otra cosa.

– ¿Ninguno se le ha vuelto rebelde?

– Por grande que haya sido, ninguno ha sido más fuerte que mi voluntad de acabar con él.

Don Lisardo asintió.

– ¿Y respecto de su vocación? –dijo luego–. ¿Nunca ha pensado que pudo ser un error entrar en el seminario? ¿Nunca ha deseado una vida alternativa a la que tiene?

– Alguna vez, quizá –le contestó el obispo.

– ¿Alguna vez?

– Jamás me lo he planteado en serio. ¿De qué sirve pensar que hay un camino alternativo al que tomaste si ya no puedes volverte atrás, o si volverte y rectificar es más doloroso que seguir adelante?

– ¿Aunque el camino sea erróneo?

– Quizá todos los caminos sean igualmente válidos, o quizá todos sean igualmente erróneos. Quizá sólo dependa de la compañía en que se transiten.

“La compañía en que se transiten”, se demoró rumiando don Lisardo. ¿Y si el camino erróneo es precisamente la compañía? Nada dijo, sin embargo. La idea del

obispo era hermosa en aquel momento, en el que ambos marchaban juntos, y no quiso estropearla.

La conversación tomó luego un tono menos trascendente y, mientras hablaban, don Lisardo dedujo que el obispo y él eran en cierto modo almas gemelas, e incluso fantaseó con la quimera de que transitaban por el mundo tan a la vez y tan a destiempo como los dos pies de loto de una mujer china en una sociedad moderna.

– Aunque le parezca raro a mi edad, tengo más ilusiones que recuerdos –dijo don Lisardo mucho después.

Se hallaban en la puerta de la cafetería, despidiéndose hasta el día siguiente, y apenas unos segundos antes se habían declarado mutuamente el asombro con el que habían percibido el rápido paso de las horas.

– Hay tardes iguales que se engullen y no dejan huella y tardes como esta que se paladean y alimentan –interpretó don Lisardo.

Acto seguido, se estrecharon la mano y cada uno se fue a sus labores: el catedrático a la facultad, para velar un rato a la decana, y el obispo a su palacio, pues quedaba muy poco para el inicio de la misa.

En cuanto llegó a su destino, don Lisardo se aprestó a buscar al bedel de recepción, sobre el que el obispo le había advertido en repetidas ocasiones, pero ni lo localizó por ningún sitio ni los demás bedeles pudieron darle noticias recientes de él.

– Para mí que los bedeles están metidos en el ajo hasta los tuétanos –le dijo a don Jenaro.

– Pues yo veo la hortera influencia de la vicedecana por todas partes.

Don Jenaro había entendido que su colega se refería a lo alegórico de la decoración. Ambos se encontraban sentados en un banco traído de la capilla de las monjas y frente a ellos, en un enorme ataúd difuminado por el humo de varias barritas de sándalo que se incineraban lentamente sobre pebeteros de bronce, descansaba el menudo cadáver de la difunta.

– Fíjate cómo nos ha puesto de ramas de olivo los floreros –alegó don Jenaro.

Y luego, señalando a una espada que colgaba de una lámpara sobre la vertical del féretro, añadió:

– Por lo visto, simboliza el triunfo de las ciencias sobre la muerte.

Don Lisardo razonó que habiendo tantas cosas por hacer, perder el tiempo oyendo sandeces era hacerle ascos a la vida, así que saludó a la madre de la decana, que aceptaba los pésames sin enterarse de nada, y salió de la facultad. Por el camino de su casa, se acordó de su amigo el obispo y pensó que escribiría: “Algunas veces, es hermoso escuchar a los demás”.

– Algunas veces, es hermoso escuchar a los demás –le dijo a su mujer, que estaba viendo el telediario.

A lo que su mujer le contestó que en la cocina tenía la comida del mediodía muerta de risa y que si quería hacer algo útil entrara las macetas de la terraza, porque se iban a pasmar con la helada.

Capítulo VI

El llanto del obispo. Un funeral con mucha prosopopeya. El segundo crimen o la manera más extraña de encontrar un cadáver. Unas deducciones dignas del mejor detective de novela.

Aquella noche lo despertó un sueño terrorífico: uno a uno, todos los estudiantes de tercero confesaban arrodillados ante un confesionario que lo había matado y descuartizado como elemento central de un ritual satánico. En la oscuridad, el confesor no tenía rostro y sus blancas manos descansaban sobre los hombros del arrepentido. Cuando este acababa, el sacerdote lo reconfortaba diciendo: “Vete en paz, y no te preocupes demasiado, porque, aunque criatura de Dios, no era más que un cerdo”. Luego el pecador se levantaba y el rostro risueño del obispo surgía en el confesionario para llamar con un gesto al siguiente.

Entre las numerosas pesadillas y las urgencias de la próstata, don Lisardo se pasó la noche errando por el pasillo y tropezando con una esparraguera que su mujer había traído de la terraza para que no se pasmase con la helada. Al llegar la luz del día, probó a dormirse en el sillón de orejas donde solía descabezar el sopor de la siesta y el sueño lo venció enseguida, pero al poco se encontró de nuevo delante del confesionario y se despertó sobresaltado. Aquella repetición obsesiva, estimó mientras orinaba, bien podía ser parte de la misma confabulación que estaba sembrando de cadáveres el ámbito de la facultad, cuyos integrantes deseaban indisponerlo con su amigo el obispo. “No cabe duda de que los asesinos son alumnos de tercero”, se dijo, y lamentó que los pecadores de sus sueños aparecieran siempre de espaldas, porque de haberles visto la cara habría descubierto la identidad de quienes en la vida real estaban cometiendo aquellos abominables crímenes.

Las digresiones sobre la naturaleza de los sueños y su conexión con la realidad lo distrajeron en tanto se tomaba en la cocina un café con leche y unas cuantas galletas y, cuando terminó, lo llevaron a sentir curiosidad por los sueños de su mujer, a la que observó luego durante un rato para adivinar en sus rasgos tortuosos una señal aclaratoria. Nada vio en ellos, sin embargo, fuera de una placidez más

propia de bebés que de personas adultas, lo que le hizo conjeturar que estaba fantaseando con asuntos de mero trámite, como pelar una naranja o cambiar el canal de la televisión. “Si yo tuviera ese tipo de sueños, creo que me hubiese vuelto loco”, pensó, porque él creía que sueños así eran los que trezaban sin cesar los muertos recientes, en cuyo subconsciente ya no anidaba el miedo, sino una atroz añoranza de la cotidianeidad. “¡Hay que ver lo perfectamente adaptada que estás!”, dijo en voz alta: “¡Ya quisieran muchos soñar lo que viven!”.

Al oírlo, su mujer se removió un poco y sin abrir los ojos le preguntó:

– ¿Qué pasa?

– Nada. Estaba ensayando el discurso en honor de la difunta –mintió él.

A lo que ella, más dormida que despierta, contestó:

Si es de día, saca las macetas a la terraza.

Don Lisardo se puso de inmediato a cumplir la petición de su mujer y, en tanto lo hacía, le vino el sobresalto de que se le había olvidado pedirle al obispo que oficiara la misa de cuerpo presente del funeral de la decana. A fin de evitar un nuevo olvido, cogió el teléfono y llamó al obispado. Lo hizo hasta por tres veces en cinco minutos sin hallar respuesta en ninguna de ellas. Al cabo, supuso que su amigo estaba ocupado con algún pormenor de su oficio y, ante el riesgo de que no le cogiera el teléfono a tiempo, determinó visitarlo con urgencia. “¿No lo habré despertado?”, fue lo primero que le dijo cuando un cuarto de hora más tarde lo veía en la puerta del palacio episcopal. El obispo le respondió negando con la cabeza y lo invitó a seguirlo, de manera que ambos recorrieron callados los fríos pasillos llenos de santos, cruzaron la gran sala y arribaron a la salita de la mesa camilla, donde guardaron silencio mientras el obispo le echaba una lata de picón al brasero, que conservaba algunos rescoldos de la noche anterior.

– Se me olvidó pedirle que dijera la misa de la decana –dijo finalmente don Lisardo.

El obispo accedió con una frase hecha y al instante rompió a llorar como lo hacen los niños. Lloró durante unos minutos a lágrima viva, sin decir ni pío, ante la mirada serena del catedrático, que lo dejó hacer con la pericia del terapeuta más versado.

– Es que tengo motivos –se excusó al fin el obispo–: ahora estoy absolutamente solo en este inhumano edificio.

Y, a continuación, explicó que al volver a su palacio tras la jornada que mantuvieron juntos, había encontrado una nota del seminarista en la que le comunicaba que había perdido la vocación y se reincorporaba al mundo real.

– Con esta palabra lo decía, “real” –insistió.

Don Lisardo sancionó con la cabeza y, como tenía muy recientes sus lucubraciones sobre las causas y los efectos de los sueños, se aplicó a sí mismo algunas de las conclusiones a las que había llegado y dijo:

– Usted y yo somos muy parecidos. Y si yo no me paso el día llorando es porque libero en los sueños la tensión que me produce el galimatías en que se ha convertido la sociedad.

El obispo sonrió reconfortado y consideró que, de no haber pesado sobre ellos la obligación de acudir a la misa de la decana, se hubieran quedado hablando y bebiendo licor de granadas hasta emborracharse, como hace la gente común cuando tiene una depresión de caballo, a lo que el catedrático respondió que podían emborracharse de todas formas, porque ni las misas ni las plegarias iban a salvar a la decana de las garras de Satanás.

– No, iremos ambos a la misa, yo de oficiante y usted de devoto, y lo haremos en las mejores condiciones posibles: ya que no movemos un dedo por los otros cuando están vivos, al menos que recemos por el bienestar de su alma –zanjó el obispo.

Don Lisardo no quiso contradecir a su amigo, pero le ofreció otra manera de abandonarse.

– Si hoy no podemos divertirnos por culpa de esa pendeja, lo hacemos cualquier noche, tanto para emborracharnos como para andar de putas. Y no se preocupe por lo que cuesten, que yo pago –le ofreció.

El obispo dijo primero que no podía, porque ni iba con su condición ni le pegaba a sus muchos años, y luego confesó que nunca había estado a solas con una mujer.

– Si esta tarde seguimos con este ánimo, bebemos licor de granadas hasta

hartarnos, y que sea lo que Dios quiera –concedió.

Y en diciendo esto, se fue a la cocina a cocer unas flores de manzanilla y dejó a don Lisardo con la vista perdida en el sillón vacío. Cuando volvió, el catedrático ya pensaba en la investigación que tenían entre manos.

– No vi al bedel de recepción, y los demás bedeles no sueltan prenda –dijo.

Al obispo, que había sentido un pudor de adolescente mientras calentaba el agua, le vino muy bien el cambio de conversación.

– Ya ve usted, nosotros batallando con nuestros nimios problemas como si fueran mundos en tanto a nuestro lado cae la gente asesinada y los asesinos deambulan como si fuesen personas honradas –dijo.

Afirmación con la que don Lisardo no estuvo plenamente de acuerdo.

– No en vano –matizó–, en no pocas ocasiones es más terrible una vida de desazón que un asesinato.

Como el obispo puso peros a semejante tesis, el catedrático apoyó sus razonamientos con nutridas citas de sabios clásicos, contra las que el obispo enunció otras y formuló proposiciones nuevas basadas en la empírica del confesionario, lo que llevó a don Lisardo a lamentar que su contertulio hubiese obviado el necesario modo teórico de todo debate, de lo que el obispo se defendió alegando que en ningún caso había caminado por terrenos prefilosóficos, sino más bien lo contrario, pues sus juicios estaban fundados sobre la razón, aseveración que el catedrático quiso dismantelar extendiéndose en los mitos utilizados por su interlocutor y en otros mitos famosos esgrimidos por los filósofos religiosos, especialmente por los escolásticos, opinión que fue luego refutada por el obispo con el argumento de que los intelectuales laicos tenían por invención todo lo que no entendían, que era mucho, y aquí se exployó con detalles de los numerosos vicios que a su entender jalonaban la Filosofía de la Ciencia, que contrastó con las determinaciones claras de la Filosofía antigua, particularmente de la aristotélica, con lo que don Lisardo, que había permanecido callado durante un buen rato, no pudo sino estar en desacuerdo, y en su defensa alegó que en las motivaciones del obispo se reconocía a quien no había leído a los grandes positivistas, ni a los funcionalistas, ni a los estructuralistas, ni a ninguno de los sabios modernos, a lo que el obispo respondió que todos esos

científicos –y no dijo filósofos porque no quiso– andaban a la greña por un quítame allá esas pajas y sustituyendo unos saberes por otros en cuestión de días mientras que los sabios clásicos habían superado cuantas doctrinas habían querido oscurecerlos a lo largo de centenares y centenares de años, con lo que el catedrático se mostró en desacuerdo, aunque añadió que del saber tradicional echaba de menos sus métodos de enseñanza, que eran mucho más sencillos y más eficaces que los de ahora, como lo demostraba el hecho de que sin pedagogías ni sicologías y a base de sacrificio y de palo surgieran tantos sabios y tan buenos, lo que no fue refutado por el obispo y dejó el coloquio en un punto en el que, juntos y reforzándose mutuamente, criticaron el sistema actual, que según ellos dejaba a los jóvenes a merced de la más desorbitada molicie.

Y en ese momento, tal vez agotados de discurrir, miraron casi al unísono el reloj de pared que había junto a un cuadro en el que se representaba al ángel de la guarda guiando a un niño por una estrecha pasarela que salvaba un abismo y, como vieron que ya era una hora prudente, el obispo fue a la sacristía por los atavíos de la misa, que metió en una bolsa de plástico de una conocida tienda de moda femenina en la que dos feligresas le habían devuelto lavados un par de pantalones, tres camisas y la ropa interior de una semana.

– Ea, vayamos a decir esa misa y a ver qué nos aguarda en la facultad –dijo cuando estuvo de vuelta.

Al salir a la calle, se encontraron con la bendición de un magnífico día de sol, que disfrutaron yendo a pie por las calles peatonales del casco antiguo, a pesar de que algunos adolescentes que habían faltado a la escuela los señalaron con el dedo y profirieron vocablos y expresiones soeces con el único fin de provocarlos. No lo consiguieron y don Lisardo anduvo afectado por esa feliz congoja que sienten los caminantes sin rumbo, para quienes es menos hermoso lo perdurable que lo efímero, lo legal que lo furtivo y la memoria que el olvido. Aquel sol y aquel empuje eran propicios para imaginar que no estaban en una ciudad poblada por sus alumnos, sus compañeros y su mujer, sino viajando por una campiña ignota en busca de las aventuras más melodramáticas. Por un instante le dieron ganas de transmitir aquella sensación al obispo, que marchaba en silencio a su lado, pero el sol era tan

confortable que le costaba trabajo hablar y hasta salirse de los cauces por los que fluían sus ideas le parecía en extremo arduo. Sólo pudo articular palabra cuando tuvo a la vista el edificio de la facultad:

– Ahora comprendo lo que deben sentir los personajes del cine negro –dijo entonces–, porque, como ellos, me siento obligado a sobrevivir en un mundo absolutamente hostil.

El obispo asintió con la cabeza, como si le hubiera estado siguiendo el hilo de los pensamientos, y remachó:

– La realidad se asemeja más a las películas que a los sueños de la adolescencia.

Él se refería a cualquier película menos a las cómicas. Y, sin embargo, en las cómicas pensó don Lisardo cuando descubrió que su amigo se disponía a cruzar con la bolsa de plástico de una *boutique* en la mano la plazoleta a la que daba la fachada principal de la facultad, que estaba atestada de gente importante vestida con sus más solemnes galas.

– Deme usted que yo le acarree el bulto –se ofreció don Lisardo, que tenía el ánimo encallecido para las burlas contra él pero sufría mucho con las ajenas.

A lo que el obispo contestó, sin percatarse de los auténticos temores del catedrático, que la bolsa no pesaba tanto y, luego, que aún conservaba fuerzas suficientes como para transportar esa carga e incluso otra más pesada, si a ello hubiera lugar. Don Lisardo no podía dar más explicaciones sin avergonzar al obispo ni podía perseverar más sin llamar la atención de la concurrencia, que ya estaba pendiente de ellos, así que se limitó a hacer como que no sabía nada y cruzó la plazoleta detrás de su amigo y sufriendo en sus propias carnes las voces que repetían “dejen paso al eminentísimo y reverendísimo monseñor”, que se le antojaban de pura mofa, por más que el aludido no las percibiera de ese modo.

Un bedel que los esperaba en la puerta los condujo hasta el aula magna, donde saludaron al obispo la vicedecana, muchos profesores y todas las autoridades presentes, que eran las más altas de la provincia. Después, el obispo, en un gesto que conmovió a cuantos lo disfrutaron de cerca, se acercó a la anciana madre de la difunta y, tras ofrecerle unas palabras de consuelo, la bendijo y le dio un beso en la

frente. “Una oración por el eterno descanso del alma de nuestra hermana”, demandó luego en voz alta. A lo que la vicedecana respondió pidiendo que fuera pronunciada en latín, en honor a la difunta y por respeto a aquellos viejos y venerables muros. El obispo accedió gustoso e inmediatamente articuló la primera parte de un responso que fue contestado con murmullos y coronado con un alto y claro amén.

Mientras cerraban la caja, la vicedecana dio las últimas instrucciones sobre la ubicación de los asistentes al cortejo. “Y no se olviden las autoridades de guardar silencio durante el transcurso del acto”, reclamó finalmente, antes de que con un gesto severo ordenara a un grupo de profesores jóvenes que cogieran el ataúd y lo sacasen, lo que ellos hicieron sin mayor esfuerzo, pues aunque habían consagrado su vida al estudio y se les notaba la falta de ejercicio físico, el cadáver de la decana pesaba poco. Salió el féretro y detrás del féretro lo hizo el obispo, que aún llevaba cogida la bolsa de plástico, y detrás del obispo salió la decana, sosteniendo el birrete de la difunta con las dos manos a la altura del pecho, y detrás de la vicedecana salieron en dos filas los miembros del claustro, que iban vestidos con sus togas, y detrás de ellos lo hicieron las autoridades, que se dieron algunos codazos para coger una posición de más lustre, y detrás de estos lo hicieron los demás asistentes menos la madre de la decana, que se quedó sola en el aula magna, muerta de frío y sin saber muy bien qué era lo que estaba pasando.

El cortejo salió de la facultad y recorrió despacio el escaso trayecto que había hasta la capilla, a cuyas puertas se detuvo, pues la vicedecana había ordenado que permanecieran cerradas hasta aquel preciso momento para impedir que la multitud la abarrotase y dejara sin sitio a profesores y autoridades. Aprovechando aquel inciso, el obispo se dirigió hasta donde estaba don Lisardo y le pidió que hiciese de monaguillo. El catedrático aceptó sin pensárselo dos veces, aunque luego, en la sacristía, se dio cuenta de su ignorancia y le pidió al obispo que le fuera apuntando su papel, porque él había estado alejado muchos años de los actos religiosos y se había olvidado de las liturgias y casi hasta del padrenuestro.

– Si hubieran venido estudiantes, podía haberles echado un buen sermón sobre las penas del infierno, pero esos cabrones se creen que todos los días no lectivos son de fiesta y se habrán ido a tomar vermús a las terrazas del casco antiguo

–dijo luego.

El obispo no entró al trapo y le contestó que en funerales como aquel lo más atinado era homenajear al fallecido ensalzando alguna de sus virtudes, y que le indicase una que hubiera tenido la decana. Don Lisardo meditó la respuesta.

– Llevaba con bastante dignidad las formas atroces de su cuerpo –reveló finalmente.

– Entonces –respondió el obispo–, predicaré sobre la resignación cristiana.

Y sin conversar más, salieron de la sacristía y entraron en la capilla.

Nada más llegar al altar, el obispo se dio cuenta de que no había sistema de megafonía. “Usted hable fuerte, que esto es chico”, le dijo don Lisardo bajito, y el obispo así lo hizo, de manera que sus palabras viajaban con nitidez hasta las últimas bancas, aunque enseguida se percató de que la mayoría de los congregados se hallaban como ausentes. No tanto para que lo escuchasen, pues, sino más bien para que los reunidos se sintieran vigilados y atendiesen a la fuerza, determinó aprovechar que no había megafonía para pronunciar el sermón desde el púlpito barroco que había algo delante del altar, junto al muro de la izquierda, según la posición de los fieles. “Amadísimos hermanos. No. Queridos hijos míos. No. Hermanos del señor. No”, pensó el obispo, que siempre tenía ese tipo de dudas antes de empezar las homilias, mientras las tablas de la escalerita del púlpito crujían espantadas una detrás de otra por el daño de un peso al que ya no estaban acostumbradas. “Amadísimos hermanos, paz y alegría. Eso es”, maduró cuando se disponía a abrir la portezuela. Y, tras abrirla, todavía caviló “y digo paz y alegría en estas tristes circunstancias” antes de reparar que en el suelo, sentado contra el antepecho, reposaba el cuerpo del bedel de recepción, al que habían cosido a puñaladas.

Otro en su lugar se hubiera espantado, pero él no. Él tenía la sangre fría de quien ha llevado muchos viáticos a casas de moribundos, de quien ha oído en confesión a pecadores que tenían un pie en el más allá y de quien, obligado por razón de su empleo a conocer las condiciones divina y humana, somete su voluntad al albur de cualquier acontecimiento, previsto o imprevisto. De modo que su sobresalto fue liviano y la pequeña indecisión que siguió al descubrimiento del cadáver fue percibida entre los fieles como un ligero vahído causado por el esfuerzo de subir las

escaleras. Enseguida apartó con el pie derecho un brazo del bedel, que le entorpecía la ubicación más perfecta y, ligeramente inclinado hacia adelante, recorrió con la mirada la superficie de rostros que yacía a sus pies e inició el sermón a voz en grito con la siguiente frase, que el tornavoz se encargó de repercutir: “Pecadores, ¿adoráis a Satanás?”. Los asistentes lo observaron espantados. “Rechinarán vuestros dientes en cuanto deis el paso que conduce a la otra vida”, continuó él luego. De hecho, todo el sermón, cuyo contenido había trocado sustancialmente tras el hallazgo del muerto, estuvo dedicado a describir uno por uno los horrores del infierno. Y como buen experto en latines, lo hizo con el ritmo y la sintaxis más correcta, y como hombre de su época, perito en sicología y ducho en técnicas de información, empleó en ello los silencios y los tiempos más adecuados para provocar en el auditorio tensiones y desahogos, de forma que cuando acabó, en el sobrenatural mutismo de la capilla, hubo quien confundió el crujir de los peldaños de la escalerita con el crepitar de las llamas del averno.

“Fíjese usted si hay algún estudiante de tercero entre los asistentes”, le dijo el obispo a don Lisardo mientras con recobrada devoción se rezaba el credo. El catedrático, que escuchando el sermón había llegado a la certeza de que la huida del seminarista había nublado el buen juicio de su amigo, hizo lo que este le pedía sin demasiada convicción.

– Me suenan algunas caras, sólo eso –le respondió al terminar la misa, cuando el obispo quiso saber el resultado de la inspección ocular que había demandado.

Ambos estaban aún en el altar y los fieles se apretaban ante las puertas de salida.

– Los asesinos son de tercero, y al menos uno de ellos ha estado aquí –dijo el obispo, y añadió luego–: Mejor será que venga la vicedecana cuanto antes.

Don Lisardo, ya definitivamente preocupado, bajó del estrado a donde las autoridades y unos pocos catedráticos aguardaban con los profesores más jóvenes a que se despejase la capilla para sacar el féretro y transmitió el mensaje a la vicedecana, quien, en lugar de seguirlo, le contestó:

– ¡Que tengamos los agnósticos que aguantar a estos jinetes del apocalipsis!

El obispo, que recibió aquella respuesta por boca de don Lisardo, no se

inmutó y esperó pacientemente a que el cortejo estuviese a punto de iniciar su marcha para dirigirse a donde esperaba la vicedecana.

– ¿Es usted impresionable? –le preguntó a bocajarro.

La vicedecana creyó que el obispo se refería a las penas del infierno y le respondió que no.

– En ese caso, sígame, que le voy a enseñar algo ciertamente terrible.

El anuncio fue suficientemente rotundo como para que una mujer tan recelosa de todo como lo era aquella sintiese curiosidad y siguiera al prelado hasta el altar, desde donde don Lisardo había observado la escena. “Vengan conmigo los dos”, dijo el obispo tras asegurarse de que el ataúd con la decana había transpuesto el portón de la calle, y acto seguido los guió hasta la escalerita del púlpito, a cuyo pie les advirtió de que vieran lo que viesan contuvieran los estómagos, pues aquella plataforma era una obra maestra del barroco y podía deteriorarse irreversiblemente con los ácidos de la digestión.

Con tanta recomendación, la vicedecana se temió lo peor, sin saber qué debía entender por ello, y dudó, lo que fue aprovechado por don Lisardo para subir primero. “Creo que no deberías ver esto”, dijo, en efecto, el catedrático desde el último escalón, con la cara desencajada por el espanto. “Pero tiene que verlo”, lo corrigió el obispo. “Por algo es ahora la que manda”. Descendió el catedrático y dejó el paso expedito a la vicedecana, que más por no caer en la vergüenza que por convicción terminó remontando las estrechas escaleritas del púlpito, cuyos viejos peldaños apenas crujieron bajo su aéreo peso.

– El Señor tenga el alma de ese pobre pecador en su seno –dijo el obispo cuando la vicedecana titubeó ante la visión del cadáver.

A lo que añadió don Lisardo:

– Esos asesinos discriminan poco: lo mismo acaban con la jefa que con el más zafio de los bedeles.

Como la vicedecana seguía anclada en el horror, con la vista perdida y agarrada a la barandilla de las escaleritas como un pájaro disecado a la rama que le ha montado el taxidermista, entre el obispo y don Lisardo la destrabaron, la cogieron por las axilas y la trasladaron casi en volandas hasta la primera banca de aquel lado,

donde le golpearon los brazos y la cara al tiempo que la instaban a desempeñar con magnificencia su cargo, que era de mucha majestad y obligaba a grandes sacrificios, y más si tenía pensado presentarse a las elecciones a decana. Con tales auxilios, la vicedecana recuperó pronto su temple natural, como pudieron comprobar tanto don Lisardo como, especialmente, el obispo, al que dijo:

– Si la facultad dispone una misa por el alma de ese puerco, yo en persona me aseguraré de que no sea usted quien la diga: no soporto a esos curas rancios que para evitarnos los males de un dudoso más allá convierten a esta vida en un verdadero infierno.

Dicho lo cual, se levantó con unos bríos impropios de su frágil complexión y, tras pedirles por favor que avisaran a la Policía, recorrió el pasillo entre las bancas haciendo un ruido castrense con los tacones y salió a la calle, donde el cortejo había iniciado el camino del cementerio. Don Lisardo la siguió luego y cumplió su petición en plena vía pública con el móvil del obispo, pues él era contrario a ese tipo de aparatos y nunca llevaba consigo el suyo. Aún hablaba con la Policía, cuando salió el prelado con su bolsa de plástico en la mano y, elevado sobre las puntas de los pies, intentó curiosear por encima del muro frontero.

– ¿Se ha fijado usted en los edificios que dan a este tramo de la calle? –se excusó el obispo–. Un costado lo ocupa totalmente el edificio de la facultad, que por esta fachada tiene dos puertas, la de la capilla y la del área útil, en tanto el otro está compuesto por la tapia de la huerta de los capuchinos y por tres casas. Y fíjese bien lo que ha conseguido la Administración declarando, sin más, conjunto artístico a todo el casco antiguo: esas tres viviendas están abandonadas. Observe también que por la forma estrecha y curva de la calleja no se ven las bocacalles ni desde aquí ni desde muchos metros a ambos lados, y que tampoco se avista ningún edificio alto en la lejanía. Y repare, por último, en que en mitad de la bocacalle que da a la plazoleta hay un poste de hierro que impide el acceso de los coches.

Don Lisardo miró aquello sin comprender lo que le sugería su amigo.

– Pues tiene movimiento –dijo–. Por esta callejuela pasan a diario muchos estudiantes para ir a la facultad.

– En efecto –contestó el obispo–, pero tomarla para ir a cualquier otro sitio

supone dar un rodeo. Fíjese ahora en el estado de las luminarias: de los tres faroles que se ven, sólo uno tiene visos de funcionar, el situado en la zona central, que está entre la capilla y la parte no utilizada de la facultad. Los otros no tienen los cristales ni las lámparas.

– Eso tiene una explicación clara: recuerde que todos los gamberros de la ciudad acuden los viernes a las fiestas que organizan los alumnos de tercero, que son en esta parte del inmueble, tal y como ya le dije.

El obispo asintió con la cabeza y afirmó:

– Imagínese esta calleja de noche, a oscuras y en soledad, con un edificio vetusto y enorme flanqueándola por un lado y la vieja tapia de un convento y tres casas medio en ruinas por el otro.

– Lo estoy haciendo –contestó don Lisardo–. ¿Debo imaginarme también un asesinato en ella?

– No exactamente. A ese pobre diablo lo mataron en esta parte de la facultad y no anoche, sino antes.

– Si así es, ¿qué hace en un sitio tan extraño su cadáver?

– Los asesinos deseaban llevarse el cuerpo de su víctima para alejar las sospechas de la facultad, pero el edificio ha estado ocupado sin interrupción desde el momento del crimen a causa del velatorio de la decana y, por esa misma razón, utilizar esta callejuela para evacuarlo era correr un riesgo innecesario. El púlpito es un escondite, sólo eso, el mejor, sin duda, y más teniendo en cuenta que este sector del edificio carece de muebles y recovecos. ¿A quién se le iba a ocurrir buscar en un sitio tan expuesto a la vista? ¿A quién pisar en una plataforma que la megafonía ha convertido en inservible? Nosotros, sin ir más lejos, estuvimos ayer en la capilla y pasamos tranquilamente de largo.

– Quizá delante del cadáver.

– No lo creo.

– Usted mismo me alertó de que el bedel quería hablarle. Es probable que ya entonces temiera por su vida –dijo el catedrático.

– Casi seguro, y el intervalo transcurrido entre que lo vimos a él y pasamos por aquí fue lo suficientemente largo como para que en ese tiempo pudieran matarlo

y esconderlo, pero recuerde que no observamos vestigios de un crimen reciente, y tiempo bastante como para borrar las huellas no hubo –aseveró el obispo, quien añadió luego–: Déjeme ahora que le aclare por qué le pedí durante la misa que localizase a estudiantes de tercero. Es bien sencillo: aunque los asesinos creyesen que el muerto estaba perfectamente escondido, siempre tendrían una mínima desconfianza. El que yo decidiera subir al púlpito debió de ser para ellos un golpe muy fuerte. Por eso escudriñé a los fieles antes de empezar a predicar y por eso, mientras alumbraba a borbotones el sermón, no paré de indagar en los rostros más jóvenes una expresión desencajada. Quizá hubo quien perdió el control y se delató, pero los portones de la calle estaban abiertos y el contraluz me velaba un buen rodal de la capilla. Si hubiéramos descubierto el cadáver en privado, habríamos desenmascarado a los asesinos, pues nos bastaría con esperar a que vinieran a llevárselo. En las presentes circunstancias, sin embargo, sólo hemos aumentado nuestras certezas, que no es poco.

Don Lisardo hizo en voz alta un resumen de cuanto habían averiguado hasta entonces y lo confrontó con lo que los investigadores como ellos extraían de los guiones de ficción.

– Si esto fuera una novela y nosotros sus protagonistas, ¿cree usted que estaríamos muy cerca de la resolución del caso?

– No creo que quede mucho.

– Espero que lo consigamos antes de que haya otro muerto. Lo digo porque no me gustan los argumentos de criminales chapuceros o en los que hay una acumulación tal de asesinatos que tarde o temprano se genera un fallo mayúsculo del asesino. Yo soy más de un asesino inteligente y un solo asesinato.

El obispo, que no había dejado de mirar las copas de los árboles del huerto de los capuchinos, sonrió y, trocando los dilemas del catedrático por la cadena de sus pensamientos, dijo:

– Esos frailes deben de comer productos sabrosos y sanos, no cabe duda.

Ni al obispo le dio tiempo de explicarse ni a don Lisardo de reaccionar, porque justo en ese momento asomaron por el lado de la calleja que daba a la plazoleta los dos policías conocidos de ambos. Vestían con gabardina y sombrero –

aunque nadie excepto ellos lo usaba en aquella ciudad– y se conducían con el porte chulesco de los enterados.

– ¿Ve por qué digo lo de la acumulación de crímenes? –comentó el catedrático casi sin mover los labios–. Hay detectives como estos que más parecen carroñeros que sabuesos. Mírelos bien y dígame si no son absolutamente prescindibles en esta historia: sospechan de cualquiera, en especial de los inocentes, pero no descubrirían ni al que pillaran con las manos en la masa.

Aún no habían llegado hasta ellos los policías, cuando surgió por el otro lado de la calle una ambulancia, que fue a pararse justo en la puerta de la capilla. El obispo y don Lisardo, que debieron apartarse para dejarle sitio, vieron con asombro que de ella salían una médica, un enfermero y un conductor, pues lo que esperaban era el arribo del coche de una funeraria. Intercambiaron con la médica unas cuantas frases para ponerla al corriente de lo que se encontraría dentro y, luego, el catedrático le preguntó al conductor como habían logrado eludir el poste de granito que había en mitad de la bocacalle, a lo que este contestó:

– Mi idea era dejar el vehículo allí, pero decidí seguir al ver arrancado el obstáculo y, aunque raspando los retrovisores, hemos podido franquear las estrechuras.

– Pues va a tener que salir dando marcha atrás, porque por el acceso de la plazoleta hay un poste de hierro y no hay forma de dar la vuelta.

Ahí terminó la conversación. El obispo los llevó a todos a ver el cuerpo y, cuando lo hubieron examinado, el catedrático, el obispo y los sanitarios volvieron a la calle y los policías se quedaron en la capilla, “borrando con sus manazas las huellas que habían dejado los asesinos”, según dijo don Lisardo. Sólo unos cuantos minutos después, llegó el juez, que era un joven alto y enjuto, muy bien trajeado y con unas barbas lacias pobladas a rodales, quien ordenó levantar el cadáver tras haber rezado un responso con el obispo y haber inspeccionado el lugar muy concienzudamente.

– Voy a acompañarlos andando, que quiero ver cómo salen por la bocacalle – les anunció el obispo a los sanitarios cuando se iban con el muerto camino del depósito.

Don Lisardo se fue con ellos a instancias de su amigo, y también lo hicieron los policías, aunque nadie los había invitado, de manera que los cuatro anduvieron detrás del morro del vehículo muy despacio, e incluso deteniéndose, pues la menguada distancia entre pared y pared demandaba del conductor una velocidad mínima y una atención extrema a los retrovisores de ambos costados del vehículo, que, sin embargo, resultaron insuficientes cuando alcanzaron la bocacalle. Allí, el ambulanciero debió doblar los retrovisores y maniobrar durante un buen rato guiado por lo que le apuntaron los dos policías, colocados uno a cada flanco del vehículo.

– Fíjense en las dificultades que ese hombre, a quien como chófer de ambulancias se le supone una pericia añadida, ha tenido para sacar su vehículo. ¿Creen ustedes que un furgón como este o más grande y conducido por una persona menos experta sería capaz de salir sin ayuda? –preguntó el obispo como parte de lo que parecía un ejercicio mental.

Aunque hubo contestaciones, no se detuvo a escucharlas y se fue a la pared de un lado, en la que escudriñó con las manos y con los ojos. “Aquí hay un buen refregón”, comentó señalando la tapia del huerto de los capuchinos, como a unos setenta centímetros del suelo. “Y estas piedras tienen una raya a la misma altura”, indicó después de explorar la pared de enfrente, que era la de una casa habitada.

A unos cuantos metros, en la zona donde se ensanchaba la calle y apartado lo justo para no impedir el paso, se hallaba tendido el poste de granito. El obispo dobló el espinazo para mirar más de cerca en el lugar donde debía estar ubicado y dijo:

– Ya tenemos otra certeza: si no fuera porque mi condición de sacerdote me impide jurar, juraría que la noche en que mataron a la decana por aquí pasó un furgón. Y aún más: juraría que el poste de hierro del otro acceso de la calle también está arrancado.

Ante semejante alarde, los policías debieron hacer un esfuerzo muy grande para mantener la compostura. Uno de ellos, no obstante, avisó:

– Recuerde, monseñor, que nosotros entramos por allí.

– Lo recuerdo –contestó el obispo.

– Si alguien nos pidiera testimonio de la situación en que se encuentra el poste al que usted se refiere, no podríamos sino decir lo que han visto nuestros ojos,

y lo que han visto es que está derecho y bien aferrado al suelo.

Esa respuesta le sirvió al obispo para hablar de Santo Tomás, que había hecho una aseveración remotamente pareja cuando le dieron noticias de la resurrección de Jesucristo.

– Aunque aquella duda tenía que ver con la fe y esta, amigo mío, está relacionada con la razón –añadió luego–. Pero vayamos por partes. ¿Por qué no comprueban mi primera afirmación y preguntan a los moradores de esta casa cuándo descubrieron que se había quitado el poste de granito y si hace dos noches oyeron ruido de vehículos?

Los policías, que tenían un exiguo respeto por la alta dignidad del prelado pero mucho por su labia y su serenidad, hicieron lo que este les pidió y uno de ellos llamó a la puerta con tres aldabonazos cadenciosos y roncacos, como de película de terror, a los que, un poco más tarde, sucedió el ruido seco de un cerrojo y el lamento de unos goznes desengrasados. El obispo y don Lisardo se alejaron unos pasos y se pegaron a la fachada para no delatar su presencia a los moradores de aquella casa, que resultaron ser tres hermanas solteras, todas de más de setenta años y muy medrosas, quienes, según dijeron los policías luego, declararon que, aparte del normal de los golfos que acuden a las fiestas de la facultad, el único sonido que habían oído últimamente había sido el del motor de un vehículo, y de eso hacía dos noches.

– Lo recuerdan cabalmente por el asombro que les produjo, dado que la calle lleva muchos años cortada al tráfico –manifestó uno de los policías, que muy a su pesar añadió a continuación–: A otro día, se encontraron el poste de granito en el suelo.

Don Lisardo no pudo contener una carcajada triunfal.

– ¿No querrá usted decir que transportaron en un furgón el cadáver de la decana?

El obispo contestó que no, pero no quiso dar más explicaciones en tanto no viera el poste de la otra bocacalle, la que daba a la plazoleta de la facultad. Únicamente dijo:

– Si está como yo creo, ya tenemos bastantes certezas.

Mientras caminaban hacia la embocadura contraria, nadie preguntó nada. El obispo había actuado como esos narradores de argumentos misteriosos que dan el final por fragmentos y tanto los policías como don Lisardo tenían vocación de protagonistas de novela, de forma que recorrieron el escaso trayecto que los separaba de su destino con la afición por el desenlace que los personajes bien contruidos recorren las páginas en las que viven sus aventuras. De hecho, cuando vieron el poste de hierro que buscaban, cada uno de ellos respondió como cabría esperar de su respectivo papel, según la observación de un lector atento.

– Supongo que ahora nadie pondrá en duda lo que vimos –dijo uno de los policías.

A lo que replicó el obispo:

– Nadie puso en duda lo que vieron, pero quizá sólo vieron entonces y vean en este momento lo que los asesinos quieren. Yo utilizaría también otros sentidos antes de juzgarme tan seguro.

Que fue corroborado por el catedrático del siguiente modo:

– Cuando alguien tan experto en la fe les pide que duden, háganlo y duden. Ese es mi consejo. Yo, al menos, es lo que estoy haciendo.

Los policías dudaron, en efecto, y dejaron hacer al obispo, que dio una vuelta alrededor del poste mirándolo de arriba abajo, se paró, dejó la bolsa de plástico a un lado y una a una desenroscó con su mano derecha las cuatro tuercas de acero que fijaban la base al suelo.

– Prueben a hacer eso con cualquier otro poste o con los tornillos de las farolas –sancionó don Lisardo entusiasmado.

Los policías se acercaron y examinaron cuidadosamente la utilería de aquel milagro de la deducción como si comprobaran el atrezo de un mago.

– Si no fuera porque se trata de monseñor –dijo uno de ellos por último–, juraríamos que todo ha sido un montaje, porque no es posible que un pronóstico tan aventurado se cumpla con semejante precisión.

Don Lisardo aceptó de buen grado el reconocimiento hacia su amigo y pidió a este que explicase cómo había llegado a la conclusión de que los ojos les estaban engañando.

– Durante no sabemos cuántas noches ha estado ocurriendo algo siniestro en esta parte de la facultad, de eso no cabe duda –expuso el obispo–, y no me refiero a las fiestas pro viaje fin de curso que organizan los estudiantes de tercero. Sea lo que sea ese algo, precisa de más ambientación que los cuatro mostradores portátiles, la estantería de chapa y las cajas de cerveza vacías que nos encontramos ayer por la mañana cuando inspeccionamos el lugar. Estoy hablando de muebles, de aparatos, de objetos de decoración, de todo aquello, en suma, que se utiliza para hacer posible una actividad humana, que en circunstancias normales seguramente guardaban en alguna celda y que se vieron obligados a sacar a la carrera después del asesinato de la decana, pues delataba la ocupación y, con ella, el crimen que se había cometido.

A unos cuantos metros de donde se hallaban, ya en la plazoleta, había un estrecho rodal de sol. El obispo, que tenía los pies helados y se estaba quedando pasmado en la umbría de la callejuela, se dirigió hasta él y, una vez que tuvo cerca a don Lisardo y a los policías, prosiguió:

– Yo pensaba que esa suerte de mobiliario había sido sacado por la puerta principal, a pesar del riesgo de ser descubiertos que los asesinos y sus cómplices corrían, pero cuando vi entrar al furgón de la ambulancia me di cuenta de que la noche del crimen pudo haber entrado un vehículo de similar tamaño con un móvil mucho más siniestro, el de eliminar los muebles que delataban la inconfesable actividad de los criminales.

– Aún no encuentro justificación al enigma de los postes –dijo uno de los policías.

– Porque todavía no ha terminado. ¿No es así? –terció don Lisardo.

El obispo sonrió, complaciente, y continuó luego:

– Todo lo que entra sale, y la ambulancia acabó saliendo, pero la lección que nos dio fue rotunda: un conductor experto y con muchas circunstancias a favor requirió auxilio y hubo de realizar múltiples maniobras para salir.

– O sea, que en otras circunstancias, no le hubiera cabido más solución que salir por la plazoleta –remató don Lisardo.

– En efecto. Imaginen conmigo que son los criminales y necesitan sacar urgentemente un mobiliario de la zona no aprovechada de la facultad. No pueden

utilizar la puerta de salida más cercana, porque está cortada al tráfico de vehículos, pero tampoco pueden usar la puerta principal porque, aunque cuentan con la complicidad de uno o más bedeles, se verían expuestos a las miradas de los vecinos y de los transeúntes. Entonces, ante la falta de alternativas, alguien sugiere la idea de quitar el poste de granito, que está unido al suelo con mortero, para volver a colocarlo después. ¿Quién, al día siguiente, relacionaría el cemento nuevo con un cadáver encontrado muy lejos? Como en la confusión del momento parece lo más prudente, se ponen manos a la obra, y mientras unos recogen el mobiliario, otro va por un furgón usurpado, probablemente a la empresa del padre de uno de ellos, y un tercero quita el poste. No mucho más tarde, el vehículo, que ha logrado pasar por las estrechuras con grandes dificultades, está cargado junto a la puerta, dispuesto para salir por el mismo sitio que ha entrado. Recuerden ahora los aprietos del conductor que hemos visto y pónganse en situación: una calleja muy mal iluminada, un conductor inexperto y nervioso, el vehículo con los retrovisores exteriores doblados, que roza ambas paredes y se araña, la ayuda de alguien que no puede dar órdenes a voces, el alarmante ruido del vehículo y el hecho de que, tal vez, esté obligado a realizar más viajes y, en consecuencia, a efectuar esas maniobras en más ocasiones, hacen que, finalmente, no quede otro remedio que salir de frente, por la bocacalle que da a la plazuela. El poste allí es de hierro y está pegado al suelo con tornillos. Para quitarlo, aprovechan el juego de llaves del coche. Desconocemos cuántas veces hicieron el recorrido y si sacaron el cuerpo de la decana en ese vehículo o en otro. Lo que sí sabemos es que no instalaron el poste de granito, seguramente porque no disponían de mortero, y que se limitaron a plantar el poste de hierro y a apretar las tuercas con la mano, quizá porque tenían las llaves en el furgón y este ya se había ido.

Don Lisardo sonrió, cada vez más satisfecho de ser amigo del obispo. En otro lugar de más substancia, aquel hombre habría alcanzado las más altas cotas de la fama, se dijo, pero en aquella ciudad perezosa y sumisa había sufrido los mismos desaires que él y en lugar del loor y la gloria de los triunfadores había conseguido de sus convecinos el carisma lírico y huero de los fracasados.

– Después de todo lo que sabemos, no es difícil suponer quién mato a la

decana –prosiguió el obispo, con lo que espantó los ensueños de los policías, que aún andaban reconstruyendo la escena de la evacuación.

– ¿Quién fue? –preguntó enseguida uno de ellos, anticipándose por poco al otro.

Pero el obispo, que por razón de su cometido era muy dado a la liturgia, no quería ventilar aquel trance de cualquier manera y dijo:

– Alguien no muy listo, pues tenía adjudicada la labor más fácil de la organización, falta de reflejos, pues se dejó arrebatarse la capucha por una persona mayor, dependiente de la víctima, pues temió su venganza, y bastante estúpido, pues reaccionó con escasa inteligencia.

– No muy listo, falta de reflejos, dependiente de la víctima y bastante estúpido –recapitularon a medias los policías mientras buscaban nombres y rostros en sus mentes desordenadas.

Fue inútil, claro, y el obispo, continuó con su exposición, para la que ahora interesaba el golpe de efecto.

– Por acabar pronto –dijo–, yo creo que fue el bedel de recepción, ese infeliz que hemos encontrado cosido a puñaladas.

– ¿El bedel? –saltó don Lisardo.

– En efecto. Dado el protagonismo que ese laberíntico edificio tiene en este feo negocio, lo lógico era pensar que los bedeles, las personas que mejor lo conocen, no se hallaran del todo ajenas a lo que sucedía dentro de él. Sospeché de ellos desde el principio, y más después de oír de sus labios –dijo dirigiéndose a don Lisardo– lo que le había sucedido en el cuarto de los avíos. Del que no sospeché fue del bedel de recepción, al menos no especialmente. Fue lo que usted me contó sobre la lámpara de velas lo que me indispuso contra él.

– ¿Qué le contó? –en los recuerdos del catedrático no había nada que pudiera inducirlo a la sospecha.

– Me dijo que lo había descubierto sentado en el batiente de una puerta que da a la calleja y que, cuando iba con él camino de su despacho, vieron a un estudiante que estaba encendiendo las velas de la lámpara que hay en la antesala de la zona no utilizada del inmueble. “La decana dice que si no chorrean cera pierden la gracia de

la vida”, me aseguró usted que le explicó entonces el bedel.

– Eso fue lo que alegó.

– En un lugar tan dado a la extravagancia como lo es esta facultad, aquella parecía una excentricidad más, en especial teniendo en cuenta que la supuesta orden venía de una mujer que había llenado el edificio de ficus, gatos romanos y peces de colores. Sin embargo, la noche del primer crimen usted cogió a instancias de la decana una vela de la lámpara que había en el zaguán de la biblioteca, y estaba tan lisa que la creyó de plástico. Si la decana quería chorreones en las velas, ¿por qué los tenían las de un lugar que no se aprovechaba más que para las fiestas de los estudiantes y no las de la entrada de la Biblioteca, que está permanentemente a disposición de todos los miembros de la facultad?

El obispo se paró, como el profesor que demanda de sus alumnos una pequeña reflexión, y dijo luego:

– De aquel detalle obtuve dos conclusiones: que el epicentro de los hechos a revelar se hallaba en la parte desocupada del edificio y la implicación del bedel en los mismos.

– Sí, ¿pero por qué fue asesinado? –preguntó uno de los policías.

– Porque estaba poniendo en peligro a la organización.

– Esa es una afirmación muy aventurada, ¿no cree?

– No tanto: el bedel de recepción se dirigió repetidas veces a don Lisardo para conversar con él de un asunto de su máximo interés relacionado con el crimen, y lo hizo a la luz del día y a la vista de la gente. Para don Lisardo, aquel hombre era un necio y, como tal, no podía aportarle sino necedades, esto es, una información inútil que le serviría exclusivamente para enredar la investigación. Que era un necio parece un hecho objetivo, y, en ese caso, así es como debían estimarlo sus compinches. No en vano, había cometido la necedad mayor de todas, asesinar a la decana, un crimen que orientaba la lupa policial hacia la organización.

– ¿De qué organización estamos hablando? –demandó el catedrático.

– Sólo sabemos que es una sociedad secreta y que entre sus fines no está el asesinato. El bedel se extralimitó en su función, que era la de asustar, lo que predispuso a la organización en su contra, y luego quiso hacerlo partícipe del secreto

de un modo que se nos escapa, pero que fue percibido desde dentro del grupo como una cuestión de supervivencia.

El sol caía plácidamente sobre ellos y enlentecía el uso del pensamiento. Había que dejar tiempo entre reflexión y reflexión para que la mente digiriera con bien cuanto se le iba dando.

– Que el culpable sea el muerto nos lleva a un callejón sin salida –dijo uno de los policías tras un largo silencio–. ¿O sospecha de alguien en concreto?

– Conocemos que varios estudiantes de tercero son miembros del grupo y podemos hacer algunas cábalas sobre la forma en que fue asesinado el bedel – respondió el obispo–: por ejemplo, ¿no les ha extrañado lo grande de la carnicería, más propio de un crimen pasional que de una ejecución? Da la impresión de que cada puñalada fue asestada por una mano diferente y es un compromiso de sigilo.

– Cómo en *El asesinato en el Orient Express* –dijo don Lisardo–. ¿Han leído ustedes esa novela de Agatha Christie?

El mutismo fue la respuesta. Unos cuantos segundos más tarde, continuó el obispo:

– En las novelas de misterio la trama es muy sencilla y la respuesta última es siempre el nombre del asesino. En la realidad, en cambio, el nombre del asesino es sólo parte de la gran trama que es el ambiente en el que se mueven los personajes.

– De acuerdo, pero si esta realidad que vivimos fuera una novela y nosotros algunos de sus protagonistas, lo que de verdad le interesaría al lector sería detectar la identidad del asesino –alegó don Lisardo.

– No lo creo. En todo caso, ni esto que vivimos es una novela ni yo doy la talla como personaje bien caracterizado, pues no tengo más que contradicciones y me hallo navegando en un mar de dudas. Para mi reducido entendimiento, el gran enigma de esta historia es lo que ocurre en la zona no utilizada de la facultad, y si yo fuera uno esos lectores a los que usted se refiere, sólo seguiría pasando páginas por el afán de descubrir lo que de horrible se oculta entre esos añejos y sombríos muros.

– Que no serían muchas, al parecer, pues apenas queda que estos señores detengan a los estudiantes de tercero y los interroguen por separado aplicando esos métodos tan expeditivos que salen en algunas películas.

– Lo que tenemos hasta ahora se asienta sobre las bases de la lógica, pero no es más que teoría. No podemos acorralar a los estudiantes con procedimientos que repugnan a nuestra conciencia, y si los estudiantes se niegan a hablar, no será posible probar su culpabilidad, que es de lo que se trata. Fíjese usted, que es tan aficionado a la literatura de misterio, cómo en los cuentos y en las novelas de Sherlock Holmes salen muy pocos abogados.

– Es cierto, no había reparado en ello –contestó don Lisardo, que había rechazado la idea de comparar aquella peripecia con las vividas por Sherlock Holmes porque no se encontraba cómodo en el papel de Watson.

– Porque un abogado mediocre, con muy poca dedicación y un libro de formularios, podría destruir sin mayores problemas la hipótesis que les he construido, y quizá un error comparable quería evitarse Sir Arthur Conan Doyle –explicó el obispo.

Los policías, tras la prudencia a que los obligaba el hilo de la conversación, creyeron llegado el momento de hacerse presentes, y uno de ellos dijo:

– Habría que investigar, por ejemplo, qué estudiante dispone de un furgón.

El obispo asintió con la cabeza a la vez que hacía un gesto de recelo.

– Por ejemplo –dijo luego–, pero quizá ni eso haga falta. Si me permiten la sugerencia, yo haría hoy mismo una inspección muy aparatosa del todo el edificio de la facultad, especialmente del sector no utilizado, y acto seguido declarararía que no se ha hallado nada sospechoso. Quizá sea suficiente para que la organización se sienta a salvo y vuelva a su actividad normal. De esa forma, podremos cogerlos en plena acción y sabremos cuál es la causa última de los crímenes, que ha de ser forzosamente el principal argumento de la inculpación.

– ¿Y si en esas entremedias se producen nuevos crímenes? –preguntó el otro policía.

– Si mi teoría es la correcta, los crímenes han supuesto un grave revés para la organización. No creo que exista verdadero riesgo de que se produzcan otros.

Y tal vez como prueba de conformidad, don Lisardo y los policías trocaron la plática por otra sobre la plazoleta, de la que alabaron mucho el silencio, el sol y la quietud.

– Prevengan lo necesario para hacer durante la noche de mañana una redada.

– ¿No será demasiado pronto? –cuestionó uno de los policías.

– Me figuro que no. Los criminales se sentirán enseguida seguros. No molesten a los sospechosos y hagan correr la voz de que están indagando en algún lugar muy ajeno a la facultad. Entre tanto, yo pediré permiso a los capuchinos para asomarnos por la tapia de su huerto.

Los policías manifestaron que actuarían punto por punto como se les había indicado, de lo que se congratuló sobremanera el catedrático, quien, cuando posteriormente se despedía de ellos, les estrechó la mano en tanto ensalzaba con profusión la camaradería que debe actuar entre agentes de la autoridad e investigadores privados.

– Al fin y al cabo, el fin que nos une es el mismo –concluyó.

Sólo unos segundos después, percibió una suerte de miedo escénico ante los lectores de sus historias, que podían ver en aquel cambio de actitud hacia los policías una señal de debilidad, y le dijo al obispo:

– En las películas y en las novelas, quedan muy mal los rencores.

Y también dijo que lo invitaba a comer a un establecimiento de postín, lo que el obispo aceptó a su estilo, esto es, sin negarse. Don Lisardo, mientras caminaba por las aceras de sol, supuso que el narrador de su historia describiría el entorno que los separó del restaurante de la siguiente forma: “Los transeúntes con los que se cruzaban tenían un cierto extravío mental, como si el sol les hubiera descuajaringado los pensamientos”. Cuando se lo confesó al obispo, este se dejó la razón trabada en el verbo de la última oración, descuajaringar, pero le contestó que sí, lo que devolvió al catedrático a la ristra anárquica de sus propias reflexiones, en las que estaba su mujer, que sacaba las macetas a la terraza, el obispo, que traducía del latín algunos versos de Ovidio, y, entre otros personajes más, la muchacha de la cafetería de los espejos, que preguntaba a sus compañeras quién era aquel hombre de mirada triste, tan dulce y tan perseverante, que todas las noches escribía poemas en la mesa del rincón mientras se bebía media botella de anís.

La casualidad hizo que pasaran, precisamente, frente a la cafetería de los espejos. Al ver el cartel que la anunciaba, el obispo sintió que crecía la sequedad que

tapizaba su garganta y dijo:

– Si pudiera, lo invitaba a tomar una cerveza, pero por desgracia tengo los bolsillos vacíos.

A lo que don Lisardo contestó:

– Eso es que estaba de Dios, porque yo no lo hubiera consentido. Tomaremos una cerveza o dos o las que hagan falta, que aún es pronto para comer y dar la espalda a una charla con usted sería tan estúpido como desairar a la fortuna.

La posibilidad de encontrarse con la muchacha que tanto le había impactado días atrás, no obstante, le produjo una turbación parecida a la de los adolescentes enamorados, que trocó por una enorme decepción cuando se dio cuenta de que la muchacha no estaba. Se sentaron junto a una mesa desde la que podían observar por completo los movimientos del local y pidieron dos cervezas bien frías de las que dieron cuenta en un par de tragos apresurados.

– Hoy tampoco ha venido –dijo el catedrático entre trago y trago–. Con el día que hace, lo lógico es que los jóvenes se vayan a retozar a los parques. Lo contrario sería tanto como menospreciar a la naturaleza.

El obispo no supo a quién se refería ni hizo nada por enterarse. Asoció intuitivamente la forma en que su amigo había concluido sus dos últimas intervenciones (desairar a la fortuna y menospreciar a la naturaleza) y juzgó que lo mejor era abandonarse a la galbana, dejar ocioso el pensamiento y darle gusto al cuerpo. Por eso, en cuanto don Lisardo le propuso tomar otra cerveza, dijo enseguida que sí, como dijo que sí a todo lo que el catedrático le propuso en la conversación que siguió, de la cual no le quedó huella alguna.

– Ponga usted otras dos cervezas –pidió don Lisardo más tarde, eufórico ante el campo abierto que le tendía su contertulio.

– Pero que sean las últimas –remachó el obispo–, no vaya a ser que esta gente acabe pensando mal del que, por ser su pastor, debe mantenerse juicioso y alerta incluso en las peores circunstancias.

– No se preocupe, será la última.

No lo fue, sin embargo, y todavía pidieron dos más, las cuartas. Al cabo, el obispo se exploró y se notó tan recio y tan cuerdo como al principio, pero mucho más

animoso.

– A cualquiera le viene bien echar una cana al aire de cuando en cuando –dijo don Lisardo al ver que su amigo sonreía por primera vez desde que lo había conocido–, pero mucho más a quien ejerce un oficio de tanta soledad como el de pastor.

– ¡Si al menos hubiera unas cuantas ovejas descarriadas que salvar! –se lamentó el obispo.

– ¿Pues no las hay? ¡Si parece que todo el mundo anduviese descarriado!

– Eso le digo, que cada oveja va por un lado sin echarle cuentas ni al pastor ni a las otras, y así no es factible conducir un rebaño.

– Utilice unos pocos perros, un buen cayado y pedradas a discreción y verá qué pronto vuelven las ovejas a su verdadera naturaleza, que es la de ser obedientes y necias.

Con algunas pequeñas digresiones más, mantuvieron la charla hasta que llegaron al restaurante, ante cuya puerta el obispo quiso darla por concluida con una pregunta que llevaba trazas de duda existencial y para la que no esperaba respuesta.

– ¿Serán más felices las ovejas ejerciendo de ovejas? –dijo.

A lo que don Lisardo, no obstante, contestó:

– La felicidad y la desgracia son atributos de los pastores. Las ovejas no tienen estados de ánimo, sino necesidades primarias. Cualquier buen pastor lo sabe.

Entraron luego en el establecimiento, que tenía en la primera parte una amplia y bulliciosa taberna, y tras recorrer precedidos por un distinguido sirviente una larga galería acristalada, desembocaron en uno de los varios comedores, donde ocuparon una mesa para cuatro en la que, una vez retirados los cubiertos sobrantes, el camarero colocó dos botellas de vino, una de tinto y otra de blanco, que las más altas autoridades de la provincia, reunidas en una mesa próxima a la suya, tuvieron a bien remitirles junto con un mensaje que hablaba de admiración y respeto.

– A estas alturas, me sobra todo –comentó el obispo–. Por lo que a mí respecta, no pienso beber sino agua.

– Entonces, tendré que bebérmelo solo –respondió el catedrático.

Como la amenaza era poderosamente creíble, el obispo resolvió compartir el

vino con su amigo. Si ambos bebemos igual cantidad, se dijo, me daré cuenta de cuándo estamos bebiendo de más y haré lo posible para que este hombre lo deje. De modo que los dos fueron bebiendo a la par, y como el obispo se encontraba bien, por no decir cada vez más contento, siguieron trincando hasta que se acabaron las botellas.

– Hemos comido, gracias a Dios –consideró el obispo al terminar los postres.

Y fue decirlo y sentirse como abrazado muy estrechamente por el pecho, y como si le subiera un turbión de calor desde los adentros hasta las mejillas.

– Me ha sentado mal el cordero –aseguró entonces.

– No hay remedio más eficaz que el anís para estas ocasiones, porque es digestivo y carminativo. Tómese una copa hasta los bordes, verá cómo se mejora –le sugirió don Lisardo.

El obispo hizo lo que le aconsejaba su amigo y se tomó el anís a fuerza de voluntad, como el que se toma un jarabe, y otro tanto hizo el catedrático, aunque en su caso no fue como remedio, pues según reveló se hallaba perfectamente, sino porque le gustaba y como prevención.

– Ahora le propongo tomarnos un café y un cubata en una terraza y fumarnos tranquilamente un purito –dijo por fin don Lisardo.

El catedrático construía las frases con más o menos corrección, pero se embarullaba mucho al pronunciarlas, lo que no pasó inadvertido al obispo, quien ni podía dejar sólo al catedrático ni acompañarlo a una diversión que tenía síntomas de concluir en parranda.

– Mejor nos vamos al palacio episcopal y estudiamos los detalles de los asesinatos –propuso el prelado.

Don Lisardo picó el anzuelo enseguida y juntos subieron al taxi que llamó un camarero a instancias del propietario del restaurante, el cual, al verlos que esperaban abrazados y sin embargo se movían, salió a la puerta a acompañarlos y les ayudó a entrar en el vehículo, e incluso pagó con un billete grande la carrera y el silencio del taxista.

– Buen detalle el del dueño del restaurante, pero su generosidad no compensa los destrozos que está provocándole el cordero –balbució por el camino el

catedrático, quien añadió luego—: A mí, en cambio, el cordero me ha sentado estupendamente.

— Debe ser porque estoy más acostumbrado a los ayunos que a comer tanto — respondió el obispo.

Aunque hablaron, no puede decirse que fuera conversación lo que tuvieron hasta que arribaron al palacio, ni lo que cultivaron mientras franqueaban los pasillos llenos de unos santos que amenazaban con caerse de sus pedestales, ni lo que alimentaron cuando llegaron a la salita de siempre y se derrumbaron en sendos sillones como se hunden los edificios ante el impulso destructor del explosivo dispuesto por los técnicos, envueltos en una polvareda de imágenes desordenadas.

Capítulo VII

Este palacio no se vende. Una visita al convento de los capuchinos. A una cena así hay que acudir cenado. Lo que vieron desde el dormitorio de las gallinas. Unos personajes a la altura de las circunstancias. El descubrimiento del enigma.

A don Lisardo lo despertaron pronto las urgencias de la próstata. Medio dormido y todavía afectado por los excesos del mediodía, buscó un cuarto de baño entre el laberinto de corredores y orinó al fin en un arriate del patio porticado, junto al arrugado tronco de una parra. Luego volvió a dormirse y tornó a orinar en el mismo sitio y se durmió de nuevo. En realidad, no se despertaron plenamente hasta que, ya bien entrada la noche, el obispo quiso darle un meneo al brasero y se dio cuenta de que con todo el jaleo de la mañana se le había olvidado añadirle picón.

– ¿Sobre qué hora será? –le preguntó como sin querer a don Lisardo, que se había levantado para sofocar una nueva urgencia, la tercera.

– Más de las diez –le contestó el catedrático–. Buena hora para irse de parranda, como dijimos.

El obispo tardó en asimilar la salida de tono de su amigo.

– No creo haber afirmado nada semejante –alegó después–, pero si lo hice, me desdigo en el acto, porque no le pega ni a mi condición de clérigo ni a las rutinas de mi organismo: recuerde lo mal que me ha caído el cordero.

Don Lisardo, a quien le estaban como ardiendo las entrañas, en lugar de responderle le pidió información sobre la ubicación de un servicio, aunque por lo arduas que fueron las explicaciones que recibió se dejó guiar prontamente por la querencia del patio porticado, donde orinó ronroneando de placer y a oscuras. Cuando regresó a la salita, el obispo lo vio magullado y creyó que se había tropezado con las armas de verdad de algún santo guerrero.

– Me he enredado en un rosal del patio. Pero no se preocupe, que ya me había subido la bragueta –lo corrigió don Lisardo.

– No hay quien los pode y, claro, crecen y crecen con la determinación de las zarzas más bravías –se disculpó el obispo.

Aunque las heridas del catedrático no eran ni muchas ni profundas, el obispo insistió en curárselas arguyéndole que se podían infectar por las cagadas de los pájaros y fue hasta una sala en la que, según creía recordar, guardaba en un chinero una botella de agua oxigenada de cuando había seminaristas adolescentes que se herían jugando por los corredores. Pero volvió sin la botella y con el mal semblante que dejan las preocupaciones repentinas.

– Debí suponer que después de tantos años se había disipado –dijo, y luego–: Hoy, por primera vez en mi vida, se me ha pasado decir la misa, y era la misa de la catedral.

El catedrático comprendió la gravedad de aquel olvido y se abstuvo de proponerle consuelos desvergonzados con los que mitigar su disgusto. Sólo le apretó el hombro y, con una sonrisa en los labios, le dijo que creía un poco más en Dios desde que lo conocía a él, y que si Dios existía y era justo y bueno, no se lo tendría en cuenta.

– Como la noche va a ser larga, porque hemos matado el sueño con una siesta propia de niños chicos, ¿por qué no trae una baraja de naipes y echamos unas partiditas? –añadió a continuación.

El obispo, que le tenía miedo a las dudas de la soledad, respondió enseguida afirmativamente, pero antes de ir a buscar las cartas sugirió al catedrático que telefonara a su mujer, no fuera a estar preocupada.

– Lo haré –le contestó don Lisardo–, aunque no creo que sea necesario, porque la tengo acostumbrada a toda clase de retrasos.

Lo hizo, en efecto, y así se lo declaró al obispo, quien regresó al cabo de unos minutos con un par de mantas palentinas y una baraja de cartas de mujeres en bañador que había confiscado a un seminarista sin vocación cuando las mujeres de tal guisa provocaban diarreas mentales en los corredores del palacio. Algunas cartas estaban dobladas, otras comidas por los bordes, otras con pequeños arañazos y todas en general conservaban tantas huellas de su uso que el obispo hubo de disculparse algo sonrojado con el argumento de que ya las tenían cuando las encontró. El catedrático les echó un vistazo y dijo que aquellas señoritas estaban un poco flacas para su gusto y que él prefería la abundancia, que es más mundana y libidinosa.

– ¿No lo cree usted? –porfíó.

Pero el obispo, que estaba bastante azorado, no quiso adentrarse en una conversación de la que no podría salir sin hematomas y, tras concertar el tipo de juego con su amigo, lo instó a que se dejara de gaitas y repartiera.

Estuvieron jugando hasta que, despuntando el día, cogieron un sueño tan sosegado y tan profundo que, cuando varias horas después llamaron a la puerta, ambos creyeron despertar en su cama de siempre.

– Estas mantas dan un calor tan confortable que desconcierta –se excusó don Lisardo.

El obispo salió sonriendo y volvió luego de un rato con un hombre joven, enchaquetado deportivamente, de barba corta y ademanes gentiles y suaves.

– Es el delegado de Cultura –lo presentó el obispo–. Viene a menudo a insistirme para que le venda el palacio a la Administración.

– Es que la Delegación actual se nos ha quedado chica –arguyó el delegado–, y estos edificios antiguos pegan mucho para una entidad de tanto señorío como la nuestra.

– ¿Y no pueden ocupar los de Cultura parte de la sede de Educación? –preguntó don Lisardo, que se justificó rápidamente de la siguiente forma–: Lo digo porque como cada vez se dedican más recursos a la Cultura y menos a la Educación, el edificio donde se ubica esta última debe de estar casi vacío.

El delegado se rió mucho con lo que consideró una ocurrencia, aunque no hizo comentario alguno al respecto.

– Lo que me extraña –continuó don Lisardo después de que el obispo lo hubiera presentado– es no haberlo visto nunca comiendo con las autoridades, con lo aficionados que son a los festejos todos los cargos de Cultura que conozco, que son muchos.

– Porque no voy. Siempre me inventó una patraña para poder comer en mi casa con mi mujer y mis hijos –dijo él.

El prelado aprovechó que lo sensato de aquella respuesta había relajado el coloquio para preguntar a sus invitados si querían un chocolate y unas tortas de manteca, a lo que ambos contestaron afirmativamente, por lo que se fue enseguida a

cumplir con su papel de anfitrión y el delegado y don Lisardo se quedaron hablando de las mantas palentinas o, más bien, el delegado hablando de las mantas y don Lisardo, al que jamás se le hubiera ocurrido que semejante tema pudiese dar tanto de sí, oyéndolo desde ese lejano y cómodo rincón que es el desdén. Al cabo, volvió el obispo con una bandeja en la que traía tres humosas tazas y un plato de tortas de manteca que el delegado alabó con autoridad porque las conocía previamente, aunque a la nada amenazó con retomar el tema en el que tanta erudición había mostrado.

– Don Lisardo y yo estábamos departiendo sobre las mantas y yo le revelaba... –dijo.

– Deje al señor obispo que bendiga los alimentos que vamos a comer –lo cortó el catedrático, temiéndose con motivos una nueva perorata del político.

– En ese caso, apartaré mi chocolate y las dos tortas que tengo pensado comerme, a fin que no le afecten los rezos, pues soy ateo militante –proclamó entonces el delegado.

Antes de que lo hiciera, sin embargo, se encontró con la cara de estupefacción de don Lisardo y quiso explicar las razones de su proceder, y lo hizo a su estilo, esto es, yéndose a los antecedentes del asunto y empleando tantas alegorías y ejemplos como fuera necesario, que a su juicio eran muchos.

– Lo hemos entendido. En realidad lo entendimos desde el principio: no quiere que se bendigan los alimentos, o, al menos, que se bendigan los suyos –lo cortó nuevamente don Lisardo, que estaba sufriendo al ver cómo se desvanecía el humo de las tazas.

– Eso es –concedió el delegado.

– Pues que cada uno coja su taza y que sea lo que Dios quiera –contestó don Lisardo.

El delegado se acercó una taza, tomó una torta, la partió, mojó un trozo en el chocolate y se lo llevó a la boca.

– Si me sienta mal este magnífico chocolate, no será porque lo haya querido Dios –dijo luego con el pequeño mordisco en la boca–, sino porque los alimentos estaban en mal estado. No creo que mi colega de Sanidad aceptase la intervención

divina como alegación del inculpado en un procedimiento sancionador.

Al obispo no parecían importarle mucho las enmiendas del político, es más, asistía con bastante divertimento a la disputa que mantenían sus dos invitados, la cual se prolongó hasta algo después de que hubieran dado todos buena cuenta del chocolate y las tortas. En ese momento, dijo el catedrático limpiándose las bigoteras:

– Ea, hemos comido, gracias a Dios.

Lo que inmediatamente fue respondido por el delegado con otra soflama sobre la inexistencia de Dios que en esta ocasión lo llevó a disertar sobre la alienación de la clase trabajadora y, como don Lisardo le recordó que las tortas habían sido hechas por unas monjas de clausura, sobre la alienación de quienes habían confeccionado las mantas palentinas, lo que de nuevo abrió a su fértil verbosidad ese tema, que para él debía de ser infinito.

– Usted es un cretino por mucho que sepa de mantas palentinas –lo interrumpió finalmente don Lisardo–. Y si se mueve con estas mañas en las comidas que tiene con sus hijos, mejor sería para esas pobres criaturas que los dejase en paz y se fuera a comer con las autoridades.

El delegado tenía madera de político y un gran futuro en su partido, como demostró al aceptar con una carcajada lo que juzgó como la extravagancia de un profesor chiflado. Eso sí, no volvió a hablar de Dios ni de las mantas, y se limitó a intervenir lo mínimo en la conversación que subsiguió, de la que no se da cuenta en estas páginas por ser de todo punto intrascendente. Poco después, se levantó con una sonrisa en la boca, se ofreció para comprar en nombre de la Administración el palacio episcopal y, como el obispo se negó a vendérselo, anunció que volvería a visitarlo con el mismo fin y, tras estrechar efusivamente la mano de don Lisardo, salió de la salita seguido de su anfitrión.

– Estos sabihondos relamidos me ponen de los nervios –se excusó don Lisardo cuando regresó el obispo.

No recibió otra contestación que el silencio y una sonrisa.

Como aún quedaba una torta, el obispo la partió en dos trozos similares y le ofreció uno a su amigo. Del otro, dio él buena cuenta mientras colocaba las tazas en la bandeja y arrinconaba el azúcar desprendido y las migajas con una servilleta de

papel.

– Si me traigo una cesta, una cesta que nos comemos –afirmó en tanto hacía caer el montoncito sobre la palma de la mano libre.

Al terminar, vació la mano en una de las tazas y, como se la notó una pizca pegajosa, se acordó de que no se habían lavado ni la cara.

– Me ducho y nos vamos a ver a los capuchinos –aseguró entonces–. Va a ser un momento. Usted, si quiere, puede ducharse también, y si quiere le presto ropa limpia, aunque yo tengo unas cuantas tallas más que usted y le vendrá más bien holgada.

Don Lisardo se lo agradeció, pero rechazó el ofrecimiento porque, según dijo, era de moderado sudar y, total, para ir a ver a los capuchinos tampoco era obligado acicalarse mucho. Lo que sí hizo fue seguir al obispo en su camino hasta la cocina y apartarse en el cuarto de baño que le señaló su amigo, donde se lavó la cara y las manos, se limpió los dientes extendiendo dentífrico sobre un dedo y se peinó su poblada cabellera canosa con un peine de pasta al que le faltaban más de la mitad de las púas. Cuando finalizó, el obispo esperaba en la puerta vestido con un albornoz blanco que, según declaró a preguntas de don Lisardo, le había regalado una señora muy buena que vivía cerca del palacio.

– Pues sepa usted que es robado –le aclaró don Lisardo marcándole con el dedo el anagrama de una conocida cadena hotelera.

– Habrá sido sin querer. Doña Ruden es rica y no tiene ninguna necesidad de andarse con esas bajezas –le contestó el obispo tras un soplo de incertidumbre.

Don Lisardo entendió que su amigo sabía más de lo que podía declarar porque lo había oído en confesión y dijo:

– Hay pecados que se consideran de poca monta y no se confiesan, como el de robar. No creo que haya oído a ningún empresario confesando que roba el sudor a sus obreros ni a ningún obrero admitiendo que roba el tiempo a su empresario, y a nadie que reconozca en el confesionario que roba en el peso o al Estado.

El obispo hizo una mueca de asentimiento y ahí acabó la conversación. Don Lisardo le indicó que lo esperaba en el umbral de la calle, viendo pasar a la gente, y, perseguido por la mirada de su amigo, tomó la dirección de la puerta principal, a la

que llegó tras haber cambiado de ruta varias veces, pues se había perdido por los corredores. Hasta media hora después no salió a la calle el obispo, que iba vestido con sotana, fajín y solideo. Don Lisardo, al verlo tan en su papel, apuntó con la mano a unos adolescentes de ambos sexos que fumaban agrupados junto a un banco de granito y lo previno de esta guisa:

– Hablan a voces todos juntos y sueltan una blasfemia cada cuatro palabras. Si lo descubren vestido así, me temo que vamos a tener bronca.

– Pues no pienso cambiarme –le respondió el obispo–, porque los capuchinos son muy de su hábito y su capucha y prefieren ver al obispo con los atavíos de su condición.

– ¿No es usted el que manda?

– Sí, y por eso debo ser más exquisito en las formas. Y más cuando se trata de un propósito tan poco convencional como pedirles permiso para asomarnos por la tapia de su huerto.

A don Lisardo, los argumentos del obispo le parecieron atinados y prudentes, tanto como le parecieron al obispo los motivos de don Lisardo para que no anduviera por la calle llamando la atención. En razón de ello, pidieron un taxi, que a los cinco minutos los recogió en la puerta del palacio y los dejó luego delante de la puerta del convento.

– Yo me entenderé con ellos –advirtió el obispo cuando iba a coger una de las dos tremendas aldabas con hechura de rostro humano que inquietaban no ya a quien pasara frente a la fachada, sino al conjunto de la vecindad.

El ámbito era peatonal, las calles que confluían en la plazoleta eran muy estrechas y no había nadie en las inmediaciones. Aun así, don Lisardo miró a un lado y a otro cuando sonaron los cuatro atronadores aldabonazos que dio el obispo, como emplazado por la intuición de que habían provocado un revuelo a sus espaldas. Nada sintieron los viejos muros de aquel solariego barrio, sin embargo, habituados por sus muchos años a toda suerte de acontecimientos, ni los vencejos que ante la cercanía de la primavera empezaban a poblar los aleros, y el ritmo de la vida siguió su curso natural, de manera que sólo unos segundos después se oyó un enorme aparato de cerrojos tras el que, entre grandes y solemnes chirridos, se abrió la puerta del

convento y apareció frente a ellos un fraile de hábito marrón, encapuchado y barbudo, que debía frisar los cien años, quien con gesto agradable y voz temblorosa les dijo:

- El señor obispo y su acompañante nos honran con su presencia.
- Mejor así, porque vengo a pedirles un favor personal –respondió el obispo.
- En tal caso, monseñor nos honra dos veces –concluyó el fraile.

Entraron el obispo y don Lisardo en el convento y, precedidos por el fraile, que caminaba arrastrando ambos pies, anduvieron en silencio hasta una estancia de mobiliario sencillo y severo donde los esperaba otro fraile un poco menos viejo, nonagenario tal vez, al que el obispo presentó como el padre guardián, quien, tras saludarlos con mucha ceremonia y varios latines, los invitó a que se sentaran y les preguntó qué podían hacer unos pobres monjes por ellos. El obispo empezó por presentar a don Lisardo, al que llamó héroe de nuestro tiempo y mente privilegiada, y a continuación, para que el fraile entendiera porqués, resumió la historia de los crímenes, la forma en que los dos se habían visto envueltos en la investigación y cómo la tapia del convento era, seguramente, testigo muda de hechos capitales.

– Esperamos que algo importante ocurra en la calleja un día de estos y queremos estar presentes para verlo y dar testimonio de ello –resumió.

El fraile expresó su comprensión, les ofreció cuanto necesitasen del convento y, acto seguido, se brindó a acompañarlos al huerto, a fin de que inspeccionaran el lugar desde donde podrían asomarse, lo que tanto el obispo como don Lisardo aceptaron encantados.

El huerto era un cuadrado como de media hectárea con diversos árboles frutales y un rodal de varios surcos con hortalizas de temporada en el que, cuando llegaron ellos, trabajaba hundiendo las sandalias en las regueras un fraile no tan viejo como el padre guardián, octogenario quizá. La tapia que buscaban establecía el perímetro del recinto por el norte y, detrás de ella, se veía la fachada sur de la facultad, en la que resaltaba especialmente el frontón triangular partido de la capilla y su espadaña de arcos de medio punto. Mientras don Lisardo alababa el esmero con que los frailes trataban a esas criaturas de Dios que son las plantas, el obispo rastreó con la vista un objeto que les sirviera de plataforma sobre la que ubicarse y, como no

lo encontró, le preguntó al padre guardián, quien acariciándose la barba les hizo las siguientes cuentas:

– La pared tiene dos metros y medio más o menos. Si traemos la mesa del refectorio y le ponemos encima los bancos donde se sientan los monjes, podrán esperar con los brazos cómodamente apoyados sobre el caballete.

– En ese caso, ¿dónde comerían ustedes? –se interesó don Lisardo.

– No se preocupe. Somos pocos y comemos alrededor de una mesa camilla – le respondió el fraile.

Pero el obispo no quiso ni oír hablar de recurrir al mobiliario noble del convento, de modo que, aunque el padre guardián porfió mucho, se decidió a usar algún trasto desechado por viejo o por inservible de los que a buen seguro debía haber en las zonas abandonadas. El fraile cedió finalmente, y juntos recorrieron luego la antigua panadería, la antigua carpintería y la antigua alfarería y pasaron delante del gallinero, y en todos esos lugares no halló el obispo más trasto válido para su propósito que el andamiaje de palos donde dormían las gallinas.

– Son fuertes y el último está lo suficientemente alto como para permitirnos mirar por encima del muro.

– ¿Y la mierda? –objetó don Lisardo.

– Le liamos unos sacos de pienso a cada uno de los palos y ya está –sentenció el obispo.

El fraile, sin embargo, insistió mientras transportaban el andamiaje por el huerto en ofrecer la mesa del comedor con argumentos tales como que padecería la dignidad de monseñor, que subirse a un palo es contra natura o que dónde iban a dormir las gallinas. Don Lisardo, aunque comulgaba con las razones del capuchino, empezó a considerar trabajosa tanta insistencia, e iba a mandarlo callar con un exabrupto cuando se percató de que el fraile tenía los pies desnudos.

– Usted, que va descalzo, comprenderá mejor que nadie esta pequeña penitencia del señor obispo –aseveró entonces.

A lo que el padre guardián respondió que lo perdonaran, que lo perdonase el señor obispo y que lo perdonase el señor catedrático, y que esa insistencia insolente era consecuencia del escaso sentido de la relación personal que tenía, y que lo

perdonara Dios, y otra vez que lo perdonara el señor obispo, y que lo perdonase el señor catedrático, y siguió pidiendo perdón aunque el obispo y don Lisardo repitieron que no tenían de qué perdonarlo, y, luego, que sí, que lo perdonaban, y así hasta que don Lisardo le pidió que se aplicará al oficio que llevaban y tirase con más nervio, lo que hizo el fraile tras pedir perdón por su negligencia.

Como por encima de la tapia se veía perfectamente la fachada de la facultad, el obispo no tuvo problema alguno para guiarse hasta lo que definió como el sitio más prudente, hacia la bocacalle contraria a la plazoleta, desde donde podrían observar las dos puertas de la zona no utilizada y la oscuridad les permitiría asomar la cabeza sin mucho riesgo de ser vistos.

– Aguanten ustedes –pidió el obispo en cuanto colocaron el andamiaje contra la pared.

Y sin decir más, agarrado con una mano a los palos más altos y subiéndose con la otra la sotana, se encaramó hasta la cima del armazón y se asomó a la calle.

– Este sitio es perfecto –certificó desde arriba.

Cuando el obispo volvió al suelo, lo sustituyó don Lisardo, que hizo un comentario similar. Después, como el padre guardián no quiso subirse, dejaron los palos donde estaban y se marcharon del huerto hablando de fruslerías tales como el buen día que estaba haciendo o lo sutil del paso del tiempo. Algunos minutos más tarde, se hallaban en la puerta de la calle citándose para la noche.

– Dado que han de venir, yo les rogaría que nos hicieran el inmenso honor de cenar con nosotros –les dijo el capuchino, tras pedirles nuevamente disculpas por la escasez de medios que podían poner a su disposición.

– Lo siento, pero estamos citados en el palacio episcopal con los dos policías que están al cargo de las averiguaciones –le contestó el obispo.

– Que vengan también, que tenemos comida para todos –aseguró el fraile, lo que afianzó preguntándole al padre portero–: ¿No es verdad, fray Domingo?

– Verdad es –respondió casi sin hálito el portero.

En eso quedaron.

El padre guardián y el padre portero se mantuvieron en la puerta contemplándolos sonrientes mientras ellos se alejaban en busca de la parada de taxis

más próxima, donde el catedrático pagó por adelantado la carrera del obispo hasta el palacio episcopal antes de tomar andando el camino de su casa, a la que llegó apenas un cuarto de hora después.

En tanto don Lisardo se estaba sacando la llave del bolsillo, pensó que su mujer le reprocharía lo largo de su ausencia y que él aguantaría el chaparrón y se callaría para no comprometerla con los efectos secundarios de las pesquisas, pero en cuanto abrió la puerta y la descubrió mudando las macetas a la terraza, se detuvo en el pasillo, escudriñándola desubicado y atónito, como si los recuerdos de su vida hubieran sido vividos por otro.

– Venga, no te quedes mirando y ayúdame a portear este rododendro, que pesa como el cadáver de un canónigo –le dijo su mujer.

– Será de uno de los de antes –la corrigió don Lisardo.

– ¿Qué? –recibió como respuesta.

– Nada. Era una tontería.

Sacaron juntos esa maceta y por separado las restantes y, cuando terminaron, don Lisardo le preguntó a su mujer qué había de comer.

– No he preparado para ti —le contestó ella—: Ya estoy cansada de tirar tu parte a la basura.

– No es culpa mía, sino de las circunstancias que me rodean –se disculpó él—. No puedo explicarte más por ahora porque no me creerías.

– ¿Tan increíble es?

– Tanto, y algún día te traeré a alguien que no puede mentir, al señor obispo, para que te cuente lo que más parece la trama de un libro de aventuras que el hilo conductor de una vida real.

– ¿Qué obispo, el nuestro?

– El mismo, quien quizá escriba un libro con la historia de mi vida.

– Está bien. Te freiré unos huevos y te pasaré unas chuletas, pero sólo cuando te vea esperando junto a la mesa del comedor.

Don Lisardo tomó las manos de su mujer, la miró con dulzura y le prometió que esta vez no le fallaría.

– ¿No te habrán elegido decano? –le interpeló ella buscando una clave

asequible para lo que estaba pasando.

Él negó con la cabeza y chasqueó la lengua antes de decir “no, mujer”, para expresar que era mucho más gordo que eso y mucho más interesante. Y ahí dejó la duda, extendiéndose en el aire espesado por el olor a rancio de los numerosos muebles que ahogaban los rincones y servían de soporte a decenas y decenas, acaso a cientos de los más variopintos *pongos*. Ahí dejó la duda y se metió en su despacho para pensar, simplemente para pensar, como a su juicio hacían los sabios antiguos.

– ¿Me sacan a mí en ese libro? –le preguntó su mujer cuando, al cabo, se presentó en el comedor, demudado y como en trance.

– Es lo más probable. ¿Te gustaría?

– ¡A ver, claro!

– En los libros hay personajes de todas clases. No siempre es bueno salir en ellos. Pero si tú lo quieres, yo haré lo posible para que sea así, y para que te caractericen como al ideal de la mujer del investigador privado.

– Me tendrían que sacar más joven.

– Pues te sacan más joven. Los libros no son como las películas. En los libros no hace falta maquillaje porque la gente va imaginando al tiempo que lee y leerá lo que haya querido poner el escritor. ¿Cuándo años quieres tener en el libro?

– Veinticinco, la edad que tenía cuando me casé contigo.

– Pues lo arreglaremos para que tengas veinticinco. ¿Ves qué fácil?

– ¿Y seré rubia? Siempre quise ser rubia y más guapa.

– Serás rubia y extremadamente guapa.

– ¿Y podré trabajar fuera? Me hubiese encantado no ser ama de casa.

– ¿Qué te hubiera encantado ser?

– Catedrática, como tú, catedrática de alguna materia rara.

– Con veinticinco años es difícil, pero qué caramba, por qué no: serás catedrática de algo que suene bien, de Museología o de Farmacognosia, y viajarás por el mundo firmando libros e impartiendo conferencias.

Los sueños de la mujer eran tan claros y tan explícitos que recordaban al bocadillo de un cómic y don Lisardo sintió al verlos que eran parte de su fracaso. Más tarde, su mujer se puso a tararear en la cocina una canción de cuando mocebaban

y a él, que esperaba sentado en el comedor, le entró como un vahído de melancolía. “Noto que el escritor de mi vida me está cambiando el carácter”, se dijo entonces, y pensó: “Quizá no sea ninguna tontería dar aprobado general”.

Mientras comían, se advirtió más hablador de lo normal y le contó a su mujer casi todo lo que podía contarse: las noches de terror en la facultad, las comidas en los restaurantes de postín, la charlas con su amigo el obispo, el paseo en el coche oficial del delegado del Gobierno, la simpleza del bedel de recepción, lo que se veía desde el último palo del dormitorio de las gallinas y muchas historietas más. Su mujer lo interrumpió de vez de en cuando para hacerle preguntas que a él le recordaron a la muchacha sencilla de la que se había enamorado cuando era profesor adjunto y el futuro le parecía un territorio ignoto que conquistar. “¿Ha engordado el obispo?”, por ejemplo. O: “¿La vicedecana es tan estúpida como fea?”. O: “¿Cuántas gallinas dices que tienen los monjes?”.

La conversación los llevó a prolongar la estancia en el comedor hasta que, mucho después de comer, ella se dio cuenta de que su marido tenía los ojos hinchados por el sueño y le dijo:

– Anda, ve a echarte una buena siesta, que has dormido muy poco y esta noche se presume de vigilia. Yo te avisaré con tiempo suficiente como para que no tenga que esperarte el obispo.

Don Lisardo le hizo caso y se acostó enseguida. Entre tanto se ponía el pijama, sintió el recato del personaje que se juzga espiado por el lector y abrigó la sospecha de que se despertaría en otro mundo. No ocurrió tal cosa, y cuando su mujer lo llamó, se despertó con dolor de cabeza y el apremio de la cita con el obispo, pues había dormido más allá de las tres horas. Incluso así, su realidad ya no era la misma ni tampoco lo era él. Le dio un beso en la mejilla a su mujer, por ejemplo, una muestra de cariño que no tenía con ella desde hacía muchos de años, y andando por las calles encontró a la gente de otra manera, más necesitada de afecto que de bronca.

Como se hallaba mucho mejor de ánimo, se creyó en posesión de la fórmula para hacer feliz a los otros, empezando por su amigo, al que relataría en cuanto llegara al palacio episcopal la metamorfosis que se había operado en su carácter con el cambio de cuatro o cinco atributos básicos, por si podía serle de utilidad. El

destino es traicionero, no obstante, y fabrica a la par los triunfos que embellecen el horizonte y los abismos que falsean los caminos, y como abismo puede entenderse el hecho de que, después de haberse reconciliado con su presente, se topara de sopetón con la muchacha de la cafetería de los espejos, a la que se quedó viendo cómo se perdía entre los peatones mientras pensaba que morir sin gozar de aquellas carnes jóvenes era como haber vivido en la más gris de las simplezas.

– Acabo de ver a la muchacha de la cafetería de los espejos y me ha dicho adiós. Eso es que me conoce –le dijo al obispo en uno de los pasillos llenos de santos.

Pero el obispo iba abstraído en los vericuetos de la investigación y no le hizo mucho alto. Sólo dijo:

– No se deje seducir por el brillo de los espejuelos.

– ¿Espejuelo ese diamante, esa joya, esa maravilla de la Naturaleza?

– Ceda esas ilusiones a los jóvenes, si no quiere hacer el ridículo, y búsquese otras más acordes con su edad, como, por ejemplo, la resolución del caso que tenemos entre manos –sentenció el obispo sin contener sus holgados pasos ni mirarlo.

A semejante dureza, don Lisardo respondió como el zarandeado y recobró la cordura que había tenido cuando hablaba con su mujer. Nada dijo, sin embargo, y se incorporó sin reservas al decidido caminar del prelado, de modo que juntos y en silencio recorrieron los pasillos y la sala donde solía estudiar el seminarista y llegaron a la salita de la mesa camilla, donde los dos policías estaban dando buena cuenta de sendas tazas de manzanilla y un montón de tortas de manteca.

– Ea, dense prisa, que los frailes cenan al anochecer y ya está anocheciendo – pidió el obispo.

Los policías se incorporaron, se bebieron de pie la manzanilla y se llevaron en la mano unas cuantas tortas de manteca que se comieron a bocados apremiantes mientras salvaban los inacabables corredores del palacio. Al salir a la calle, don Lisardo sintió que el sudor de las carreras se le helaba en la frente y dijo:

– Vamos a pasar muchas horas a la intemperie. Quizá fuera bueno cargar con alguna de esas mantas palentinas.

El obispo estuvo de acuerdo y se volvió al punto solo, aunque enseguida lo oyeron reclamar la ayuda de don Lisardo, que se adentró por los corredores siguiendo sus voces hasta un armario enorme donde había cientos de mantas perfectamente dispuestas y alcanforadas.

– Cuatro mantas de estas pesan lo suyo –se excusó el obispo al ver entrar a su amigo.

Sólo unos pocos minutos después, llegaban los cuatro al convento de los capuchinos, donde fueron recibidos por el padre portero con una salutación en latín que fue contestada por don Lisardo y por el obispo también en latín y con varias cabezadas de los policías, saluciones y cabezadas que se repitieron cuando apareció en la portería el padre guardián, quien dio por finalizada la presentación con el siguiente deseo:

– Quiera San Francisco interceder para que el tiempo les sea propicio.

A lo que respondió don Lisardo señalando a las mantas que portaban los policías y diciendo:

– Con que no llueva tenemos bastante.

Los frailes sonrieron con beatitud, enseñando sus dientes amarillos y sus mellas debajo de sus largos bigotes canos, y sin más dilación los condujeron por pasillos parcamente iluminados hasta el refectorio, que era una larga estancia abovedada en piedra, de muy alto valor arquitectónico y muy fría, donde preparados al principio de una mesa, suficiente para unos cuarenta comensales, había siete frailes, todos octogenarios o más viejos y todos con largas barbas blancas.

– ¡Cuanto mejor hubiera sido esta mesa para lo que quieren ustedes! –dijo el padre guardián–. Pero al menos así comeremos con holgura.

Después de nuevas saluciones, cabezadas y agradecimientos, se acomodaron los invitados a continuación de los frailes. Dos de estos, los que más lustre tenían, dentro del escaso lustre general, abandonaron la estancia para volver al rato con una olla enorme que colocaron sobre un gran salvamanteles de hierro con la ayuda de otro fraile.

– El padre cocinero ha elaborado una cena especial esta noche –anunció el padre guardián.

Don Lisardo, viendo la abundancia de sopa, le dijo por lo bajini al policía que tenía a la vera:

– Fíjese qué exageración. No hay más que ir a un convento con un obispo para comer a cuerpo de rey.

– Verdad es. Y en mala hora me comí tres tortas de manteca en el palacio episcopal, porque tortas puedo comer a diario, pero una comida típica de capuchinos pocas personas pueden decir que la han catado –le respondió el policía.

Y en ese momento se levantó el padre guardián, y se levantaron los otros frailes, y se levantó el obispo, y hubieron de levantarse los demás, y el padre guardián, tras una prolongada reflexión y un sinnúmero de rezos en latín, dio las gracias a Dios por la presencia del señor obispo y de sus amigos y dedicó un recuerdo emocionado a los frailes misioneros, que, según dijo, nunca saben si van a comer o se van a ir en ayunas a sus pobres jergones. Cuando se sentó y se sentaron los demás frailes y se sentó el obispo y se sentaron los demás, se levantó el padre cocinero, que era uno de los que habían traído la olla, y con mucha ceremonia se puso a repartir la sopa con un cazo muy largo mientras decía a cada plato:

– Hermano, en épocas de frío un caldito caliente da mucha vida.

Don Lisardo, que le tenía mucha fe a lo calentito, se congratuló inmensamente del buen tino de los frailes y, al ver que tenía el plato lleno hasta los bordes, le dijo al policía que tenía al lado:

– Suerte será que no nos dé un cólico.

Atacado por un éxtasis reverencial, aún tardó unos segundos en meter la cuchara en el plato, y cuando finalmente lo hizo y con los ojos entreabiertos por la proximidad del placer probó el caldo, estalló en una alabanza tan desorbitada que resultó casi imprudente, dado lo sencillo del entorno y lo venerable de los monjes.

– Pues a mí me hubiera gustado tropezarme con algo sólido –le susurró el policía.

Entre cucharada y cucharada, don Lisardo le informó que las sopas de categoría no tienen más que caldo, pues la sustancia se ha diluido en el proceso de cocción, y lo previno para que no repitiese.

– Renunciar a las demás exquisiteces que le tienen preparadas al obispo por

hartarnos de la primera sería una estupidez por nuestra parte –le indicó.

Por esa razón no repitió ninguno cuando el padre cocinero dio una segunda ronda, lo que sí hicieron los monjes, y por esa razón su sorpresa fue mayúscula cuando, tras bajar la olla de la mesa y llevársela con muchos apuros, el padre cocinero regresó con una cesta de naranjas de mediano tamaño y dijo:

– De postre, ricas naranjas de nuestro huerto.

Ni don Lisardo ni el policía que estaba junto a él hicieron comentario alguno, pero ambos, después de maldecirse mucho y maldecir más a los frailes, pensaron que si querían pasar aquella noche de pie tenían que comerse como fuera unas pocas naranjas. Sin embargo, cuando el padre cocinero acabó de darle una vuelta a la mesa, en la canasta no restaba más que un pañito de hilo.

– Estos cabrones las han traído contadas –exclamó don Lisardo–. Vaya formas de tratar a un obispo.

– Al menos yo me he zampado tres tortas de manteca en el palacio episcopal, igual que mi compañero, y el obispo se ha tomado cuatro, quizá porque sabía lo reducida que era la cena de los monjes. Pero usted, si no ha comido nada más desde el almuerzo, va a pasarlo mal, eso es seguro –musitó el policía sin poder contenerse una sonrisa.

Don Lisardo consideró que no debía engordar con su flaqueza lo cómico de la situación y, simulando una reciedumbre que no tenía, aseveró:

– Lo decía por lo que de engaño ha tenido esta invitación, no porque yo precise el alimento, pues soy poco amante de las cenas, y menos si son copiosas. Y en todo caso, tengo decidido desquitarme en el huerto comiéndome cuantas naranjas sea capaz de ingerir.

– Y yo digo lo mismo –corroboró el policía–, que el caldo, como los rezos, será alimento para el espíritu y por ello bueno para los frailes, pero si Dios ha querido darle dientes a los cuerpos por algo será. ¿No lo cree usted?

El catedrático contestó afirmativamente y, en efecto, en cuanto se quedaron solos en el huerto, todos buscaron con mucho ahínco un árbol que en aquel tiempo tuviera fruta, y, enseguida que dieron con un naranjo, se pusieron a comer naranjas con tanta ansia que al obispo le dio cargo de conciencia lo pelado que estaban

dejando el árbol y dijo:

– Dejemos algunas para los frailes, que también tienen boca y son criaturas de Dios.

Hubieran comido más, y no tanto por hambre como por venganza, pero la amonestación del obispo surtió efecto, se comieron los últimos gajos y se dirigieron a oscuras hacia el muro frontero, sobre cuya silueta, recortada por la luz del único farol de la calle, se elevaba la tétrica fachada sur de la facultad, que en aquel silencio, apenas roto por el bullicio lejano de los barrios modernos, encogía el temple de los más osados.

– No hay necesidad de que los cuatro estemos arriba –explicó el obispo cuando estuvieron junto al dormidero de las gallinas–. Haremos turnos. Uno vigilará y el resto aguardaremos en el suelo.

Así lo hicieron, si bien antes se subieron todos para matar la curiosidad. El primer turno le correspondió a don Lisardo, quien durante el período que permaneció en lo más alto del andamiaje dio dos veces la señal de aviso para fijar la presencia de unos jóvenes que, sin embargo, se limitaron a mirar la puerta de la facultad y, al encontrarla cerrada, se fueron por donde habían venido.

– Con ser hoy sábado vendrán muchos estudiantes a ver si hay baile, y a buen seguro que eso retraerá a los asesinos –supuso el obispo.

Algo similar pasó durante el turno siguiente, que lo hizo un policía, y en el tercero, que lo ejecutó el otro policía, y durante el cuarto, que corrió a cargo del obispo, quien no dio ni una sola vez la voz de alarma.

Cuando se iba a iniciar la segunda vuelta, don Lisardo, que al calor de las mantas palentinas se había quedado medio dormido, dijo que aquellas horas no parecían muy propias para andar haciendo mudanzas, por lo que debían debatir si, teniendo en cuenta vigiliadas futuras y el mal estado de sus huesos, no les interesaba dejarlo por aquella noche, a lo que el obispo contestó que horas poco propicias para el común de los mortales eran las que encajaban en el asunto y que, si estaba cansado o dormido, le hacía su relevo.

– Yo lo decía por el interés de todos, no por el mío, pero no cabe duda de que tiene usted razón –respondió don Lisardo, herido en su pundonor.

El obispo porfió para que siguiera sentado contra la tapia, pues plazo para vigilar, dijo, iban a tener de sobra y habría muchos turnos para repartir, pero fue en vano.

– Podrán achacarme titubeos, pero jamás dirán de mí que falté a mi deber – afirmó el catedrático mientras gateaba por el armazón.

Aunque estar encaramado sobre un medio tan inestable y estrecho como un palo va contra la naturaleza del hombre, el obispo lo llevaba bastante bien. Así se lo dijo a don Lisardo cuando este se colocó a su lado, y le dijo que en el tiempo que había estado arriba había pensado mucho en sí mismo. “Ya casi me dan miedo los santos de los corredores”, le aseguró. La calle estaba solitaria y medio a oscuras. Abajo, dormitaban los policías y el rumor de su respiración coexistía extrañamente con el aliento de las plantas del huerto, con el sueño de los frailes y con el silencio de la ciudad aletargada. Hablando de ellos, no parecían dos seres humanos asomados por una tapia, sino dos almas puras o dos dioses capaces de comprender un mundo por el que, sin embargo, poco podían hacer.

– Espero que no me deje desamparado cuando termine esta aventura –apuntó el obispo.

Don Lisardo iba a contestarle que la necesidad era recíproca, pero en aquel preciso momento oyeron el ronquido de un coche hacia la parte ancha de la calle y el obispo dijo:

– Ahí está lo que esperábamos.

Eran como dos gatos acechando a su presa desde la albardilla. A la llamada de atención, se quedaron petrificados y con la vista hundida en el lugar por donde los ruidos habían brotado. Ambos tenían problemas de visión relacionados con la edad y ambos padecían déficits auditivos, pero eran prudentes y gozaban de la ventaja del encubierto. Cuando oyeron el repiqueteo de unos pasos que se acercaban, agacharon la cabeza y emergieron después poco a poco hasta el nivel de los ojos, a tiempo para ver a un joven que caminaba con determinación por el escaso rodal iluminado.

– ¡Vaya horas de ir solo por la calle! –comentó don Lisardo en cuanto aquel individuo hubo transpuesto.

El motor del coche seguía gruñendo a lo lejos y el susurro del catedrático no

llegó entendible a los oídos del obispo, quien contestó con un chis de advertencia y señalando con el dedo índice el principio de la calle, por el que venía un joven que mullía sus pasos y miraba inquieto adonde nada debía haber que provocara inquietud.

– A este lo conozco de vista –le musitó don Lisardo al obispo.

El muchacho se subió a la reja de una ventana y con una mano enguantada aflojó la lámpara del único farol de las inmediaciones hasta dejarlas por entero a oscuras. Luego, la calle se inundó de luz y un coche apareció lentamente por ella.

– Bájese usted, que está más ágil, y despierte a los inspectores, porque sospecho que va a empezar el jubileo –le pidió el obispo a don Lisardo.

El catedrático hizo lo que le habían requerido y llamó a los policías, que dormían groseramente al abrigo de las mantas palentinas.

– Estas mantas dan un calor tan espeso que marea –se excusó uno de ellos.

– Como si en vez de bolitas de alcanfor les hubieran puesto algún narcótico muy potente –añadió el otro.

Don Lisardo entendió que no era la mejor ocasión para contradecirlos y se limitó a pedirles que fueran sigilosos, que hicieran todo lo que se les demandase y que no estorbaran. “Vivimos en el momento crítico, y se espera de ustedes que estén a la altura de las circunstancias”, remató, empleando el tono épico del que arenga.

Al oír hablar de alturas, uno de los policías echó cuentas del peso que debía soportar el último palo de las gallinas y preguntó si no sería más seguro que se subieran por relevos, lo que fue interpretado por don Lisardo como un pretexto de la cobardía para diferir lo inevitable, por lo que respondió farfullando una sarta de reproches que sólo tuvo fin con la reconvención del obispo, quien se bajó un par de palos para interpelarlos sobre lo que estaba pasando y, sin esperar contestación, para exigirles que se subieran enseguida y se dejaran de pamplinas.

– Ya está ahí el furgón, como esperábamos –concluyó el prelado cuando los cuatro estuvieron encaramados en lo más alto del andamiaje, que aguantó el peso sin el más mínimo crujido.

En la calle, a una veintena de metros de donde se asomaban ellos, unos cuantos jóvenes descargaban bultos del furgón y los metían en la facultad, al amparo de una exigua luz que venía desde los adentros del edificio. Aunque el vehículo no se

interponía en su visual, la oscuridad era lo bastante espesa como para difuminar los rostros por completo, de manera que a don Lisardo le fue imposible reconocer los de alguno de los que se afanaban en aquella labor furtiva.

– Voy a llamar a mis compañeros con el móvil para que los pillen con las manos en la masa –dijo uno de los policías.

– ¿Cómo? –respondió el obispo con incredulidad.

– Puestos a testificar, no creo que podamos decir más allá de que vimos a unos pocos hombres metiendo cosas en la facultad a altas horas de la noche, y con semejante declaración no hay tribunal que condene a nadie –explicó el policía.

– ¡Y tanto! ¡Como que no sabemos ni quiénes son! Pero dígame, si sus compañeros los detienen ahora, ¿de qué los acusarán? –contestó el obispo alarmado, y en vista de que el inspector callaba, añadió–: Si están metiendo el mobiliario, es porque piensan seguir con su actividad clandestina. ¿No sería mejor pillarlos entonces?

Un silencio aquiescente siguió a las palabras del obispo. Aguardaron a que los jóvenes terminaran con su tarea y cuando el furgón se fue, se bajaron y, mientras se masajeaban los puentes de los pies, que tenían muy doloridos, hicieron toda suerte de cábalas sobre lo que podían hacer aquellas personas en la facultad sin que llegaran a conclusión alguna, fuera de que debía de ser algo verdaderamente espantable y perverso, pues ninguna otra idea podía hallar acomodo en el pensamiento después de ver la reserva con que se movían y las nefastas consecuencias que tenía la violación de su secreto.

Como había pronosticado el obispo, regresó el furgón, por lo que tornaron ellos a subirse al dormidero de las gallinas, y volvió a irse, con lo que volvieron ellos a sentarse contra la tapia y a formular hipótesis coherentes sobre lo que estaba pasando.

Aún hubo un tercer porte, que duró un poco menos que los demás. A su término, uno de los jóvenes apretó la lámpara del farol y los dos que vigilaban las bocacalles se subieron en el furgón, que partió lentamente hacia la plazoleta. Sólo entonces se dieron cuenta los cuatro avizores de que se oía el canto de la hora prima de los monjes.

– Bueno, la noche ha sido larga. Ya podemos bajarnos e irnos a descansar, porque aquí está todo el pescado vendido –dijo el obispo.

Aunque el sol no había salido, su luz iluminaba vagamente el huerto y desde el palo más alto del andamiaje se veían con bastante nitidez las torres de las capillas de varios conventos y de distintas iglesias de los alrededores. A don Lisardo le pareció que irse a dormir con el amanecer era navegar a contracorriente, máxime cuando tantos y tan extraordinarios enigmas estaban por descubrir, y dijo:

– No estoy cansado. Y, aunque lo estuviera, creo que no sería capaz de dormirme sin saber qué demontres han metido esos criminales en la facultad.

– Pues vamos a seguir sin saberlo –lo corrigió el obispo–, porque esos jóvenes tienen cómplices que nos delatarían y estaríamos levantando la liebre para nada. Lo que nos conviene es que la presa se confíe. Tiempo tendremos de saciar con creces esta curiosidad que nos corroe.

La autoridad del obispo sobre lo que estaban tratando era reconocida por don Lisardo y los policías y a ninguno de ellos se le ocurrió llevarle la contraria. Salieron del huerto y, guiándose por el sonido de los cantos, anduvieron por los corredores hasta la capilla, a cuya puerta se quedaron observando a los monjes. El padre guardián, al verlos, fue a recibirlos con gran esplendor de latines, que fueron respondidos por el obispo ante la mirada asombrada de los inspectores, para quienes el idioma de los romanos era una especie de jerga satánica, y la mirada atenta de don Lisardo, que había sacado matrícula en Latín y todavía disfrutaba con las lecturas de Julio Cesar y Virgilio.

– Quédense a desayunar –dijo el fraile, ya en román paladino.

A lo que don Lisardo, anticipándose al obispo, contestó que, sintiéndolo mucho, no podían, porque tenían obligaciones de peso que no admitían demora.

– ¿Vendrán esta noche? –preguntó el padre guardián entonces.

Don Lisardo y los dos policías buscaron al obispo en demanda de una contestación y el obispo respondió que sí.

– En tal caso, vengan sin cenar y hágannos el inmenso honor de comer con nosotros –dijo el fraile.

El obispo, don Lisardo y los inspectores intercambiaron diversas miradas y

miraron al fraile y alguno de ellos tartamudeó una excusa que no acabó de fraguarse.

– Si el padre cocinero se entera de que han venido y no han cenado lo que él ha dispuesto, se sentirá golpeado en su amor propio –los animó el padre guardián.

– Entonces –concedió el obispo–, no hay más que hablar: aceptamos encantados.

– Pero que no elabore nada especial –añadió don Lisardo–, que nosotros somos gente sencilla y de paladar poco dado a exquisiteces.

– Con unos huevos con papas vamos más que aviados –se atrevió a sugerir un policía.

El padre guardián admitió la propuesta con una sonrisa y una leve inclinación de la cabeza y el obispo, por si la conversación derivaba hacia terrenos pantanosos, aludió a las prisas de don Lisardo y cortó de un tajo la despedida.

En la puerta de la calle, el catedrático dijo que los invitaba a tomar un chocolate con churros y, aunque el obispo señaló que le sentaban mal a su colon irritable y los policías que tenían alto el colesterol, todos aceptaron de buen grado, pues se hallaban en ese estado de euforia que proporciona el deber cumplido y la droga de la amistad corría limpiamente por sus venas. Don Lisardo no se acordó de la cafetería de los espejos y los llevó hasta una plazoleta peatonal donde se había instalado una churrería de remolque, en donde pidieron un chocolate por barba y una fuente de churros que se bebieron y se comieron sentados sobre unas frías sillas de aluminio, junto a una mesa que debieron calzar con papel de estraza, porque cojeaba. Mientras desayunaban, se arroparon con las mantas palentinas y hablaron de los hijos de los policías, que no eran como los jóvenes que don Lisardo decía tener como alumnos, sino muchachos corrientes, que estudiaban, que gozaban y que sufrían.

Bastante después, cuando el sol emergía por los muros traseros de un colegio de monjas que lindaba con la plaza, dijeron de irse cada uno a sus negocios: el obispo, a preparar el brasero de picón y decir la misa mayor de los domingos; los inspectores, a redactar un copioso informe sobre lo acaecido, y don Lisardo, a dormir. Y como así fue, justamente, y no conviene a esta historia explayarse en lo pueril teniendo tan cerca la resolución final, retomaré el hilo que la conduce en el anochecer de aquel mismo día.

A esas horas, levantaba el obispo una de las dos grandes aldabas que tenía la puerta principal del convento de los capuchinos y daba tres golpes secos que sonaron en las inmediaciones como una salva de cañonazos. Unos segundos después, se oyó un gran despliegue de cerrojos que rechinaban y maderas que crujían y apareció ante ellos el centenario padre portero, que se quedó mirándolos como ido hasta que lo apartó cariñosamente el padre guardián, quien lo disculpó con estas palabras:

– Tiene la memoria aguada y le ha extrañado verlos llamando, porque piensa que lo que aconteció ayer sucedió hace un instante.

Ninguno se enteró de la explicación, ni siquiera el obispo, pero ninguno hizo comentarios ni pidió aclaraciones, por no parecer maleducados y porque el padre guardián se aprestó enseguida a recibirlos con una ingente retahíla de latines, que por esta vez fueron respondidos por el obispo con un murmullo apresurado.

– Pasen y quiera San Francisco interceder para que tengan buen tiempo esta noche –dijo en conclusión el fraile.

Un rato más tarde, pues debieron atravesar varios corredores a la extinguida velocidad del padre portero, llegaban al refectorio, donde los estaban esperando los demás frailes con una impaciencia disimulada en el rostro, aunque con la cuchara en la mano. Todos se saludaron mucho, como era costumbre en aquel sitio y, después que se acomodaron, salieron los dos frailes de más lustre, hubo un silencio espesísimo y volvieron los que se habían ido con la misma olla del día anterior, que auparon hasta el salvamanteles de hierro con la ayuda de otro fraile.

– Aunque sea domingo, no todos los domingos se puede comer como tal – advirtió el padre cocinero.

Se levantaron y rezaron y, tras un momento de reflexión, el padre guardián dio las gracias a Dios por los alimentos que iban a tomar, dio las gracias al obispo y a sus amigos por acompañarlos y se acordó de los padres misioneros en términos afines a los ya recogidos en anteriores páginas. Se sentaron luego y el padre cocinero repartió un par de cazos por plato mientras decía:

– Hermano, en época de frío un caldito caliente da mucha vida.

El caldo era tan poco espeso que cuando metías la cuchara en el plato la veías brillar tal que si se hubiera hundido en aguas diáfanas, pero estaba caliente y frailes e

invitados se lo bebieron a cucharadas lentas y con algún sorbido.

– Ha sobrado caldo, gracias a Dios. ¿Alguien quiere repetir? –preguntó el padre cocinero.

Como contestaron que sí, todos recibieron un cazo más, excepto al padre portero, que recibió dos porque, según le confesó a don Lisardo el padre hortelano, tenía tembleque en las manos y se derramaba en las barbas la mayor parte de lo que recogía con la cuchara.

Al cabo, tomó la palabra el padre guardián y poniendo cara de circunstancias dijo:

– Se nos han acabado las naranjas antes de lo previsto, así que, hasta el tiempo de las sandías, no habrá postre.

Dieron las gracias de nuevo, tutelados por el padre guardián, y salieron todos del refectorio: los monjes, muy en sí mismos, camino del rezo de las completas, y don Lisardo, el obispo y los policías en dirección al huerto, adonde llegaron mucho más tarde, pues se habían extraviado por los corredores.

Era noche cerrada cuando se sentaron contra la pared y sacaron la bota de vino y las fiambreras que don Lisardo y los inspectores llevaban escondidas entre los pliegues de las mantas palentinas. “Que el Señor nos perdone y haga que caiga algo sólido en los estómagos de esos desventurados frailes”, dijo el obispo casi a la manera de un rezo, por lo que el resto respondió “amén”. Compartieron tortilla de patatas, lomo de la orza, quesos de distintos tipos, una lata de mejillones, otra de anchoas, pollo frito y una gran manzana por cabeza que se comieron a bocados porque de ese modo se limpiaban la dentadura, según manifestó uno de los policías, aunque después de comérsela siguieron bebiendo el áspero vino de la bota y se distribuyeron los gajos de la única naranja que encontraron en el huerto.

– Ya se pueden hartar las autoridades en los restaurantes de postín, que no hay comida mejor que la de la gente sencilla –zanjó, finalmente, el catedrático.

Recogieron los avíos de la cena y, como tenían aprendido de la noche precedente, se adjudicaron los turnos de vigilancia. Don Lisardo, antes de que se subiera uno de los policías, que debía hacer el primer relevo, quiso advertir a sus compañeros sobre lo trascendental de cuanto estaban viviendo y dijo:

– Aunque esta oscuridad nos parezca la más solitaria del mundo, quizá nos estén observando millones de personas, pues no es inverosímil que nuestra aventura se recoja fielmente en un libro. Así que templemos el ánimo y actuemos como si nos estuvieran vigilando.

Y ocurrió que, nada más encaramarse el policía a lo más alto del andamiaje, dio la señal de alarma convenida, porque se había encontrado abierta la puerta de la facultad.

– Ha sido un fallo –se lamentó el obispo–. Nos hemos demorado abajo con las viandas y el vino y se nos ha pasado lo más importante, el fin último de nuestra misión.

– Bueno, ese no es un problema insoluble –bromeó el policía del segundo turno–: Si esto es una novela, basta con que nuestro escritor aligere un poco la charla y la cena y nos haga subir a los palos antes de que los criminales abran la puerta.

– De esa forma, además, habrá eliminado la acidez que va a provocarnos una comida tan abundante –remató el otro policía.

Don Lisardo sintió que se atacaba a su orgullo, e iba a contestarles de mala manera cuando el obispo chistó pidiendo silencio y los obligó con gestos apremiantes a que agacharan la cabeza. Lo hicieron todos, en efecto, y a tiempo para ver pasar sin ser descubiertos a tres jóvenes, dos mujeres y un hombre, que entraron luego en la facultad.

– Si es fiel a la realidad la novela que describa esta situación, espero que se diga en ella lo que estoy pensando –dijo entonces don Lisardo.

– ¿Tendremos que esperar a leer la novela para saber lo que es? –se interesó uno de los policías.

– No hace falta: pienso que las burlas vienen siempre de los más ignorantes.

Los inspectores le iban a responder con más bromas, pero el obispo volvió a pedir cautela y poco después pasaban ante sus ojos cinco jóvenes de ambos sexos que, como los anteriores, acabaron introduciéndose en la facultad.

– Por favor, dejen ustedes la gresca y atiendan a lo que hemos venido, que más parecen niños pequeños que hombres hechos y derechos –dijo el obispo posteriormente.

E iba a proseguir, porque don Lisardo no ocultaba su contrariedad y debía calmarlo como fuera, cuando uno de los policías lo contuvo con el brazo y le señaló en dirección a la plazoleta, por donde venía un grupito de muchachas, al que enseguida siguieron otros de muchachas y muchachos.

– ¿No habrá baile? –preguntó el obispo cuando entraron todos en la facultad.

– No creo: no es viernes, han cerrado la puerta y no se oye música. En cualquier caso, quizá sea demasiado temprano –le contestó don Lisardo.

– Pues esperemos –sentenció el obispo.

Como ninguno quiso bajarse, se echaron las mantas palentinas por los hombros y aguardaron subidos en el palo más alto, lo que les produjo grandes molestias en los pies. De vez en cuando, alguno hacía un comentario relacionado con los sucesos o le sacaba punta a una de las experiencias que habían vivido juntos, como la de las dos comidas con los frailes, lo que les hacía olvidar por un momento la incomodidad del lugar donde se ubicaban. Al cabo de un buen rato de acecho, una de esas disquisiciones terminó por un camino secundario en la conclusión de que no había baile.

– Lo que hagan dentro lo tienen que estar haciendo ya –dijo uno de los policías–. ¿No sería mejor que entráramos cuanto antes?

El obispo miró el reloj y preguntó luego la hora. Se había traído unos zapatos de suela muy blanda y sus ateridos pies se curvaban con la intención de rodear el palo donde se hallaban sustentados, como si fueran los de un mono. A él, más que a nadie, le hubiera interesado dar el brazo a torcer y liberarse de los dolores que le estaba ocasionando lo antinatural de la postura, pero era el más sacrificado de los cuatro y tenía en el cumplimiento del fin el mayor de los placeres.

– Esperemos a la medianoche –dijo–, que es una hora llena de resonancias maléficas y puede ser determinante para lo que ahí se está haciendo.

Lo expresó con total convicción, como si fuera de cuproníquel y las dolamas y las dudas le fuesen por completo ajenas, y nadie se atrevió a contradecirlo.

No debieron aguardar tanto, sin embargo, al menos algunos de ellos, pues ocurrió que al poco de esa charla se sobresaltaron con la llegada de un nutrido grupo de hombres maduros, enchaquetados casi todos, que iban encabezado por uno de los

bedeles, el cual, tras abrir la puerta con una llave que sacó del bolsillo, se hizo a un lado y fue invitando a entrar a cada uno de sus acompañantes, quienes le respondían con bromas y en un idioma extraño.

– No me sorprendería que en este tinglado estuvieran implicadas las mafias internacionales –apuntó don Lisardo cuando la puerta se hubo cerrado detrás del último, que fue el bedel.

– ¿En la capital de una provincia perdida en lo más recóndito del mapa? – señaló uno de los policías.

– ¿Por qué no? Mientras más perdida, más escondida, que es lo que le pega a este misterio satánico –le dijo don Lisardo, quien añadió dirigiéndose al obispo–: ¿No le parece a usted?

Pero el obispo no estaba por la labor de seguir con elucubraciones inútiles y contestó siguiendo el hilo de sus propios pensamientos.

– No creo que venga más gente. Fuera lo que fuese lo que debía pasar, ya debe de estar pasando –afirmó.

– Entonces, ¿a qué esperamos? –respondió uno de los policías–. Estamos preparados para ejecutar la redada. Daremos la orden de inmediato.

Uno de ellos sacó el móvil con la intención de convocar a sus compañeros, que estaban apostados en las inmediaciones, pero el obispo lo contuvo poniéndole la mano en el antebrazo y dijo:

– Denos una hora a don Lisardo y a mí para echar una mirada en el interior. Verlos en plena liturgia no sería lo mismo que enterarnos de lo que hacían, y yo quiero saber cómo son ese tipo de ceremonias.

Don Lisardo, además, tenía el argumento de la novela, para el que había supuesto un final con ellos como protagonistas y más refinado que la atolondrada irrupción de la Policía en el lugar de los hechos.

– No se preocupen –alegó don Lisardo cuando los inspectores se negaron con el fundamento de que sería peligroso–. Iremos por la capilla, y si hay algún problema, nos echamos atrás y los llamamos.

Los policías sólo consintieron después de que don Lisardo y el obispo porfiraran mucho y con la condición de que no pusieran en riesgo su vida.

– Media hora. Tienen media hora, no más –concedió uno de ellos.

El obispo y don Lisardo se bajaron del dormidero de las gallinas, salieron a trompicones del huerto y, con mucho sigilo para no despertar a los frailes, caminaron por numerosos corredores medio a oscuras hasta la puerta principal que, como habían quedado con el padre guardián, se hallaba emparejada con la ayuda de una silla. Por la calle, anduvieron también muy cautos, aunque a don Lisardo le pareció imprudente en extremo que el obispo fuera vestido con sotana, fajín y solideo.

– Si nos ve alguien, hacemos como que vamos borrachos y decimos que venimos de un baile de disfraces –propuso don Lisardo.

Pero no hubo necesidad de acudir a tal argucia, pues no se encontraron a nadie, y poco después estaban en la calleja haciéndole saber a los dos policías que la salida se había efectuado sin novedad.

– Dese cuenta de lo que siente ahora por si tiene que reflejarlo en un libro –le dijo don Lisardo al obispo–, que en las novelas las tramas son generalmente un subterfugio para revelar los estados del alma.

– Siento que me están inflando un globo en el pecho –le contestó el obispo.

Don Lisardo no entendió muy bien la respuesta de su amigo y pensó que lo mismo podría pasarle al seguidor de sus aventuras, así que le sugirió:

– Eso debe de ser la angustia. Lo digo porque las metáforas, como la ironía, no siempre son entendidas adecuadamente por los lectores.

– Pues eso es lo que siento –resolvió el obispo, un punto hartado de las intempestivas interrupciones del catedrático–: como si me estuvieran inflando un globo en el pecho.

En los segundos que siguieron, don Lisardo se observó y advirtió que en sus adentros había algo grande que le comprimía los pulmones y le empujaba el corazón hacia fuera.

– Creo que yo también lo noto –reconoció luego.

– ¿Qué? –el obispo estaba tenso y le costaba seguir al catedrático.

– El globo.

– ¡Ah, bien! ¿Se ha traído la llave?

– Sí, aquí está.

Don Lisardo sacó una voluminosa llave del bolsillo y, entre atroces chirridos de la cerradura, abrió un postigo en los portones de la capilla de la facultad y las bancas más próximas aparecieron ante sus ojos vagamente iluminadas por el único farol de la calle, haciendo un pasillo que se sumía en las tinieblas con la violenta solemnidad que las sogas se hundían en los pozos. Mucho más allá, como dando noticias del averno, se perfilaba, sin embargo, una atenuada raya de luz.

– Es la puerta que da a la zona no utilizada de la facultad –musitó don Lisardo al comprobar su ubicación y su trazo oblicuo–, que está muy despegada del suelo.

Entraron y el obispo emparejó el postigo tras de sí y encendió su móvil, cuya luz exhausta no dio de sí ni para alumbrarles los pies.

– Lo tengo en el modo ahorro de energía –se disculpó entre dientes, abochornado.

El catedrático sólo entendió que había problemas, pero no esperaba otro escenario para el final de la historia y dijo para darle y para darse ánimos:

– Usted piense que no estamos solos. Piense que somos personajes y nos están viendo.

El obispo creyó que su amigo se refería a Dios y a los santos del cielo y se sintió reconfortado. Se guardó el móvil en el bolsillo y echó a andar guiado por el tacto de las bancas y el recuerdo que conservaba del recinto. Detrás de él, el catedrático caminaba arrastrando los pies mientras tentaba con una mano el aire y con la otra le pellizcaba la sotana.

– ¿No es música lo que se oye? –susurró el obispo cuando, varios minutos más tarde, se hallaron frente a la raya de luz que se trazaba a sus pies.

Don Lisardo intentó inútilmente acallar el ruido de su corazón y dijo:

– Como una salmodia fúnebre, más bien.

“Como una salmodia fúnebre”, repitió para sí el obispo, tratando de encajar la expresión de su amigo en las hipótesis que se había formulado. “Sí, podría ser”, admitió luego, y acto seguido palpó en la puerta hasta que dio con el tirador, que tenía forma esférica, y empezó a girarlo muy lentamente. Aún no había terminado de hacerlo, cuando oyeron que el murmullo de la música se intensificaba y tableteaban unos pasos urgentes que cruzaban frente a ellos y se perdían después de que se oyera

un portazo. El obispo, que había mantenido el pomo fijo para no delatarse, dejó que regresara a su sitio.

– Por aquí no podemos salir –indicó–. ¿No hay otra puerta que comunique con el interior?

– La de la sacristía –le contestó don Lisardo–. Pero está cerrada y no tengo la llave.

– Quizá la guarden en algún cajón. Sea como sea, no tenemos otra alternativa, si no queremos volvernos –resolvió el obispo.

Volverse sin intentarlo era tanto como asumir ante los lectores que no estaban a la altura de las circunstancias y esa no era, ciertamente, una alternativa posible para don Lisardo, que se puso a marchar de inmediato, tirando ahora de la sotana del obispo con una mano mientras con la otra iba tanteando el aire. Las escaleras del púlpito, los dos peldaños del estrado, el atril y el altar fueron tanto obstáculos que se interpusieron en el fragoso avance de sus pasos como referencias que les sirvieron para guiarse, pues el camino lo fueron dibujando a medias, igual que fueron perfilando poco a poco la sustancia de los rumores que les venían y su origen, de manera que cuando finalmente entraron en la sacristía, ya tenían claro que había en ella una fuente de sonidos mucho más puros que los que se habían dejado atrás.

– Voy a encender una luz, lo que no sé es cuál –dijo el obispo, que a fuerza de palpar en la pared había dado con una fila de interruptores.

Resultaron ser las de un lateral de la iglesia. El obispo las mantuvo encendidas el tiempo justo para tomar una de las varias velas que había sobre las cómodas que ocupaban todo un costado y prender su pábilo con una caja de cerillas que había en un cenicero. Con el candelero en la mano, el obispo giró sobre sí mismo intentando discernir de dónde procedían los sonidos.

– Deben de venir del claustro –lo ayudó don Lisardo señalando a la puerta que unía la sacristía con el resto del edificio.

En lugar de contestarle, el obispo le pidió silencio.

– Y de allí –dijo enseguida, quieto y apuntando a un mueble que cubría un tramo del muro frontero a la iglesia.

Se acercaron y pusieron la oreja en la rendija que mediaba entre el mueble y

la pared y ambos coincidieron en que parte del ruido provenía de aquel extraño lugar.

– Hay un hueco, no hay duda, que quizá sea una ventana o tal vez una puerta –sugirió el obispo, quien añadió luego–. Si este acceso está disimulado, no esperarán vernos aparecer por él. Ande, ayúdeme a correr este armatoste.

El mueble estaba vacío, pero pesaba mucho, y del primer empujón se dieron cuenta de que iba a resultarles prácticamente imposible moverlo hacia un lado. Probaron entonces a separarlo del muro y con un esfuerzo análogo consiguieron apartarlo unos cuantos centímetros por el lateral izquierdo, lo que los animó, primero, a continuar tirado y, posteriormente, a que don Lisardo empujase apoyando la espalda contra la pared mientras el obispo tiraba alentado por su amigo, que ya veía la puerta a la menguada luz de la vela que habían dejado en el suelo.

– Supongo que estará cerrada –dijo el obispo apoyándose en la lógica cuando el espacio entre la pared y el mueble fue lo suficientemente amplio como para permitirles el paso.

La puerta seguía el ras de la línea exterior del muro, por lo que su manija había sido desmontada para permitir el acercamiento del mueble a la pared, según pudo comprobar el obispo al entrar por el hueco.

– Está claro que se abre hacia este lado –dijo el obispo.

– Tan claro como que no tenemos la llave –le respondió don Lisardo.

– Y si se abre hacia este lado –prosiguió monseñor–, lo lógico es que la llave esté aquí.

– Sí, ¿pero dónde?

El obispo tardó unos pocos segundos en contestar, y cuando lo hizo fue levantando un objeto en la mano.

– Aquí mismo –dijo–. Quienes decidieron eliminar este paso sabían que el mejor modo de conservar la llave era guardándola junto a la puerta: estaba pegada al tablero del mueble con una puntilla.

Don Lisardo acercó el candelero para ayudar a su amigo a encajar la llave en la cerradura y, en cuanto la puerta estuvo abierta, se aproximó a ella para no perderse detalle de lo que la historia les reservaba en los párrafos inmediatos, que se anunciaba en forma de abundantes sonidos. Uno de ellos, en concreto, fue el quejido

de una mujer, tan próximo y tan inteligible que les heló la sangre.

– ¿Y si pedimos ayuda? –se preguntó susurrando el obispo.

– Ni pensarlo –le contestó el catedrático.

El obispo transigió enseguida. Adentro, podían estar ocurriendo hechos abominables cuyo remedio no estaba en sus manos, sino en las de la Policía, pero la curiosidad de uno y el afán de protagonismo del otro eran más potentes que su miedo a que dejando pasar el tiempo se consumara el delito.

– Démonos prisa –fue todo lo que dijo el obispo, y con ello sosegó la voz de su conciencia.

Don Lisardo le pasó el candelero al obispo y este lo asomó por el hueco para ver qué había al otro lado. “Parece un almacén”, anunció bisbiseando, entre un par de aterradores lamentos de mujer. “Hay cajas de cervezas y distintas clases de licores”, dijo luego. Para colarse, debió apartar varias bolsas de plástico que, a tenor de lo que decían los logotipos y los rótulos, contenían toallas y ropa de cama, y una vez que hubo cruzado, declaró: “Yo diría que esto es el *armarium*”.

El recinto no tendría ni nueve metros cuadrados. Cuando don Lisardo se asomó, el obispo estaba levantando la vela para admirar la bóveda de cañón que, construida con dovelas de granito, se apoyaba directamente sobre los muros, en uno de los cuales se abría la estrecha puerta por la que habían pasado. Pero además había otra, un poco más alta y más ancha, ubicada en uno de los muros frontales, que dejaba pasar la luz y el ruido por un completo mapa de grietas.

– Lo que me extraña es que tenga dos accesos –se dijo el obispo, y como don Lisardo le pidió explicaciones, añadió conjeturando sobre la marcha–: el *armarium* era el lugar donde se guardaban los libros, pero esta pieza es demasiado grande para ser sólo eso. Antes debía de estar dividida por un tabique. Quizá por esa razón tiene dos puertas.

Afortunadamente, la manivela de la otra puerta se movía por ambos flancos, como pudo comprobar don Lisardo, que se había ido hacia ella en vista de que su amigo seguía embelesado con la sobria arquitectura del cubículo:

– Apague la luz, que voy a abrir –le dijo.

El obispo dio unos pasos hacia el catedrático antes de dar un soplido a la

llama que los dejó totalmente a oscuras. Entonces, don Lisardo tiró poco a poco de la puerta y por la rendija pudieron ver el pasillo al que daban las dos habitaciones de los invitados, cuya línea frontal hacía escuadra con la estancia donde se hallaban ellos.

– Los quejidos vienen de la pieza contigua –aseguró don Lisardo–, y la música y las voces están por todas partes.

Lo que veían no le cuadraba al obispo, que esperaba una sala extensa donde pudieran realizarse liturgias de corte satánico. Quizá por ello dejó que fuera el catedrático el que asumiese la iniciativa y saliera el primero al pasillo. Y por eso, porque estaba más pendiente de sus dudas que de las certezas que le entraban por los ojos, recibió más bruscamente de lo previsible el empujón que le dio don Lisardo cuando oyeron unos pasos que se acercaban y se cayó hacia atrás revuelto con una pila de sábanas y un rumor de catástrofe amortiguado por lo sigiloso de los materiales arrasados.

– ¿Está bien? –le preguntó don Lisardo.

– Sí –respondió el obispo sin saber aún si lo estaba o no.

Don Lisardo, que había emparejado la puerta inmediatamente después de dar el respingo, escudriñó por el ojo de la enorme cerradura y vio que una muchacha medio desnuda y un señor maduro que le cogía el culo se internaban en la habitación más lejana a ellos.

– Parece que el misterio se va aclarando –musitó.

– ¿Qué dice? –quiso saber el obispo desde el suelo.

– Un momento, que voy a comprobarlo.

El obispo vio que su amigo abría la puerta y la cerraba tras de sí y que al cabo de unos segundos volvía a abrirla para entrar en la estancia.

– Bueno, ¿qué ha visto? –le demandó, ya puesto en pie.

El catedrático titubeó y, en lugar de contestar rotundamente, se fue por las circunstancias.

– No tienen la puerta cerrada y he podido verlos por el entreabierto.

– ¿A quiénes?

– A los del aposento de al lado.

– ¿Y qué hacen?

– No se lo puede imaginar.

– ¿Por qué no?

– Porque es de todo punto inimaginable.

El obispo no preguntó más. Quizá no fuera un hombre de mundo, pero tenía mucho oído en el confesionario y en su imaginación cabían con holgura las fantasías más inverosímiles, cuanto más las realidades. Se fue directamente al pasillo y, con el corazón encogido, miró por la abertura. Lo que contempló era mucho más común de lo que jamás hubiera supuesto y no tenía nada que ver con ceremonias diabólicas: sobre una sencilla cama cubierta con sábanas blanquísimas, una muchacha desnuda, a la que se veía de espaldas, estaba cabalgando a un individuo, del que sólo se avistaban los pies.

– No están matando a nadie, sino más bien lo contrario –reconoció don Lisardo cuando el obispo estuvo de vuelta.

– Pero esto no descifra el misterio. Es más, la comprensión del problema se aleja con lo que hemos visto –le contestó el prelado.

– ¿De verdad lo cree? Pues para mí se ha esclarecido por completo. Llevo años diciéndolo en sentido figurado y, mire usted por donde, su significado era plenamente literal.

El obispo no entendía ni lo que estaba pasando ni las rebuscadas explicaciones de su amigo. Después de lo que habían descubierto, su mente le pedía una solución con feroces sacerdotisas del amor o sangrientos sacrificios de doncellas.

– Es mucho más fácil que todo eso –le advirtió don Lisardo cuando el obispo apuntó alguna de sus dudas–. Pero si usted quiere, salimos al pasillo y nos vamos hasta el mismo meollo del enigma. No creo que corramos peligro aunque nos sorprendan.

Si el catedrático consideraba que no habría consecuencias muy desfavorables, el obispo estaba dispuesto a asumir cualquier clase de resultado. Salieron, pues, y siguiendo el consejo de don Lisardo, lo hicieron de forma prudente pero sin ocultarse, “como si fuéramos parte del montaje”, fueron sus palabras. Los dos, ahora juntos, volvieron a curiosear por el entreabierto de la habitación limítrofe, los dos pegaron en vano el oído a la puerta de la otra habitación, que estaba cerrada, y los

dos se asomaron al claustro del convento, donde varios hombres maduros conversaban bajo uno de los arcos de medio punto contruidos con sillares de arenisca, de frente a las estrellas y con un vaso largo en la mano.

– ¿Qué hacemos? –le preguntó el prelado a su amigo.

– Lo que hemos dicho: vamos a intentar pasar por extras de esta función.

– ¿Pero ha visto cómo vengo vestido? –dijo el obispo tirándose de la sotana.

– No importa. Si es lo que yo pienso, quizá hasta nos beneficie.

– ¿Me quito, al menos, el fajín y el solideo?

– Quédese como está y sígame –le contestó don Lisardo.

El catedrático echó a andar con paso firme, pero hubo de pararse y girarse para aleccionar con un gesto imperioso al obispo, que se resistía a seguirlo. Para entonces, ya estaba en el pasillo y fue localizado por uno de los hombres, que lo llamó con una voz extranjera.

– ¡Voy! –le respondió don Lisardo, quien reclamó de inmediato a su amigo–: Salga y sígame la corriente. Y si tiene que hablar, hágalo en latín.

Salió el obispo al fin y, al verlo, los individuos del grupo estallaron en una carcajada. Don Lisardo fue hacia ellos como si tal cosa y, a su costado izquierdo, sobreponiéndose como podía, lo acompañó el obispo. Fueron unos segundos larguísimos que terminaron con unas palmadas de don Lisardo en los brazos o en el rostro de alguno de aquellos tipos y con algún latinajo del obispo, que sufrió sus chanzas y debió soportar que su casquete pasara por todas las cabezas, incluida la del catedrático.

– Ya está bien. Sigamos adelante –le dijo por fin don Lisardo al obispo.

Lo hicieron después de vencer el manoseo memo de la amistad eufórica y, mientras caminaban, siguieron soportando risas y comentarios incomprensibles hasta que doblaron la esquina del corredor que los comunicaba con la antesala donde don Lisardo pilló a un estudiante encendiendo las velas de la lámpara, desde la que provenía un enorme bullicio de música y de voces.

– ¿Está ahí el meollo del enigma? –preguntó el obispo.

– Quizá. Asomémonos, a ver qué encontramos.

Esta vez, don Lisardo retuvo al obispo e inspeccionó primero, oculto tras la

hermosa jamba labrada que daba entrada al recinto.

– ¿Está ahí el meollo del enigma? –repitió el obispo muy quedo.

El catedrático estaba absorto en lo que veía y no le contestó: la antesala se había convertido en un fastuoso *pub* adornado, paradójicamente, con toda clase de sencillos motivos conventuales en el que, junto a una majestuosa barra de madera, reían y bebían varios hombres y unas cuantas muchachas en *topless*.

Don Lisardo se volvió y le dijo a su amigo:

– Los camareros son alumnos de tercero.

El prelado asomó la cabeza y vio velas, muchas velas encendidas por doquier, antes de detener su mirada en los pechos de las muchachas.

– ¿Es este el meollo del enigma? –preguntó luego.

– Para mí, ya no hay enigma –le contestó don Lisardo.

– Pues yo estoy cada vez más desconcertado.

– Venga conmigo –resolvió el catedrático.

Desanduvieron unos pasos para regresar al claustro y, buscando las sombras y el resguardo de las pilastras, caminaron por él durante el corto trayecto que los separaba de la escalera que conducía a la planta alta, por la que ascendieron afirmándose con porfía en el pasamanos de metal turbio que corría por la pared, pues los peldaños eran muy poco profundos. Antes de llegar al escalón desde el que se veía el suelo del sobreclaustro, el catedrático se paró y pidió silencio a su amigo llevándose el dedo índice a los labios e, inmediatamente después, le pidió atención llevándose ese mismo dedo a la oreja. Como nada oyeron, fuera de la música y las voces de los hombres que hablaban abajo, subieron hasta el final y, al exiguo amparo de las luminarias que se ocultaban entre la viguería de madera, anduvieron de puntillas sobre las descascarilladas baldosas de barro que conformaban el pavimento hasta el corredor donde se ubicaban las celdas de las monjas, a cuya entrada, don Lisardo, que iba en cabeza, se detuvo y le susurró a su amigo este mensaje:

– Observe usted a su alrededor y quédese con lo que ve por si tiene que describirlo, porque estamos al borde del meollo.

El obispo miró al frente y vio la airosa balaustrada de piedra que los protegía del abismo y, más allá, las línea de tejas árabes del alero poblada de nidos de

golondrinas y, aún más allá, la luna casi llena recortada sobre la tupida oscuridad del firmamento, pero no le sacó jugo alguno, porque se había quedado pensando en las últimas palabras de don Lisardo, “el borde del meollo”. Pasados unos segundos, el catedrático le dio un golpe en el codo al prelado y le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que continuaban avanzando. Lo hicieron, y vieron de pleno el corredor en forma de bóveda de cañón al que daban las celdas de las monjas, cuya anchura coincidía con la envergadura de don Lisardo, según pudo comprobar él mismo al abrir instintivamente los brazos, lo que el obispo aprovechó para leer en voz alta el letrero que, una treintena de metros más adelante, demandaba “silencio” desde el tabique que cerraba el arco. Don Lisardo creyó que iba por él y, como ya estaba callado, que el obispo le pedía mayor aplicación a los sonidos que venían de las celdas, así que pegó la oreja a la primera puerta, que como todas era muy baja y muy estrecha, y cuando la retiró, dijo:

– Me reafirmo en mis primeras impresiones: de sentido figurado, nada de nada.

El obispo, que no había entendido el comentario de su amigo, repitió su gesto y oyó lamentos que se alternaban o se superponían.

– Pues yo sólo oigo gritos –dijo luego.

El catedrático se hallaba inspeccionando la puerta de enfrente y, tras asentir con la cabeza, dijo:

– Y otro tanto va a oír en esta.

Todavía repitieron los gestos y las consideraciones subsiguientes ante varias puertas más antes de que el obispo se plantara frente a una de ellas y, tras impedirle al catedrático que se acercara, lo urgió a que se explicase de una vez.

– ¿Y dice usted que aquí está el meollo del enigma? –le espetó.

– Aquí mismo: estamos como quien dice en el centro del meollo.

– Pues yo lo no veo.

Entonces, don Lisardo agarró la manija de una puerta, la giró y descubrió de golpe el riguroso interior de la celda, en la que un hombre barrigón y una joven preciosa se aprestaban, sorprendidos, a esconder su desnudez debajo de las sábanas.

– Siempre he pensado que esta facultad era una casa de putas, pero nunca

había imaginado hasta qué punto –zanjó el catedrático.

Sólo muy poco después, irrumpió la Policía por distintos accesos del edificio.

Epílogo

En el que se narran algunas reflexiones del catedrático y el obispo sobre la realidad de los personajes de ficción y se desvela la identidad del autor de estas páginas

A última hora del día siguiente, las radios, las televisiones y los periódicos digitales dieron la noticia de la detención de un número indeterminado de estudiantes y de turistas de un país de Europa del este como consecuencia de una redada practicada en una de las facultades de la localidad. Las crónicas, todas vagas y excesivamente breves, hablaban de hechos delictivos relacionados con prácticas sexuales y recordaban que en los días anteriores habían sido asesinados la decana y un bedel, por lo que los arrestos podían estar relacionados con las investigaciones que estaba llevando a cabo la Policía. Dos días después, la Policía emitió un comunicado de prensa en el que proclamaba la desarticulación de una banda que se dedicaba a ofrecer en la parte no utilizada de la Facultad de Derecho los servicios de jóvenes estudiantes a una agencia internacional especializada en turismo sexual para ejecutivos y de la captura y puesta a disposición judicial de los presuntos autores de los crímenes.

Don Lisardo, que había permanecido al pie de las informaciones desde que se habían desencadenado los sucesos, se presentó en el palacio episcopal el tercer día posterior a los mismos con un ejemplar del único periódico de la localidad y lo dejó caer indignado sobre la mesa camilla a la que el obispo se hallaba sentado y arropado con las enaguas hasta los hombros.

– Lea, lea –dijo–, y verá quiénes son los afamados protagonistas de esta historia.

El obispo se desarropó los brazos, ajustó el periódico frente a sí y leyó en voz alta el titular principal de la portada: “Resueltos los crímenes de la Facultad”. Luego, levantó la vista y, al ver que su amigo lo urgía a que escrutara en el interior, miró los números de las páginas donde estaba ampliada la noticia y las buscó cachazudamente ante la exasperación de don Lisardo, quien, una vez que el obispo las hubo

encontrado, le quitó el periódico de un manotazo y le leyó con premura y de pie algunos párrafos salteados del artículo sobre la solución del caso que eran, a todas luces, la trasposición pura y dura del comunicado de prensa de la Policía.

– ¿Ha escuchado? –dijo a continuación– La Policía... los investigadores policiales... los agentes de la Policía... ¡Como si esos mastuerzos hubiesen tenido algún protagonismo en esta historia! Y a ver si adivina quién hace estas declaraciones.

Don Lisardo pasó una hoja y leyó diversas preguntas y respuestas de una entrevista en la que el entrevistado decía sentirse orgulloso de contar con unas fuerzas del orden que eran para él ejemplo de clarividencia, de capacidad de sacrificio y de valentía.

– Del director de las fuerzas del orden público –contestó el obispo haciendo uso de la obviedad, ante las insistencias del catedrático.

– Del delegado del Gobierno –matizó don Lisardo–. De ese cobarde que sólo invita cuando paga el Estado y se pasea por las calles montado en su coche oficial.

– No le entiendo muy bien. ¿Qué está intentando decirme?

– ¿Es que no está claro? Escuche lo que dice el editorial.

Para llegar a él, don Lisardo hubo de sentarse y pasar páginas adelante y atrás varias veces. Cuando por fin dio con lo que quería, se ayudó del dedo índice de su mano derecha para localizar el párrafo que le interesaba y leyó en voz alta: “Al menos, la ignominia de que la sede de la institución más acreditada de nuestra localidad haya sido destinado a tan criminales usos queda eclipsada por el honor que supone ser paisano, e incluso vecino, de esos ejemplares funcionarios del orden que con su sagacidad y su dedicación han logrado dar con los autores de los asesinatos y los promotores de ese negocio clandestino en el que se utilizaba como burdel la sede de la más prestigiosa institución local”.

– Atribuyen todo el mérito a quienes no han movido ni un dedo y a nosotros ni nos citan –aclaró, en conclusión, don Lisardo.

– ¿Y a usted qué más le da? Lo importante es que se ha probado que a la decana la mató el bedel de recepción y que a este lo mataron sus compinches. Lo importante es que se hará justicia y que se ha limpiado la facultad del tumor que la

corrompía. Y lo importante es que ahora quizá rehabiliten esa zona del convento y la dediquen a fines turísticos.

– No me venga con sermones, monseñor. El fin siempre es lo importante, por supuesto, pero muchas calles llevan nombres de personas y en muchas plazas se erigen estatuas dedicadas a personas porque las personas que ayudan a conseguir un fin de interés público deben ser recordadas y puestas de ejemplo. Las personas, señor obispo, son las que hacen y deshacen la realidad social. ¿A quién le dedicarán una calle cuando de conmemorar este asunto se trate? ¿De quiénes hablarán los libros que cuenten esta historia? No se trata de jactarme de lo que he hecho, sino de reivindicar la verdad. Estoy cabreado porque se está cometiendo una injusticia con alguien y se está dando una explicación totalmente falsa de lo ocurrido. Que la injusticia se esté cometiendo con nosotros sólo es una coincidencia.

El obispo calló. Desde que había conocido a don Lisardo, se encontraba más conforme consigo mismo. En modo alguno quería ofenderlo, y mucho menos dilapidar su aprecio por una bagatela. Además, su amigo tenía toda la razón del mundo, aunque él prefería no aparecer para nada en las crónicas que expusieran lo ocurrido, pues lo creía perjudicial para su labor de apostolado.

– ¿Por qué no habla con el delegado del Gobierno? –dijo luego.

– ¿Con ese cagón mentiroso? Creí que iba a proponerme una solución más gallarda.

– Pues hable con la Policía.

– ¿Y van a consentir la emisión de una nota desdiciéndose? No lo creo.

– Dígaselo a los del periódico o, si quiere, escriba usted un artículo. Estoy seguro de que se lo publicarán.

– Sería obligatoriamente breve para lo que hay que contar y no expresaría bien mi participación y la suya. ¿Qué pintan un catedrático y un obispo en un embrollo como este?, sería la conclusión a la que llegarían los lectores. La gente se iría por la parte más morbosa de la historia, habría quien acabaría asociándonos torticeramente con los usuarios del negocio clandestino y quien utilizaría su intervención para atacar a la Iglesia.

– Eso me hace pensar que lo mejor es quedarnos como estamos –respondió el

obispo.

– A mí, en cambio, me lleva a proyectar una respuesta más eficaz.

– ¿Me va a proponer otra vez novelar lo ocurrido? Nunca lo tomé muy en serio cuando se refería a ello.

El catedrático se echó adelante y miró fijamente al obispo.

– ¿Por qué no? Los guionistas se basan en hechos reales de mucha menos envidia para confeccionar sus obras –dijo.

– A ellos le es ajena de cabo a rabo la historia sobre la que trabajan. Si yo hubiera sido consciente de que era protagonista de una novela, quizá hubiese actuado de otra forma. ¿Se imagina que los personajes de ficción supieran que están siendo observados?

– ¿Cree que dejarían de ser lo que son? No lo creo. Los gobernantes y otros grandes protagonistas de la Historia son conscientes de que su biografía se llevará tarde o temprano a los libros y no cambian por ello su proceder.

– Pero cambian la biografía para justificarse, si son ellos los que la redactan. Si yo escribo la novela, ¿cree que sería absolutamente sincero con nosotros mismos? ¿Cree que no intentaría poner la lupa sobre lo que nos interesa y silenciar todo aquello que compromete nuestro buen nombre?

Don Lisardo, en efecto, había pensado en el obispo por su habilidad para la redacción pero, también, porque creía en su benevolencia al tratarlo como personaje.

– En las novelas –prosiguió el obispo–, la construcción de los personajes es tan importante como la arquitectura de la trama. En la historia que hemos vivido no hay argumento sin nosotros y nosotros somos dos viejos caducos que se arropan con las enaguas de una mesa estufa en unos tiempos en que casi nadie sabe lo que es un brasero de picón.

– ¿Quiere decir que no somos creíbles como personajes?

– Más o menos. Y más si la novela la redacta alguno de nosotros, porque nuestra realidad es distinta de la de los lectores. ¿Cree usted que si el Quijote lo hubiera escrito Alonso Quijano habría acabado en lo que es?

– No, ciertamente no –respondió don Lisardo–. Y, sin embargo, el Quijote existe, y es una gran novela, por muy estafalario que sea su protagonista y por muy

desubicado que se halle en su contexto.

– Si se cree usted con fuerzas para ser don Quijote, búsqese a su manco de Lepanto particular, que yo soy el Sancho de esta obra y no debo tener más papel que el de protagonista secundario, so pena de romper la trama y destrozarnos a nosotros – resolvió el obispo.

La conversación se detuvo temporalmente durante el desayuno, en el que Don Lisardo tomó chocolate y varias tortas de manteca y, luego, una manzanilla con un generoso chorreón de anís.

– Creo que esta experiencia me ha cambiado –dijo después don Lisardo–. O, mejor, creo que su amistad me ha cambiado. Ya no es sólo la forma en que deben distribuirse los méritos y recomponerse los equilibrios, sino el ejemplo que damos. Dejar en el olvido lo que nos ha pasado es hacerle un flaco favor a quienes pueden aprender a ser más felices por el sencillo método de dejar que los otros ocupen parte de su pensamiento.

– Bueno, yo tampoco soy el mismo –contestó el obispo–. Pero ello no quita que, como protagonista, sea el peor de los narradores posibles. Si tanto interés tiene en que esta historia se convierta en un libro y tanto cree que le sería de provecho a quien lo leyera, búsqese a alguien ajeno a nosotros que se tome la molestia de dedicarle a ese menester el tiempo que le quitará a su familia y a su recreo. Y si lo encuentra, estoy preparado para contarle en esta salita, con chocolate y tortas de por medio, cuanto sé de lo que ha ocurrido y cuanto intuyo de mi alma, a fin de que construya la historia y nos construya a nosotros como es debido. ¿Está usted dispuesto a otro tanto?

– Lo estoy.

– ¿Aunque salga malparado y no se reconozca como cree que es?

El catedrático dudó y dijo posteriormente:

– Estoy dispuesto a asumir todas las consecuencias.

– En ese caso, no faltará quien acepte su propuesta de escribir esta aventura. Lea alguna de esas revistas culturales que tanto abundan y hable con el autor de una narración que le guste, verá cómo le contesta afirmativamente.

– En la facultad tenemos una revista cultural.

– Entonces, ¿para qué ir más lejos?

– Lo malo es que los que escriben en ella son estudiantes –receló don Lisardo–, y el elegido podría desplegar más nuestros vicios que nuestras virtudes por pura aversión hacia mí, o incluso para colmar su afán de venganza.

– Alguno habrá que le deba un favor –le sugirió el obispo.

El catedrático echó una ojeada a su memoria y no halló el menor rastro de su generosidad.

– Al menos, alguno habrá que haya sacado una nota alta y sienta que ha obrado con él de manera más justa –reconsideró el obispo ante la tardanza de su amigo en darle una respuesta.

– Siempre he creído que lo justo era suspenderlos a todos. No recuerdo cuándo fue la última vez que puse un sobresaliente. En realidad, no sé si lo he puesto en alguna ocasión.

– Siendo así, lo más favorable es encargárselo a cualquiera. Quién sabe, igual da con alguien de su catadura y le sale una hagiografía. O con un sentimental que se encariña con usted conforme lo va conociendo. De hecho, a mí me ha ocurrido algo similar: de poner excusas para no recibirlo he pasado a esperar con impaciencia la hora en que vendrá a verme.

– También puede ser que yo haya cambiado.

– Eso es seguro. Y los cambios a mejor dignifican al personaje y lo vuelven más literario. La Biblia está llena de ejemplos palmarios de ello.

Con esa idea se fue don Lisardo del palacio episcopal. Aquel mismo día, cogió una revista del aula de cultura de la facultad y memorizó el nombre de un alumno que había escrito un cuento muy breve con un título que a él le pareció sugestivo: “El polvo en suspensión”. Ese alumno, obvio es decirlo, es el autor de estas páginas. A ellas doy punto y final en el momento justo, antes de que las emociones sucumban a la desidia, a los héroes los devore el olvido y a los asesinos los libre la compasión.

Que sea para bien.

Juan Bosco Castilla